DORNALECHE Y REYES, EDITORES.

PERFILES BIOGRÁFICOS

TRAZADOS PARA LA NIÑEZ,

POR

ORESTES ARAÚJO,

Profesor de Historia y Geografía en las Escuelas Normales de Montevideo.

CON UN PREÁMBULO

DE

DON JOSÉ H. FIGUEIRA,

Inspector técnico de Enseñanza primaria,

Y UN JUICIO CRÍTICO DEL PROFESOR D. JOSÉ A. FONTELA.

OBRA DECLARADA TEXTO OFICIAL

PARA LOS ALUMNOS DEL 4.º Y 5.º AÑO DE LAS ESCUELAS PÚBLICAS

POR DECRETO GUBERNATIVO DE FECHA 31 DE ENERO DE 1901.

4.ª EDICIÓN

MONTEVIDEO.

IMPRENTA ARTÍSTICA, DE DORNALECHE Y REYES.

Avenida 18 de Julio, 77 y 79.

1908.

PRÓLOGO.

Una de las tareas más difíciles que pueden imponerse hoy día al pedagogo, es, ciertamente, la de escribir libros para la juventud. ¡Son tantas y tan complejas sus necesidades! Ante todo, es necesario proceder á una juiciosa elección de los hechos, de manera que respondan á las exigencias individuales del momento, y que preparen las generalizaciones futuras que se juzguen indispensables para la vida moderna; después, es menester que esos hechos se presenten en la forma más *educativa* que fuere posible, y, finalmente, hay que cuidar de que su acción se unifique con las acciones producidas por los demás objetos de estudio, de suerte que todos se presten mutuo apoyo y concurso en la obra del perfeccionamiento humano. Y todo esto debe lograrse sin desnaturalizar en lo más mínimo la verdad: condición fundamental de toda enseñanza. De aquí el que los mejores libros para las Escuelas, particularmente los de ciencia elemental, hayan sido compuestos por las eminencias de nuestros tiempos, como lo atestiguan los *Science primers*, edi-

tados en Inglaterra por los profesores Huxley, Roscoe, Balfour Stewart, etc., y los trabajos de igual género hechos en Francia por Pablo Bert principalmente, y en otros países por personas igualmente autorizadas.

Pero las dificultades que he notado, suben de punto cuando el libro de que se trata es de Historia; y esto, á causa del concepto que de dicho estudio se ha formado la ciencia moderna, que ya no busca en el desenvolvimiento de las sociedades tan sólo la enumeración de hechos y batallas y la descripción de las intrigas de corte, ó los detalles de la vida de los hombres más notables, sino que, considerando la sociedad como un organismo producido por la forma más elevada de la evolución, examina su estructura y sus funciones, y trata de establecer las relaciones de causa á efecto en las múltiples y complejas manifestaciones de la vida social, ya sea en el tiempo, ya en el espacio.

La Historia, así concebida, apenas se halla bosquejada, y forma, como es sabido, la sociología.

Estas ideas hicieron que emprendiera con cierta desconfianza la lectura de los *Perfiles biográficos* del señor don Orestes Araújo, á pesar de los méritos que este señor posee como educacionista; pero mis temores se desvanecieron bien pronto, y debo confesar que conservo la mejor impresión de dicho libro.

La sencillez y corrección con que se expone la vida de los hombres más ilustres de nuestra patria, la juiciosa elección de los hechos que justifican nuestros sentimientos de admiración y respeto hacia dichos conciudadanos, todo hace que la obra del señor Araújo

contribuya á mejorar la enseñanza de nuestra Historia nacional.

Los *Perfiles biográficos* vienen, pues, á prestar un verdadero servicio á nuestras Escuelas primarias en uno de los puntos en que se resentían por falta de buenos textos, y dicha obra se impondrá por sus propios méritos, como asimismo se han impuesto otros trabajos didácticos del modesto autor que desde años viene consagrando sus inteligentes esfuerzos á la sagrada causa de la educación del pueblo.

José H. Figueira.

Montevideo, Octubre de 1891.





ADVERTENCIA.

Deseosos de contribuir á la cultura general de las huestes infantiles, desarrollar el gusto hacia el estudio de la Historia patria, y moralizar instruyendo, hemos trazado estos *Perfiles biográficos,* que hacemos más sensibles ilustrándolos con los retratos de las notabilidades cuya vida relatamos en la presente obrita.

No escapará á la clara penetración de los señores maestros, el valor didáctico de las biografías, mediante cuya lectura tanto bueno puede hacerse para encaminar la voluntad del niño, que ve en las hazañas de los héroes de su patria ejemplos que imitar, fuentes cristalinas en que saciar su sed infantil, y libro abierto á las expansiones del espíritu. Consideradas bajo esta faz pedagógica, conceptuamos que algo nuevo y provechoso obtendrá el educador de la infancia con las presentes biografías.

Pretendemos haberlas caracterizado con sobriedad, despojándolas, en cuanto ha sido posible, de los hechos secundarios, datos, nombres y fechas, que, en nuestro

concepto, sólo sirven para confundir y fatigar al alumno, desviándolo del propósito fundamental de este género de trabajos.

Temerosos de que huyendo de lo superabundante pudiésemos incurrir en el defecto de aridez y sequedad, no hemos vacilado en intercalar en estos *Perfiles*, á fin de hacerlos animados y pintorescos, todas aquellas frases características, conceptos, descripciones y relatos de los autores que hemos consultado. Si llegan á cautivar y entretener, hiriendo la imaginación y el sentimiento, atribúyase su éxito al mérito de las fuentes en que hemos bebido, y no á nuestra limitada capacidad.

Tienen también su explicación estos *Perfiles biográficos*, si los consideramos como medios de instrucción cívica, debiendo en este caso el Profesor ampliar con sus conocimientos la vida de los personajes, los motivos que movieron sus acciones y los caracteres de las épocas en que figuraron, á fin de que, hábilmente encaminado el criterio del niño, distinga cuándo dichas acciones deben sus orígenes á la conducta de los gobiernos, y cuándo son el producto del desenfreno de las pasiones.

Siendo la Historia excelente escuela de patriotismo, todo cuanto contribuya á fomentar su estudio debe merecer buena acogida de parte de los que se dedican á inculcar á la infancia esas grandes ideas que desarrollan sus facultades y forman su voluntad. El medio por nosotros elegido es el de las biografías; porque si, como dice Alcántara García, *los muertos*

gobiernan á los vivos, «no hay método más seguro para llegar á ser buenos, y, sin duda, para llegar también á ser grandes, que vivir desde un principio en relación con los hombres grandes y buenos, y no hay sermón que valga lo que el ejemplo de un grande hombre.»

ORESTES ARAÚJO.

Montevideo, Octubre de 1891.





JUICIO CRÍTICO

DE LA PRIMERA EDICIÓN DE ESTE LIBRO

No se trata sólo de un libro: se trata de un género nuevo en el país, y de un género cuyas condiciones tal vez no tienen par en ninguna parte.

Si el señor Araújo hubiera escrito su obra fuera de aquí, habría podido disponer de algunos siglos para buscar en ellos personalidades discutidas ya, definidas y aceptadas; como escritor didáctico, su papel se habría limitado á la elección y á la forma; y en ésta tendría modelos.

Entre nosotros no es así; con pequeñas excepciones, la historia de los grandes hombres está en el período de discusión; no hay uno solo de los diez y nueve perfilados por el señor Araújo, que no pertenezca á este siglo; viven aún personas que los han tratado, y si alguno de ellos, por el carácter de sus virtudes y por su dedicación á las artes de la paz, bajaron á la tumba rodeados de esa gloria no discutida que se extiende y

abrillanta al través de las edades, esos mismos carecen de historia popular, no circulan como documentos de ella esas colecciones de anécdotas que vulgarizan, conservan y trasmiten á las nuevas generaciones el concepto definido del héroe, como lo recuerda y venera el pueblo.

El señor Araújo tropezó con estas dificultades: lo prueban la larga lista de autoridades que pone al principio de la obra [1] y las extensas transcripciones que de ellas hace, con notable perjuicio de la originalidad de su libro; y no le disculpa el admirable tino con que, á pesar de esto, conserva la unidad del estilo; porque, si hubiera dejado á su pluma exclusivamente el cuidado de perfilar sus héroes, el libro no habría perdido en autoridad lo que hubiera ganado en belleza.

Dice el señor Araújo, en una advertencia, que escribió «para contribuir á la cultura general de las huestes infantiles, desarrollar el gusto hacia el estudio de la Historia patria y moralizar instruyendo.» Para juzgarle por este lado, es necesario adoptar el criterio del autor, para quien su libro es instrumento de cultura moral y de instrucción histórica de la infancia: de cultura moral, en cuanto presenta modelos que se distinguen del común de las gentes por sus grandes virtudes puestas al servicio de la patria y de la humanidad; de instrucción histórica, en cuanto las virtudes y hechos de esos ciudadanos ilustres han contribuído

(1) En esta cuarta edición nos ha parecido ya innecesaria la publicación de la lista aludida por el señor Fontela.—*(O. A.)*

eficazmente al establecimiento de la nacionalidad, al fomento de las artes y á la conquista y salvaguardia de las libertades públicas.

Para muchos el libro de historia para las escuelas debe ser así: debe presentar al niño los grandes modelos por su lado bueno, los hechos por su lado glorioso. Suponen que, para conocer los defectos y los vicios que puedan empañar el brillo de los hechos históricos y de sus autores, tiene siempre tiempo el niño.

Así opina el señor Araújo, según su libro; el cual, juzgado desde este punto de vista, es digno de elogio por la oportuna elección de los sujetos que abarca la historia nacional en todas sus más brillantes fases.

La gloria militar tiene como dignos representantes á Artigas, Lavalleja, Rivera; la filantropía, á Maciel, Vilardebó, Vera; las artes de la paz, á Larrañaga; los amigos de la infancia y de la instrucción del pueblo, á Pérez Castellano y Varela; los defensores de las libertades públicas, á Teófilo Gil; las letras, á Figueroa; las leyes, á Acevedo; los austeros ciudadanos, á Suárez, Vázquez, Gil; sin contar que, como vivieron en la época de la formación de la nacionalidad y en la de su consolidación, todos ellos pudieron ejercitar, y ejercitaron, sus altas dotes en ramas distintas.

No es menos digna de elogio la brevedad de los cuadros: el estilo algo elevado así lo requiere; y gracias al escogido lenguaje, la simple lectura de cada perfil dejará huella indeleble en la memoria del niño.

Por fin, los *Perfiles biográficos* forman un libro que merece la protección pública porque abre una nueva

vía á los escritores didácticos, y la abre empezando bien; los que le sigan responderán tal vez á otro criterio pedagógico: al de la verdad histórica completa, y adoptarán el estilo familiar; pero el librito del señor Araújo será siempre un modelo por la corrección, acierto y templanza con que está escrito.

Así opina también el señor don José H. Figueira en el preámbulo de la obra; y respecto á la autoridad pedagógica de éste, referiremos una anécdota que explicará cuán difícil nos es dar idea del concepto que nos merece.

En una asamblea numerosa, el presidente dió cuenta del regalo de un tintero, hecho por uno de los presentes, y elogió tan hiperbólicamente al donante, que uno de los oyentes le dijo:

—Señor Presidente: Si alguno de nosotros llega á regalar dos tinteros, ¿qué podrá usted decir de él?

Algo semejante ocurre en este caso: se ha elogiado con tal exceso á mediocridades afortunadas en pedagogía, y aún á nulidades, que á la aparición de un joven profundamente instruído, lleno de vocación, de vasta inteligencia, libre en sus ideas, apto para exponer la doctrina y para explicarla; que va al Viejo Mundo y nos trae como resultado de un viaje á vuelo de pájaro, cuanto hay de notable en el arte de educar; que, enseñando música, dibujo y trabajos manuales, cautiva á sus alumnos y admira á los maestros; á la aparición, repetimos, de ese admirable maestro, honra de la pedagogía uruguaya, nos encontramos sin palabras para elogiarlo, porque las usuales han perdido

su valor empleadas en ensoberbecer medianías y nulidades que habrían llegado á valer algo si no los hubiéramos inflado tanto.

Bajo otra faz, constituye también el librito que nos ocupa, una notable novedad.

Salido de los talleres de Dornaleche y Reyes, lleva en la esmerada impresión el sello característico de esa casa; se ajusta, además, á las prescripciones de la higiene en el tamaño de la letra y en el espacio de las líneas; y, por último, diez y ocho de los diez y nueve perfiles van precedidos del retrato fototípico del perfilado.

Los señores Dornaleche y Reyes, jóvenes uruguayos, laboriosos é inteligentes, han dado con esta obra una prueba más de cuanto puede hacerse en el país por la perfección del arte tipográfico. Á ellos se debe, no sólo la alta perfección que alcanzó ese arte aquí: se les debe también la modicidad de los precios, el más poderoso agente de la vulgarización de los conocimientos.

José A. Fontela.



Juan Díaz de Solís



JUAN DÍAZ DE SOLÍS

Juan Díaz de Solís

(DESCUBRIDOR DEL RÍO DE LA PLATA.)

1474-1516.

Una de las páginas más notables y gloriosas que registra la historia de la civilización moderna, es sin duda ninguna la del descubrimiento de América, realizado en la noche del 11 al 12 de Octubre de 1492, después de no escasos ni pequeños sacrificios por parte de Cristóbal Colón, quien durante una larga serie de años anduvo mendigando de los gobiernos del Viejo Mundo, un poco de protección y unas cuantas embarcaciones, á cambio de señalarles una ruta desconocida, pero breve, que pusiese en inmediata relación las regiones europeas con las Indias Orientales.

En efecto; el descubrimiento del que poco después fué llamado Nuevo Mundo, y las exploraciones efectuadas inmediatamente, resolvieron numerosas dudas que los sabios de entonces abrigaban acerca de múltiples problemas cuya solución

buscaban en vano, siendo la ciencia geográfica la que por de pronto saliera más beneficiada de tan inapreciable conquista, pues ensanchó sus limitados horizontes mediante estudios prolijos encaminados á la averiguación de la verdad. La forma globular de la tierra quedó confirmada, la teoría acerca de la imposibilidad de los antípodas destruída y las dimensiones de la tierra determinadas sin contar los infinitos errores de menor cuantía que la tradición secular sustentaba y que el descubrimiento de América y viajes subsiguientes hicieron caer de sus deleznables altares.

Desaparecieron súbitamente las disparatadas creencias respecto de la existencia de mares tenebrosos por los cuales no era posible arriesgarse; de monstruos marinos que se tragaban las naves que se apartasen demasiado de las costas; de océanos sin límites que oponían insuperables obstáculos á las embarcaciones cuando éstas pretendían desandar el camino recorrido; de comarcas desoladas que no ofrecían ningún incentivo á los marinos, y de otro cúmulo de patrañas que el vulgo ignorante creía de buena fe, y que aceptaban, si no todas, á lo menos algunas de ellas, hasta las gentes familiarizadas con la ciencia de entonces.

De ahí que se lanzaran en pos del ilustre genovés otros navegantes no menos ilustrados ó tal vez más temerarios, quienes completaron la obra de aquél, llenando con sus proezas sin precedente, de regocijo á sus naciones, de asombro al mundo y de admiración á las futuras generaciones. Entre estos audaces marinos y guerreros debemos contar á nuestro Juan Díaz de Solís, simpática figura de la época del descubrimiento, que se destaca entre los demás exploradores cuyos bajeles surcaron más tarde las á menudo turbulentas aguas del Río de la Plata.

Natural de Lebrija, y por consiguiente andaluz, nació por el año 1474, siendo hijo de un honrado asturiano que, cual muchos oriundos de la tierra de Pelayo, se establecían en Andalucía dedicándose al provechoso comercio de vinos. Y dicen las crónicas que, como Solís demostrase desde muy niño poseer dotes de inteligencia, lo dedicaron al estudio de la cosmografía y la náutica, bajo la dirección de un dómine que enseñaba estas ciencias en San Lúcar de Barrameda.

Que el futuro navegante fué estudioso, prudente y observador, se justifica con el hecho de haber llegado á desempeñar el elevado cargo de primer piloto del reino, y por el concepto en que

lo tuvieron, no sólo sus contemporáneos, sino los historiadores de la conquista, quienes dicen que fué « el más excelente hombre de su tiempo en su arte. »

Nada se sabe de sus primeros pasos en la carrera de náutica, pero escritores hay que aseguran que Solís empezó á hombrearse con marinos de nota y significación hacia el año de 1497, es decir, cuando apenas contaba veintitrés de edad, por más que, positivamente, la vida de nuestro héroe sólo comienza á ser conocida después del cuarto viaje de Colón (1502), « época en que su nombre aparece por primera vez entre los animosos exploradores del mundo que el genio del navegante genovés hizo surgir como por encanto de las tempestuosas llanuras del Océano [1]. »

Y no era en verdad escaso el número de expedicionarios que se precipitaron en busca de gloria los unos y de riqueza los más, impresionados por los pintorescos y maravillosos cuadros que se forjaba la imaginación meridional de tantos hidalgos arruinados, abogados sin pleitos, médicos sin clientela, bachilleres haraganes, labradores impacientes, guerreros licenciados y se-

(1) C. L. Fregeiro : *Juan Díaz de Solís y el descubrimiento del Río de la Plata.*

gundones sin patrimonio; « personal movedizo, inquieto y perturbador que rompía la uniformidad relativa de los marinos de profesión, » entre los cuales se contaba Juan Díaz de Solís, á quien, en compañía de Vicente Yáñez Pinzón, encomendó el rey don Fernando el Católico un viaje de exploración, que efectuaron los navegantes á últimos de 1508; y después de tocar en las islas de Cabo Verde, de arribar luego al de San Agustín y de practicar varios reconocimientos, la flotilla expedicionaria volvióse á la península á causa de las desavenencias que surgieron entre sus jefes, los cuales fueron procesados á su llegada á España, resultando culpable Solís, á quien encarcelaron de orden de la justicia, mientras se colmaba de dádivas y honores á su compañero de fatigas.

Hay quien supone que esta expedición descendió hasta los 40° de latitud meridional: en este caso habría pasado por frente á la boca del Río de la Plata sin advertirlo, ya que ésta se halla á los 35°; pero ¿cómo no introducirse por ella, dada su gran anchura, no navegar por sus aguas, no reconocerla prolijamente, no explorar sus costas, siendo así que uno de los objetos de los viajeros era el de inquirir un paso que diese acceso

al más tarde llamado Océano Pacífico? Si Pinzón y Solís hubiesen llegado á alcanzar los 40° de latitud, nuestro majestuoso estuario habría sido conocido desde 1508 y no en 1515; pero como no hay prueba ninguna de que sucediese lo primero, pues tal creencia hállase basada en conjeturas que tienen más de improbables que de ciertas, debemos creer que el viaje de 1508 se realizó á los mares de la América Central y no hacia el estuario del Plata.

Fué, pues, el insigne navegante víctima del descontento de sus compañeros, y este suceso, que indudablemente causaría honda impresión en su ánimo, lo impulsó á expatriarse, entrando al servicio del rey de Portugal. De aquí dimana el que varios escritores llamen portugués á Solís; pero esta denominación no es más que de oficio y no de cuna, fundando nuestro aserto en que, si el descubridor del Río de la Plata no fuese español, al ingresar nuevamente en la matrícula de su país natal se le habría expedido cédula de pilotaje, pues á ningún extranjero le era lícito ejercer la profesión de marino sin dicho documento; y en los registros de aquella época no consta tal autorización, hallándose en cambio las de Colón, Magallanes y Gaboto.

Pero su permanencia en el reino lusitano no fué muy larga, pues no consiguiendo que el monarca portugués le pagase sus sueldos, encontrándose pobre y sin protectores, volvió á España, donde pasó á ocupar el puesto de piloto mayor (1), vacante por fallecimiento de Américo Vespucio.

En aquel entonces circulaban vagos rumores de que los portugueses avanzaban hacia el oriente, en cuyos mares habían descubierto extensas islas, de las que se posesionaron, y que la línea divisoria trazada á 370 leguas al Oeste de las islas del Cabo Verde, de acuerdo con lo estipulado en Tordesillas el año de 1494 por las coronas de España y Portugal, demarcando qué dominios pasarían á pertenecer al primero de estos

(1) En aquella época la ignorancia de los marinos, y especialmente de los pilotos, era por lo común supina, á tal punto que más de una vez ocurrieron lamentables desgracias que se hubieran evitado fácilmente con un mediano conocimiento de la astronomía náutica. La creación del oficio de piloto mayor del reino en 1508, tuvo por objeto destruir precisamente ese mal de raíz, mal que iba en aumento á medida que el dominio de la navegación cobraba diarios y vastos ensanches en los mares que bañan las costas del Nuevo Mundo. El sujeto designado para desempeñarlo debía ser muy instruído en cosmografía, al mismo tiempo que versado en la práctica del navegante; y sus funciones se extendían á dar la enseñanza de las materias correspondientes al aprendizaje del arte de pilotear las naves á todos aquellos que lo necesitaran, recibirles sus respectivos exámenes cuando lo solicitasen, y expedirles certificados de competencia. Además de estas funciones docentes, el piloto mayor debía llevar un registro de cartas, el que se denominó *Padrón real*, para el conocimiento exacto de las tierras recién descubiertas, es decir, atender casi á las mismas necesidades que hoy sirven las oficinas ó depósitos hidrográficos. —(C. L. Fregeiro, obra citada.)

dos países y cuáles al segundo, había sido ultrapasada por los navegantes del último; dando lugar estas voces [1] á que la corte española dispusiese una nueva expedición que debería partir en demanda del soñado paso ó estrecho que condujese á la tan mentada Especiería [2].

No muy conforme con estos aprestos, el embajador portugués en la corte de España trató de disuadir á Solís para que cambiase de propósito, efectuando el mismo viaje bajo los auspicios de la corona portuguesa, á lo que se negó éste, manifestando que consideraba poco decoroso ponerse de nuevo á servir á un monarca que en tan poco tenía su real palabra, y que, por no inspirarle suficiente confianza, no volvería más á Portugal; frases éstas que decidieron al Ministro á poner en juego todos los resortes de la diplomacia á fin de estorbar el viaje de Solís, entablando enérgicas reclamaciones ante el gobierno español, una vez convencido el representante de la

(1) Se equivocó Solís al confirmar esta creencia, pues por la línea divisoria estipulada en Tordesillas, correspondían en lote á Portugal el Brasil, toda el África, la India y las regiones y archipiélagos orientales, comprendiendo las Filipinas, las Molucas, una parte de la Nueva Guinea y más de la mitad de la Australia.

(2) El Maluco, las Molucas ó islas de la Especiería, son las islas Molucas, grande archipiélago de la Malasia, en la Oceanía occidental, y al sur de las Filipinas.

corte portuguesa de que no era fácil catequizar al eminente cosmógrafo.

Descubierto por el intrépido é infortunado Vasco Núñez de Balboa el mar del Sur, llamado después Pacífico por las gentes de Magallanes, el rey Fernando apresuró la partida de Solís, con quien firmó el contrato cuyas cláusulas denotan todo el desprendimiento y largueza del navegante lebrijense, el cual no pidió á su soberano honores ni riquezas, pues contentóse con la simple promesa, hecha por éste, de que sería recompensado con relación á la mayor ó menor magnitud de los servicios que prestara; actitud que demuestra que sólo impulsaba á Solís su amor á la ciencia, á la patria y á la gloria.

La escuadrilla componíase de tres carabelas latinas (1): una de setenta toneladas, y de treinta

(1) La carabela que durante los siglos XV y XVI gozó de extraordinaria celebridad, fué el buque de que se sirvieron los portugueses para sus viajes de exploración, y Cristóbal Colón para el suyo atrevidísimo al Oeste; era un pequeño buque de la familia de los navíos, pero más fino de formas que todas las naves de su tiempo, por lo cual resultaba de más andar, maniobraba mejor, y era la embarcación más á propósito que había entonces para ejecutar las expediciones que exigían más velocidad en la marcha y rapidez en la maniobra. Tenía de ciento veinte á ciento cuarenta toneladas de desplazamiento, llevaba ordinariamente tres velas latinas ó semilatinas y una mesana cuadrada, por más que algunas veces se le cambiaba el velamen, como hizo Colón con la *Pinta* en la Gomera, el jueves 9 de Agosto, aproximando más su aparejo al que llevaban los navíos españoles.

Las carabelas de Colón eran menores que las que aparecieron más tarde,

cada una de las otras dos; es decir, que la primera no era mucho mayor que las goletas más grandes que navegan actualmente el pintoresco Uruguay, y mucho más pequeñas las demás. Tripulábanlas setenta hombres, y conducían provisiones de boca y guerra para dos años y medio. Acompañaban á Solís su cuñado Francisco Torres, en calidad de piloto, y Martín García, que era el patrón del menor de los tres barcos.

Por lo que se desprende de la lectura de los documentos de aquella época, parece que esta expedición casi no tenía carácter oficial, pues se llevaba á cabo con recursos particulares y cuatro mil ducados con que por su parte contribuía el rey don Fernando, siendo de cuenta de Solís los demás gastos que demandase la empresa. En cuanto á las utilidades que se obtuvieran de ella, serían distribuídas en tres fracciones: una para

á fines del siglo XVI, pero eran capaces, sin embargo, para transportar setenta hombres cada una de tripulación y los víveres necesarios para efectuar un largo viaje. La capitana, que montaba Colón, se llamaba *Santa María*, y las otras dos eran la *Pinta*, ya citada, y la *Niña*. Un párrafo del diario del Almirante nos da cuenta detallada del velamen de su carabela: «...... el viento, dice, tornó á ventar muy amoroso, y llevaba todas mis velas de la nao, maestra, y dos bonetas, y trinquete, y cebadera, y mesana, y vela de gavia.» Como todas las embarcaciones grandes de aquella época, llevaban un castillo á proa y otro á popa, y hacían ordinariamente dos leguas y media por hora; Colón empleó treinta y cinco días no más en ir desde Palos de Moguer á San Salvador, que es el tiempo que hoy se emplea en los buques de vela para hacer la misma travesía. *(Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano.)*

el soberano, otra para Solís y los prestamistas que le habían facilitado dinero, y la tercera para las gentes de las naves. El Estado, por su parte, concurría con sesenta armaduras completas y cuatro bombardas (1) para defensa de los bajeles.

Prontos ya éstos, se dieron á la mar desde el pequeño puerto de Lepe, el día 13 de Octubre de 1515, según unos historiadores, y el 8 del mismo mes y año, según otros, «siendo acompañados del pueblo y seguidos con la vista, hasta perderse en el horizonte, los blancos lienzos» de aquellas débiles cáscaras de nuez.

«Tocó Solís en Tenerife, puerto obligado de escala para todos los que se dirigían al Nuevo Mundo, y cruzó el Atlántico á la altura del cabo de San Roque en demanda de las tierras americanas. Desde allí siguió explorando las costas del Brasil y reconoció la hermosa bahía de Río Janeiro, llamada Nictheroy por los naturales. Continuando su navegación al Sur, y después de dar el nombre de isla de Torres, en honor de su cuñado, á la que con el mismo nombre se distingue hoy entre el grupo de las que tiene hoy la República en el Atlántico, dobló el Cabo de Santa María.

(1) Cañón de artillería de varios calibres, que se usó antiguamente para arrojar piedras de enorme peso.

« Reconoció más adelante la isla que llamó de los Lobos, y el 2 de Febrero de 1516, después de pasar la punta del Este, ancló en el puerto que denominó de la Candelaria, hoy Maldonado. Desde el puerto de la Candelaria siguió Solís su navegación, y á los cuatro días, engolfado ya en el gran estuario, buscó un fondeadero para sus naves en la boca de un río que distinguió con el nombre de río de los Patos, y que no es otro que el actual Santa Lucía.

« Desde el río de los Patos continuó su viaje de exploración y á poco andar reconoció la calidad del agua, que resultó ser dulce, por lo que dió el nombre de mar *Dulce* á la magnífica y gran corriente de agua que en días no muy lejanos debía recibir el pomposo nombre de río de la Plata. Un día después, el 7 de Febrero, anclaba Solís en la pequeña ensenada de la Colonia, frente á la isla de San Gabriel, contemplando con ojos admirados las espléndidas colinas que se perdían en el horizonte y las verdes islas que baña con sus turbias aguas el mar *Dulce*.

« Dejó allí dos de sus buques y se embarcó en el más pequeño, con objeto de recorrer el río. Pertrechada la carabela con los víveres necesa-

rios para un mes de navegación, siguió Solís recorriendo la costa hasta llegar á una isla montuosa, á la que dió el nombre de Martín García, por llamarse así el patrón de la carabela en que navegaba.

« Desde aquel punto ya se divisaban las islas del Paraná y las que se hallan situadas sobre la costa oriental; la boca del Guazú recibiendo el inmenso caudal de las aguas del Uruguay y Paraná que arrastran hacia el Océano numerosos camalotes, y en la costa cercana los indígenas que, admirados, seguían la misteriosa nave que, cual garza gigante, surcaba por primera vez aquellas aguas.

« Solís, no menos admirado, siguió costeando la ribera oriental, y próximo al paraje donde está hoy edificado el pintoresco pueblo del Carmelo, frente á la isla Sola ó de Solís, como suele llamársele, dió fondo, y dejando á bordo de la carabela al piloto Torres, se embarcó en una chalupa acompañado de los oficiales reales y algunos marineros, para tomar posesión de la tierra cercana en nombre de su soberano.

« Llegado á tierra y mientras llenaba las formalidades requeridas, según el ceremonial de aquellos tiempos, para la toma de posesión, fué

atacado bravamente por los indios charrúas, que desde el bosque cercano observaban la embarcación y los extraños personajes que conducía.

« Los de la carabela, al ver en peligro á su jefe, hicieron jugar al instante la artillería; pero esto no impidió que Solís, los oficiales reales Marquina y Alarcón y seis marineros fueran muertos á flechazos y golpes de bola, quedando prisionero de los charrúas el grumete Francisco del Puerto, quien fué recogido diez años más tarde por la expedición de Gaboto [1]. »

Así pereció uno de los más ilustres navegantes de Castilla,—dice Fregeiro,—fecundando con su sangre generosa el suelo que la civilización arrebató desde aquel día al dominio de la barbarie.

En las cercanías del lugar donde se presume que pereció el eminente don Juan Díaz de Solís, se ha erigido una pirámide conmemorativa, y merced á tan plausible acto de justicia póstuma, puede el viajero que transita por estas pintorescas y alegres regiones, dedicar un respetuoso recuerdo á la memoria del diestro marino y famoso capitán, « el más excelente hombre de su tiempo en su arte. »

(1) Julián O. Miranda: *Apuntes sobre historia de la República Oriental del Uruguay.*

Bruno Mauricio de Zabala.



BRUNO MAURICIO DE ZABALA.

Bruno Mauricio de Zabala.

(fundador de la ciudad de Montevideo.)

1682-1736

Descubierto por Juan Díaz de Solís el estuario del Plata, los exploradores que le sucedieron, como Gaboto, Álvar Núñez y Ortiz de Zárate, trataron de conquistar el territorio de la Banda Oriental por medio de las armas, á la vez que fundaban algunas poblaciones; pero fué tal y tan grande la oposición que les hicieron los indígenas, que los españoles se vieron obligados á desistir de sus propósitos, resolviendo los Gobernadores de Buenos Aires destinar esta feraz comarca para depósito de ganado, en vista de la riqueza de sus pastos y de lo difícil que era atraer á la civilización á las gentes que la habitaban.

El ganado, importado por don Pedro de Mendoza, Vera de Aragón y otros viajeros intrépidos y previsores, aumentó tan extraordinariamente,

que al cabo de algunos años llenaba los campos, obstruía el tránsito, y, según dice Azara en sus interesantes obras, en el siglo pasado ascendía á más de doce millones de cabezas del vacuno, tres del caballar y gran cantidad de ovejas, sin incluir en estos cálculos dos millones de ganado silvestre y las innumerables yeguadas alzadas ó sin dueño. No había tropilla de caballos que contase menos de 10,000, y las vacas y los toros abundaban tanto, que eran del primero que se tomaba el trabajo de matarlos. Tan exacto es esto, que en 1700 un toro valía dos reales, el caballo un real y la yegua medio [1].

Esta riqueza pecuaria atrajo tres clases de gentes: los faeneros, que durante mucho tiempo se dedicaron, con permiso de la autoridad española de Buenos Aires, á la explotación de las llamadas *vaquerías;* los mamelucos ó paulistas, portugueses fronterizos para quienes era incentivo poderoso el tesoro inagotable que les brindaba la cantidad colosal de ganado que poblaba los campos uruguayos, y los piratas ingleses, franceses, holandeses y dinamarqueses, que prevaliéndose

(1) La República posee en la actualidad (1899), 5 millones de ganado vacuno, 15 millones del ovino ó lanar, medio millón del yeguarizo y caballar, y otro medio millón entre porcino, mular y cabrío: total 21 millones de cabezas de ganado, ó más tal vez.

del desamparo y soledad en que los Gobernadores y Virreyes tenían á estas comarcas, hacían frecuentes viajes y verificaban grandes carneadas, aprovechando solamente los cueros, con los cuales cargaban sus buques que atracaban á las costas de Montevideo, Maldonado y Rocha.

Hubo, sin embargo, un Gobernador que consideró necesario intentar de nuevo la conquista del territorio oriental, pero sin valerse de la espada del soldado, sino apelando á la cruz del misionero, para lo cual envió á esta banda á varios religiosos, quienes hábilmente dirigidos por el padre Fray Bernardo de Guzmán, dieron comienzo á la catequización de los indios chanás y fundaron las reducciones de Soriano, Dolores y Mercedes, primeros núcleos de población que tuvieron carácter de permanentes y que contribuyeron á que la civilización hispana se irradiase por la zona circunvecina.

Los portugueses, que, por otra parte, siempre habían ambicionado extender su dominación hasta la costa septentrional del Río de la Plata, se deslizaron por estos territorios, y con toda audacia fundaron subrepticiamente la Colonia del Sacramento, establecimiento que fué durante muchos años la tea de la discordia entre España y Portugal.

Y no contentos todavía con la posesión de este punto estratégico, desde el cual cobijaban el contrabando, ayudaban á los indios en sus tropelías y fomentaban la extracción de ganado robado para el Brasil, llegaron, en su inaudito atrevimiento, á efectuar un desembarco en el puerto de Montevideo, comenzando la construcción de un fuerte en la punta de San José.

Gobernaba á la sazón estas regiones, en nombre del monarca castellano, don Bruno Mauricio de Zabala, nacido el 6 de Octubre de 1682 en la villa de Durango, señorío de Vizcaya, y era hijo de familia ilustre y poderosa que le diera esmerada educación durante sus primeros años, dedicándolo más tarde á la carrera de las armas, que abrazó con gran vocación, y en la cual comportóse siempre dignamente. Hizo todas las campañas de Flandes, concurrió al sitio de Gibraltar y al de Lérida, donde perdió un brazo, así como al bombardeo de Namur y al ataque de San Mateo, hasta que el Rey, queriendo premiar sus importantes y dilatados servicios, lo hizo Mariscal de Campo, entregándole á la vez la gobernación del Río de la Plata.

Llegado Zabala á estos países, tomó posesión de su elevado cargo el día 11 de Julio de 1717,

encaminando sus primeras medidas á combatir la piratería, evitar el contrabando y perseguir á las gentes de mal vivir: así fué que en cuanto tuvo noticias de que en las agrias costas de Castillos se encontraba por tercera ó cuarta vez el atrevido pirata Esteban Moreau, se dispuso á hacerle pagar bien cara su osadía.

Tenía Moreau su asiento en la costa de Castillos, como acabamos de decir, y había sido atraído, cual otros muchos corsarios de distintas nacionalidades, por la gran cantidad de ganado que existía en el territorio oriental; y prevalido del abandono en que las autoridades españolas mantenían estas regiones, realizaba frecuentes viajes, entregábase á la faena de hacienda fiscal, y, cargando sus buques con los productos animales tan fácilmente habidos, los vendía en los mercados europeos con gran lucro, puesto que los artículos origen de su ilegal comercio, poco ó nada le costaban. Los indígenas y los portugueses limítrofes ayudaban en sus robos al temible Esteban Moreau.

Era éste, — dice don Víctor Arreguine en su *Historia del Uruguay*,—un corsario francés de hazañas audaces, que enseñoreado de la costa oriental, hacía grandes acopios, y en el mar des-

valijaba á los buques mercantes. De vez en cuando venía á las islas de Lobos, dándose en ellas á la caza de estos anfibios.

«Moreau había sido batido ya por Blas de Lezo en los comienzos; pero activo y emprendedor, volvió á las costas que tenía por costumbre mirar como cosa suya, y se estableció en Castillos, centro de sus fechorías, en donde levantó tiendas de campaña y además un fuerte en 1720. La costa es allí erizada de peñascos tallados por la naturaleza en forma de señoriales torreones que, vistos á la distancia, semejan una mansión de nobles de la edad media. Por consiguiente, siendo bravía la naturaleza del terreno, y ofreciendo la base de una defensa natural casi invencible, no le fué cuesta arriba á Moreau desafiar á Zabala desde allí con sus continuas depredaciones.

«El capitán Martín José de Echaurri es la persona á quien manda Zabala á batir á Moreau. Arrojado de la costa, vuelve de nuevo el pirata á los pocos meses, y funda una especie de factoría francesa. El capitán Antonio de Pando, después de una marcha penosa á través de fragosidades y pantanos, consigue sorprenderle. Moreau resiste y es muerto en la refriega.» Así

terminó sus días este famoso corsario, concluyendo también para siempre la piratería en el Río de la Plata.

Ya dijimos anteriormente que no satisfecha la ambición de los portugueses con haber fundado la ciudad de la Colonia en 1680, una expedición marítima con gente de desembarco, á las órdenes de don Manuel Freitas de Fonseca, había llegado al puerto de Montevideo, en donde se fortificaba á toda prisa.

En estos trabajos se hallaban los intrusos, cuando fué advertido Zabala de lo que sucedía por un práctico del río llamado Pedro Gronardo, quien el día 1.º de Diciembre de 1723, le dió la noticia de la existencia de tres buques de guerra portugueses en la rada de Montevideo, quienes habían levantado cincuenta toldos y desembarcado unos 300 hombres, los cuales le habían dicho al expresado práctico que venían á apoderarse y establecerse en aquel punto, mandándole que se retirase.

Inmediatamente se dispuso Zabala para expulsar á los lusitanos, castigando, además, su atrevimiento si oponían resistencia. Al efecto organizó una fuerte expedición, utilizando para transportarla á Montevideo todas las embarca-

ciones que pudo obtener en Buenos Aires. Simultáneamente mandaba reprochar á Fonseca su conducta; á lo que contestó éste que su amo le había ordenado establecerse en estas tierras, las que en su opinión pertenecían á Portugal, y las cuales no abandonaría sin orden expresa de su rey; pero después, ante la enérgica y resuelta actitud de Zabala, le escribió de nuevo manifestándole que, en vista de los aparatos con que intentaba atacarle, se retiraba, no sin protesta, como así lo hizo.

Don Bruno continuó su marcha hacia Montevideo, donde desembarcó con su gente, hallando casi concluído un reducto que los portugueses habían construído, bastante capaz, con diez explanadas en que tenían la artillería que retiraron antes de su huida, dejando alguna tablazón y otros materiales que fueron aprovechados por los españoles, quienes inmediatamente continuaron las fortificaciones comenzadas por los portugueses, siendo ayudados en la ejecución de esas obras por mil indios tapes que al efecto se contrataron.

Creyó el Gobernador Zabala que el momento era oportuno para dar cumplimiento á las órdenes que reiteradamente le había dado su rey,

de que tratase de poblar á Montevideo y Maldonado, y el día 20 de Enero de 1726 fundó la primera de estas dos ciudades con siete familias, que sucesivamente fuéronse aumentando con otras, de modo que cuando, cuatro años más tarde, se estableció su primer Cabildo, Montevideo contaba ya con 1000 indios tapes, 400 hombres de guarnición y 450 personas, ó sea 1850 habitantes.

Dispuso también Zabala que el matemático don Pedro Millán delinease la ciudad y efectuase su distribución en solares y chacras; ordenó que se procediera á señalar el término y jurisdicción de Montevideo; instaló personalmente su primer Cabildo; creó para la defensa de los habitantes de la nueva población la compañía de corazas españolas; mandó construir la casa capitular y la iglesia parroquial y dictó otras disposiciones secundarias, pero que revelan las altas dotes de gobernante y administrador que poseía el manco de Durango.

El gobierno español aprobó todo lo obrado, elogiando también la conducta de su Gobernador y enviando nuevas familias de Canarias para dar impulso á la recién fundada ciudad de San Felipe y Santiago, á la que más tarde hizo mercedes

de todo género, llegando á ser la primera plaza militar de las comarcas rioplatenses.

Las sensatas medidas de Zabala dejaron comprender á la metrópoli que ése era el hombre que le hacía falta para la administración del gobierno de Chile, la cual encomendó á su talento, celo y energía, y para donde se disponía á partir, con verdadero pesar de los habitantes de Buenos Aires y Montevideo, cuando el estallido de una gran revolución en el Paraguay le obligó á dirigirse á la ciudad de la Asunción con objeto de restablecer el orden alterado por un partido denominado de los *comuneros*, á quienes anteriormente ya había puesto á raya.

Conseguido también su propósito esta segunda vez, y pacificado aquella remota provincia, no sin desvelos y fatigas de parte de Zabala, volvía éste á Buenos Aires con la conciencia tranquila por el deber cumplido, cuando le sorprendió la muerte el 31 de Enero de 1736, estando en viaje, en el Paraná, antes de llegar á Santa Fe, siendo sepultado en la costa de dicho río.

« Tal es el hombre que echó las bases de la que es hoy una importante ciudad. No era uno de esos hombres obscuros que atravesaban el mar de la vida guiados por el espíritu aventurero

de la época; por su origen y por sus hechos, era Zabala un militar ilustre, digno de las grandes luchas, pues aunque la suerte le proporcionó un campo de acción pequeño, la actividad y pericia con que realizó sus obras lo hacen acreedor á los más elevados conceptos. Y aunque sus restos hallaron sepultura en costas desiertas, su memoria se ha elevado hasta la inmortalidad, quedando perpetuada en un monumento de larga vida: una ciudad [1].»

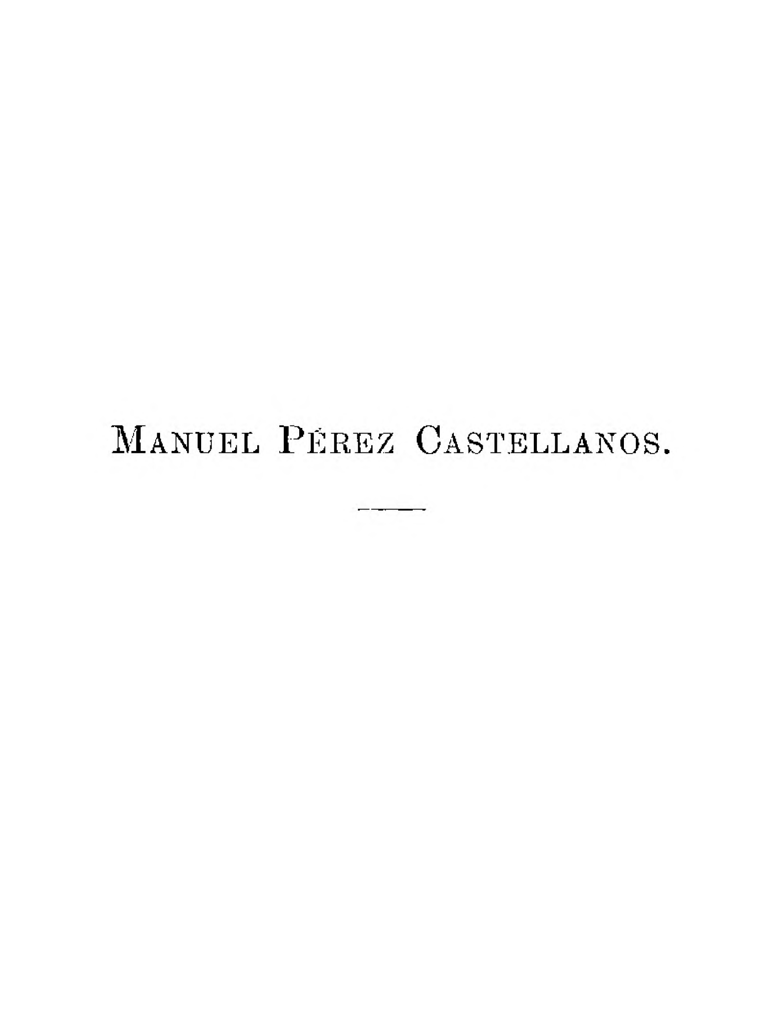
«La figura noble y caballeresca de Zabala descuella entre la de los hombres del coloniaje, dice un galano escritor. Su gobierno fué de orden y de paz. Supo reprimir los abusos y equilibrar las finanzas del erario público. Sumamente desinteresado, no dejó sino escasos bienes y pocas alhajas. El sentimiento religioso que animó todas sus acciones, dirigiéndolas al bien del pueblo confiado á su gobierno y á la mayor gloria de Dios; su adhesión sincera y devota á la causa de la monarquía española, y su particular afecto al rey don Felipe V; el amor que siempre profesó á la patria lejana, y particularmente á su querida Euskaria, todo contribuyó á que fuese

1) Augusto Espinosa: *Bruno Mauricio de Zabala.*

venerado en vida, y que á su muerte llevara sobre su tumba el tributo de admiración y de afecto de sus contemporáneos y de las generaciones que le sucedieron.

« Los descendientes de Bruno Mauricio Ibáñez de Zabala han tenido la satisfacción de ver dedicado á su ilustre progenitor la calle y plaza que lleva su nombre, trasmitiendo á la posteridad el recuerdo de sus gloriosas hazañas y el testimonio de gratitud del pueblo uruguayo. »

MANUEL PÉREZ CASTELLANOS.





MANUEL PÉREZ CASTELLANOS.

Manuel Pérez Castellanos.

(FUNDADOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL).

1744-1814.

Dos problemas de gran trascendencia preocuparon el ánimo del presbítero don José Manuel Pérez Castellanos: el del amor al trabajo fomentando la agricultura, y el del desarrollo intelectual del pueblo mediante la lectura de obras que estuviesen á su alcance. Para lograr esto último ideó la fundación de una biblioteca pública, donando por disposición testamentaria sus propios libros y recursos para sostenerla; y para conseguir lo primero se dedicó durante cuarenta años á todo género de prácticas agrícolas, escribiendo el resultado de sus observaciones y predicando con el ejemplo.

El poco apego que hacia la lectura demostraban sus contemporáneos, bien fuese por carencia de tiempo y medios, ya por el desconocimiento supino de los beneficios que aquélla reporta, le

hizo pensar seriamente en la conveniencia de crear un centro de provechoso esparcimiento, arrojando así la semilla que más tarde debía fructificar para destruir la ignorancia y el error.

No se le escapaban al digno sacerdote las excelencias y ventajas que envuelven los libros, que divorcian el pensamiento de las preocupaciones, retemplan el ánimo abatido y engendran ideas nobles y generosas; y á la consecución de tantos bienes iba encaminado el proyecto del doctor Pérez Castellanos. Tan es así, que en una de las cláusulas de su testamento disponía que se fundara dicha institución con los libros de su propiedad que para ese fin donaba, así como la casa, cuyos arrendamientos consideraba suficientes para sufragar el sueldo del bibliotecario y cubrir los gastos que originase el sostén de aquélla.

Por desgracia no se cumplió inmediatamente la voluntad del donante, pues empeñados los hombres de mayor significación en luchas políticas de todo género, los momentos no eran nada propicios para llevarla á cabo, y tan civilizador pensamiento no tuvo mayor trascendencia por aquel entonces (año 1814).

No obstante, el doctor don Dámaso Larra-

ñaga, íntimo amigo de Castellanos, no permitió que transcurriera mucho tiempo sin que los deseos de éste se cumpliesen, logrando, después de algunas gestiones, que la biblioteca pública de Montevideo quedara fundada al año siguiente, merced á la protección que le prestó el General Artigas, quien *no vaciló en poner el sello de su aprobación* á idea tan digna de general aplauso. Pero cuando se verificó la oprobiosa invasión portuguesa, aquel establecimiento fué clausurado, depositándose en la casa que Pérez Castellanos había legado, los libros y útiles que constituían la biblioteca. Por último, el 18 de Julio de 1838 fué reabierta al público, organizada tan bien como lo permitían las circunstancias.

La fundamental idea del primer sacerdote oriental era establecer una biblioteca compuesta de libros que estuviesen al alcance de todas las inteligencias; obras sencillas, rudimentarias, si se quiere, pues de ser publicaciones magistrales, de consulta ó para sabios, su pensamiento corría riesgo de fracasar, porque no es con libros de este género como se ilustra la razón del verdadero pueblo, del pueblo que apenas tiene simples nociones y dispone de escaso tiempo para leer. Y pensando de este modo, Pérez Castellanos

demostraba no estar desprovisto de ese sentido práctico tan necesario al éxito de toda empresa.

El acto de desprendimiento que ejecutó con tanta espontaneidad lo enaltece en gran manera, y de ahí que su noble acción haya merecido la gratitud de la posteridad, que, haciéndole justicia, sobre dignificar sus méritos y virtudes, honra su memoria.

Desde su modesto retiro, y cuando ya tenía 70 años, escribió sus *Observaciones sobre agricultura,* redactadas, según se expresa en el frontispicio de la obra, con aplicación al clima y calidad de los terrenos del Miguelete é inmediaciones de Montevideo, como resultado de la práctica que hizo durante más de cuarenta años que estuvo cultivando una quinta á orillas de tan pintoresco arroyuelo, y sin más libros de consulta que su experiencia.

Esta publicación es un verdadero tratado de agricultura práctica, pues en ella se enseñan á los labradores todas las mejoras de que el suelo es susceptible, da á conocer el valor comparativo de diversas semillas, el efecto de la plantación en diferentes épocas y á distintas profundidades, el modo de emplear abonos reconocidos como buenos, la manera de lidiar con los numerosos pa-

rásitos y animales que perjudican las cosechas, el uso de utensilios y herramientas más usuales, etc., etc. Pérez Castellanos quiso que su obra se adaptase al clima del país y calidades del terreno, y que se acomodara también al medio en que vivían los agricultores del Uruguay; porque,—decía él,—los tratados que llegan del extranjero no tienen, por lo general, aplicación á estos territorios.

No opinaba como muchos autores, que creen que para ser agricultor se necesita conocer la química, la botánica y la anatomía, «pues el labrador que llegase á estar persuadido de todo lo que estas ciencias enseñan, — decía con santa simplicidad, — soltaría el arado con que rompe la tierra, para entregarse á unas especulaciones que contemplo ajenas de su ejercicio.»

Sus *Observaciones* están escritas con tanta sencillez y claridad, hay tal soltura de lenguaje, tal corrección de forma, que cualquiera diría que, para componerlas, Pérez Castellanos se inspiró en el estudio de las *Geórgicas* de Virgilio. Además, están salpicadas de maduras reflexiones, tan aplicables hoy como el día que las escribió; de numerosas sentencias, prescripciones, anécdotas y aun reminiscencias históricas, que hacen su lec-

tura sumamente agradable y demuestran la erudición de este sacerdote ejemplar.

Entregado á tan útiles tareas pasó la mayor parte del tiempo, no limitándose á la práctica de la agricultura, sino dedicándose también á todas las industrias caseras, para las cuales la materia prima se puede obtener de una granja medianamente organizada.

De lamentar es que tan sabias lecciones hayan quedado sepultadas en el olvido, pues si bien es cierto que desde 1848, año en que fué impresa la obra del doctor Pérez Castellanos, hasta la fecha, los procedimientos agrícolas han adelantado rápidamente en la República, no es menos verdad que contiene observaciones y consejos que nunca serán extemporáneos ni caducos.

Además de su condición de agricultor que propagaba sus ideas con el ejemplo, de hombre generoso cuya casa estaba abierta para todos, de persona culta cuyo trato frecuentaban sus contemporáneos más doctos é ilustrados, reunía el doctor Pérez Castellanos otras cualidades y prendas no menos laudables, pues fué un dechado de virtudes, tanto si lo consideramos en el ejercicio de su sagrado ministerio, como si lo juzgamos en su esfera de ciudadano.

Había abrazado la carrera del sacerdocio con verdadera vocación; y por ser apóstol sincero de la religión, y reunir un carácter simpático, y tener costumbres irreprochables, infundía respeto á la vez que cariño.

Nació en Montevideo en el año 1744, recibió las órdenes sagradas en Buenos Aires, y su alma ascendió á la mansión de los justos á últimos de 1814.

He aquí algunos de sus pensamientos, impregnados de aquella ingenuidad que le era característica:

« Las hormigas no son infinitas, pero . . . . no se acaban. »

« Muchos males públicos que se padecen, no es porque no se puedan, sino porque no se quieren remediar. »

« No es dado á ningún hombre aspirar á poseer el don de la infalibilidad. »

« Los filósofos, con sus raciocinios sutiles, son de tan poco provecho para la agricultura, como lo han sido para la sociedad los diversos sistemas de gobierno con que han embrollado á todo el mundo. »



Félix de Azara.



FÉLIX DE AZARA.

Félix de Azara.

(EMINENTE GEÓGRAFO, HISTORIADOR Y NATURALISTA.)

1746-1821.

Cuando España y Portugal acordaron zanjar para siempre, por medio de un tratado, las cuestiones que hasta 1777 habían resuelto apelando á la fuerza brutal de las armas, convinieron en que el primero de los dos países cedería al segundo los territorios que hoy día forman los Estados de Río Grande y Santa Catalina, y Portugal, en cambio, devolvería á España la ciudad de la Colonia del Sacramento.

Para la celebración de este tratado, que es conocido con el nombre de tratado de San Ildefonso, ambas naciones nombraron sus respectivos comisionados, cuyas atribuciones consistían en trazar la línea divisoria entre los dominios de España y Portugal en la América del Sur.

Formaban parte de la Comisión española el Coronel de ingenieros don Félix de Azara, mi-

litar por su carrera y matemático por sus estudios, quien más tarde aumentó extraordinariamente el caudal de sus conocimientos dedicándose á la historia natural, la etnografía, la geología, la economía política, la historia y la filosofía, adquiriendo la mayor parte de estas ciencias, más por la observación directa que por la lectura de libros y tratados.

La demarcación de límites fué una empresa de suyo delicada, penosa por las dificultades que oponían el terreno y sus habitantes, y larga en razón de la mala fe con que procedían los portugueses, quienes, con fútiles pretextos, jamás daban cima á la parte del trabajo que les correspondía. No así los ingenieros españoles, quienes, cumpliendo estrictamente las órdenes de su gobierno, terminaron muy pronto las operaciones de que habían sido encargados.

Pero, como quiera que á la Comisión española no le era permitido abandonar el territorio que se estudiaba sin que los lusitanos hubiesen concluído sus tareas, Azara y sus compañeros se vieron retenidos en América por un tiempo indefinido.

Enemigo del ocio, — dice uno de sus biógrafos, — concibió entonces el audaz proyecto de trazar

un mapa del inmenso país del cual sólo había delineado los límites. Tomó á su cargo todos los gastos, las penas y los peligros que habían de traer aparejados un proyecto tan vasto y una empresa tan peligrosa, no sólo sin esperar socorro ninguno de los Virreyes á cuyas órdenes se encontraba, sino teniendo que temer las trabas que podían oponerle.

Necesitó Azara,—dice el señor Antuña,—trece años para llevar á término su grande empresa, y sin los medios que le proporcionaban su rango y las funciones de que estaba investido; sin el celo y abnegación de los oficiales que se hallaban á sus órdenes, le hubiera sido imposible concluirla tan felizmente. En estas vastas y desiertas comarcas, cortadas por caudalosos ríos, grandes lagos é inmensos bosques, habitadas casi exclusivamente por tribus salvajes y feroces, se comprende fácilmente los peligros y fatigas que sufriría al entregarse á las delicadas operaciones que tenía que practicar para llenar el objeto que se había propuesto.

Él ha narrado, al principio de su obra, los medios de que se valió para trazar su carta.

Se proveía de aguardiente, objetos de vidrio, cuchillos y otras baratijas para ganar la amistad

de los salvajes; todo su bagaje personal consistía en algunos pequeños bultos de ropa, un poco de café, unos puñados de sal, y para su comitiva tabaco y yerba-mate.

Sus acompañantes no llevaban otros efectos que los que transportaban sobre su cuerpo. Arreaban gran número de caballos, según la duración del viaje, y llevaban también grandes perros.

Emprendían la marcha al amanecer y caminaban hasta ponerse el sol.

Acampaban á orillas de algún arroyo, y partían hombres en distintas direcciones para proveerse de leña y comestibles; muchas veces el único alimento que encontraban eran tatús, que allí había en abundancia.

Antes de acampar se tomaban ciertas precauciones contra las víboras, que eran numerosísimas y peligrosas; se hacía correr á los caballos durante algún tiempo por el espacio que querían ocupar, á fin de matarlas ó ahuyentarlas, y más de una vez esta operación costó la vida de algún caballo. Para dormir, cada cual extendía en el suelo un cuero vacuno, de que iban provistos; únicamente Azara llevaba consigo una hamaca, que suspendía de los árboles.

Pero este orden de marcha sólo se seguía en

las comarcas en que no había que temer á los indios salvajes. Donde se temía su encuentro, se marchaba de noche, después de haber mandado exploradores por los parajes que habían de recorrer. Varios hombres marchaban á los costados de la columna expedicionaria, y cada cual conservaba su puesto, con las armas preparadas. Á pesar de estas precauciones, fueron atacados muchas veces y tuvieron que lamentar la pérdida de algunos compañeros.

« Durante su larga estadía en las selvas sudamericanas, Azara se hizo naturalista por intuición. Obligado á errar por vastos llanos y espesos bosques, donde vegetales que nunca había visto cubrían la tierra y la matizaban de mil colores; donde el hombre salvaje y los animales silvestres, únicos habitantes de esos desiertos, ofrecían continuamente formas insólitas y costumbres singulares, él se convirtió en botánico y zoólogo.

« Sin libros, sin instrucción previa, pero con ricos y copiosos materiales de observación á mano, se colocó por su solo esfuerzo en el primer rango entre los naturalistas de su época [1]. »

No sólo estudiaba las costumbres de los ani-

(1) E. M. Antuña; *Félix de Azara.*

males, sino que se dedicó á cazarlos, á fin de estudiar sus formas, órganos y estructura, conservando, siempre que podía, su piel ó su plumaje.

Debido á una feliz casualidad cayó en sus manos la *Historia Natural* del sabio Buffón, recientemente traducida al castellano, é ilustrada profusamente con hermosas láminas coloreadas. Desde entonces los estudios de Azara fueron más formales y profundos, pues pudo darse cuenta cabal del puesto que cada animal ocupa en la escala zoológica y el punto de enlace de los tipos, clases y órdenes.

La obra de Buffón le permitió también comparar las especies enumeradas por éste con las observadas por él, y sacó la conclusión de que muchas de aquéllas diferían de las americanas; que algunas de éstas eran del todo nuevas, y que otras habían sido erróneamente descritas por el eminente naturalista francés.

Continuó, pues, Azara sus trabajos de observación é investigación, y merced á ellos, á su indisputable talento y al método analítico empleado, logró completar los estudios hechos hasta entonces por los hombres más entendidos del mundo en la amena é instructiva ciencia zooló-

gica. Para evidenciar lo que dejamos expuesto, baste saber que de las 448 aves que describe, 200 son completamente desconocidas.

Las descripciones de Azara son sencillas sin perder su carácter científico, están hechas con sobriedad de lenguaje y poseen un admirable sello de precisión y exactitud. «No se puede pedir nada más exacto en la descripción de la forma, nada más curioso ni más verídico en la narración de las costumbres, é imposible es desarrollar á la vez más sagacidad ni más paciencia, cualidades esenciales de un gran observador,» con tanta mayor admiración cuanto que don Félix de Azara estaba despojado de la instrucción general que necesita poseer un naturalista para llegar á merecer este nombre, y jamás había entablado relaciones con las ciencias naturales ni con los sabios que á ellas se consagraban.

La etnografía fué también otro de sus provechosos entretenimientos. Las diferentes parcialidades de indios que poblaban las comarcas recorridas por Azara fueron objeto de observación y reconocimiento; y el estudio de ellas, hecho por el eminente sabio español es tan completo, exacto y minucioso, que muy poco han podido agregar los viajeros y exploradores que las han estudiado

posteriormente. Además, de muchas tribus aborígenes sólo se sabe lo que á su respecto escribió Azara.

La geografía, las observaciones astronómicas y los trabajos geodésicos no fueron descuidados por Azara, quien, con la colaboración de sus abnegados compañeros, emprendió con ardor y terminó con felicidad el gran mapa de la cuenca del río de la Plata: trabajo verdaderamente soberbio, superior á los medios de que podía disponer, y obra monumental que permite apreciar la altura á que había llegado la ciencia cartográfica en el último tercio del siglo XVIII [1].

Terminada esta ímproba tarea, se trasladó á la Asunción del Paraguay, cuyo Cabildo lo eligió para desempeñar varias comisiones científicas, concediéndole en recompensa el título de *Ciudadano distinguidísimo de la ciudad de la Asunción.* Desgraciadamente para aquel país, allí tuvo que sufrir persecuciones, inspiradas por

(1) El mapa original trazado por Azara se encuentra en poder del doctor don Juan Zorrilla de San Martín, quien lo adquirió por compra durante su permanencia en la corte de España, ante la cual el aplaudido poeta representaba á la sazón á la República del Uruguay. Hasta la fecha de este hallazgo (1897), se creyó siempre que ese notable trabajo del sabio naturalista, historiógrafo y geógrafo español se hubiese perdido en las catástrofes del Paraguay, pues había sido regalado por su autor al Cabildo de la Asunción.

la ignorancia, malevolencia y envidia del gobernador. Le fueron secuestrados algunos de sus escritos, aunque él pudo salvar la mayor parte, depositándolos en poder de un misionero.

« Antes de volver á España prestó otros grandes servicios en estos países. Reconoció las costas de la Patagonia, visitó los puertos del río de la Plata y trazó un plan de defensa de ellos; estableció colonias en las fronteras del Brasil, y, por último, hizo levantar por su cuenta una carta del río Uruguay, desde el Salto Grande hasta su desembocadura en el Plata.

« Á fines de 1804 se embarcó para España, en donde, después de prestar nuevos y grandes servicios á su patria, sin querer aceptar remuneración ninguna por ellos, falleció el día 17 de Octubre de 1821 [1]. »

Don Félix de Azara era hijo de padres nobles, que le dieron esmerada educación y costosa carrera, y había nacido en Barbañales, Aragón, el 18 de Mayo de 1746.

Por su cuna, sus antecedentes, su ilustración, los dilatados servicios que prestó á estos países, sin excluir el Uruguay, su noble desprendimiento

(1) E. M. A., obra citada.

y, sobre todo, por su carácter tenaz y perseverante, Azara es un modelo digno de imitarse y una figura descollante de la época de la dominación española.

Habríamos procedido con injusticia excluyéndola de esta modesta galería de hombres sabios, virtuosos ó patriotas.



Francisco Antonio Maciel.



FRANCISCO ANTONIO MACIEL.

Francisco Antonio Maciel.

(FUNDADOR DEL HOSPITAL DE CARIDAD.)

1757-1807.

Si consideramos á Francisco Antonio Maciel bajo el triple carácter de industrial, filántropo y ciudadano, no sabremos en qué terreno admirarlo más, puesto que en todos ellos la personalidad del *Padre de los pobres* resalta por actos nobles y generosos, llegando su abnegación hasta el extremo de hacer el sacrificio de su vida en defensa del suelo natal, pisoteado por la planta del extranjero invasor.

Pero antes de enunciar sus virtudes como hombre caritativo y de juzgarlo como súbdito leal que muere por la patria y el honor de su bandera, lo queremos presentar como entidad progresista, dotada de un espíritu de empresa nada común.

Como hombre de iniciativa, tal vez sea Maciel el ciudadano á quien más deben el comercio y

la industria de su época, pues no hubo empresa que no abordase, ni idea que no llevase á término, aplicando á su realización la cuantiosa fortuna que le dejaron sus padres y que él supo acrecentar mediante prudentes negocios derivados de un asiduo trabajo, á la vez que daba participación en lucros y ganancias á sus consocios y dependientes, pues jamás el repugnante defecto del egoísmo afeó ninguno de sus actos.

El alumbrado público, planteado en Montevideo á fines del siglo pasado, fué creación suya, valiéndose de velas de baño y de molde, que mandaba hacer en una fábrica de su propiedad; lo que deja comprender el deseo de Maciel de hermosear el pueblo de su nacimiento, y satisfacer una necesidad de la que no pueden prescindir las ciudades cultas.

Asociado á otra persona fundó también un saladero en el Paso del Molino, pues siendo el territorio del Uruguay país eminentemente pastoril, el genio creador de Maciel no podía menos de desarrollar una industria cuya materia prima estaba á mano, y que con el transcurso de los años ha venido á ser el auxiliar más poderoso del ganadero.

Este establecimiento fué el centro de otros que

planteó á su al rededor, pues prosiguiendo en sus ideas de actividad y trabajo, construyó el primer molino de viento y la primera fábrica de alfarería que se conocieron en Montevideo, entregando su dirección á trabajadores aptos que hizo venir del extranjero; con lo que resolvía, si bien en pequeña escala, el doble problema de desarrollar una industria provechosa y aumentar la población con brazos útiles.

Maciel no se limitó á aplicar sus capitales al planteamiento y desarrollo de las industrias enumeradas, sino que procuró también ensanchar las esferas del comercio, al desenvolvimiento del cual oponíanse las rancias ideas de los gobiernos de la metrópoli, quienes no permitían á las colonias otras relaciones mercantiles que con la madre patria. Las gestiones de tan celoso ciudadano concluyeron con un sistema tan estrecho de miras, y el rey de España, tomándolas en cuenta, otorgó la venia correspondiente para que este país pudiese negociar con los mercados del Brasil, los cuales quedaron desde entonces abiertos al comercio oriental.

Lo expuesto basta para demostrar cuán superior era el carácter de Maciel como obrero inteligente, industrial activo y hombre progresista,

sobre cuyas altas y envidiables prendas descollaba la del abnegado filántropo que se entregaba á las prácticas de todo género de obras de caridad, no impulsado por una vana é insustancial ostentación, sino dejándose llevar de sus sentimientos nobles y generosos en pro del doliente, del necesitado ó del afligido, á quienes nunca desamparó.

De ahí que se preocupase de fundar una asociación con el primordial objeto de prestar todo género de consuelos á los reos condenados á la última pena, y de proteger á los náufragos desvalidos; pero como quiera que esto no respondiese de una manera bastante completa á los deseos de Maciel, que ambicionaba para los necesitados la mayor suma de protección posible, destinó un espacioso almacén de su casa para asilo de enfermos desvalidos, dotándolo de doce camas.

Pronto el número de éstas fué insuficiente, y reducido el local destinado á tan piadoso objeto, haciéndose, por lo tanto, necesario otro de más capacidad. Al efecto inició la idea de la construcción de un edificio público á propósito para hospital de Caridad.

Acogido el proyecto por el Cabildo, se adquirió el terreno necesario para ello, y terminada la

obra, no sin fuertes desembolsos pecuniarios hechos por Maciel, el 17 de Junio de 1788 quedó abierto al servicio público el primitivo Hospital de Caridad de Montevideo, que con el transcurso del tiempo ha venido experimentando todo género de transformaciones, tanto en su parte material como en su organización.

Su carácter previsor llevó todavía más lejos los excelentes y humanitarios sentimientos que caracterizaban al *Padre de los pobres,* y comprendiendo que no era bastante curar á los enfermos, sino que se hacía necesario atenderlos con igual esmero durante el período en que se recuperan las fuerzas perdidas, hizo cesión de un solar situado en las inmediaciones del hospital, con el determinado objeto de que había de formarse en él un jardín para distracción y solaz de los convalecientes; pensamiento que desgraciadamente no se realizó, pues sobrevino la guerra con los ingleses y se olvidaron los proyectos de este género para atender á la defensa del territorio.

Era Maciel, desde 1780, subteniente de granaderos del batallón de milicianos de Montevideo, cargo que desempeñó once años consecutivos, al cabo de los cuales fué promovido al empleo de capitán, lo que quiere decir que el gobierno es-

pañol no era muy pródigo en conceder ascensos.

Los temores de una invasión inglesa se hicieron sentir al expirar el año 1805, acentuándose tanto, que el gobernador de la plaza procedió á adoptar todas las medidas militares que el caso requería, teniendo que recurrir al comercio en solicitud de un préstamo de cien mil pesos para hacer frente á los gastos que demandaba lo anormal de la situación creada; y Maciel figura en la lista de suscripción como uno de los primeros y más generosos contribuyentes.

Pero la escuadra inglesa, dirigiéndose á la vecina orilla, se apoderó de Buenos Aires, empeorando la situación de Montevideo, que, no sólo se vió privado de los recursos pecuniarios que la capital del virreinato pudiera prestarle, sino que todo hacía suponer que caería inmediatamente en poder de las tropas inglesas, aunque sucedió lo contrario, gracias á la decisión de Liniers y al concurso moral y material que el comercio y el pueblo prestaron para el mejor éxito de esta expedición, que tenía por objeto reconquistar á Buenos Aires, como así fué.

En esta ocasión, como en todas, Maciel mostróse diligente, abnegado y entusiasta, suscribiéndose con 200 pesos mensuales, enganchando para la

escuadrilla que se formó, á un buen número de jornaleros de sus establecimientos, y concluyendo por suministrar generosamente abundantes provisiones de boca para los tripulantes: acciones que no dejaron de recibir honrosa recompensa moral, pues una de las seis medallas de plata que se remitieron á Montevideo, para ser distribuídas entre los ciudadanos más beneméritos, fué entregada al infatigable y celoso Maciel.

En abierta guerra España con Inglaterra, esta poderosa nación dirigió sus bastardas miras á las numerosas colonias que la primera poseía en América, volviendo Montevideo á ser el blanco de la saña y ambición británicas. Pero los habitantes de esta ciudad, siempre leal y heroica, se disponen á tan desigual lucha con más fe en la santidad de su causa que elementos materiales para sostenerla; y vemos otra vez al esclarecido Maciel llevar á cabo nuevos actos de civismo, disponiéndose á luchar hasta morir antes que mostrar flaqueza al enemigo ó acceder á sus insólitas pretensiones.

Y así aconteció, por desgracia. El día 20 de Enero de 1807, en una salida que hizo Maciel al frente de sus soldados, fueron sorprendidos por el cuerpo de rifleros ingleses que se hallaba em-

boscado á la altura del paraje denominado *El Cristo*, donde perdió su preciosa vida el *Padre de los pobres*, no sin antes luchar con decisión, arrojo y entereza: signos peculiares de los caracteres viriles y resueltos.

Realza más el mérito de esta acción, que Maciel pagó tan cara, el hecho de que, como Juez del Comercio, no estaba obligado á empuñar las armas, que intentaron en vano hacerle deponer sus numerosos amigos, como impulsados por algún triste presentimiento, fatalmente cumplido apenas presagiado.

Se hace justicia al Maciel humanitario y caritativo, pero nos hemos olvidado del Maciel progresista y emprendedor, que arriesgaba su fortuna en holocausto del triunfo de una idea, la del desarrollo de numerosas industrias, que si hoy están al alcance de todos, fueron las primeras que entonces se plantearon, convirtiéndose más tarde una de ellas en fuente de bienestar, manantial de prosperidad y venero de riqueza, como lo es actualmente la de la salazón y conservación de carnes.

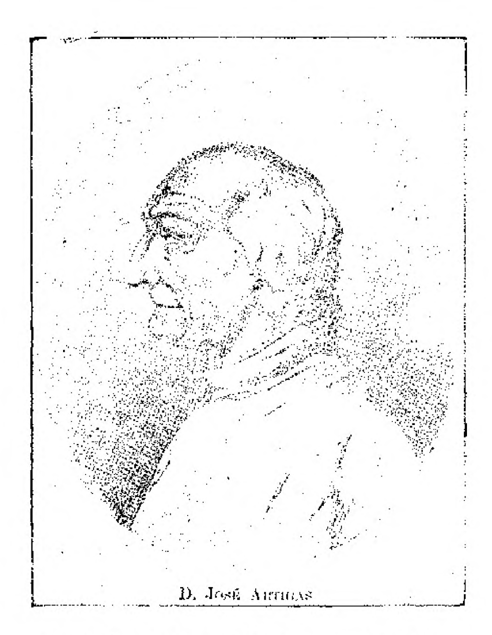
Suelen ser tan contradictorios los juicios de la historia acerca del mérito de los hombres que rebasan los límites de lo general y común, que muchas veces no se sabe de qué lado se inclina

la balanza de la justicia; pero felizmente no se encuentra en este caso Francisco Antonio Maciel, pues si en vida recibió plácemes de todo género por sus honrosos trabajos y virtudes cristianas, después de muerto la posteridad admira su desinterés y sacrificio; y «pobres y ricos, sabios é ignorantes, todos lloran sobre su tumba con igual fervor.»





José Gervasio Artigas.


D. José Artigas

JOSÉ GERVASIO ARTIGAS.

José Gervasio Artigas.

(precursor de la nacionalidad oriental.)

1764-1850.

Dice Castelar que sólo se graba eternamente un nombre en las tablas de bronce de la historia, abriéndolo con la fuerza de un gran carácter y de una gran vida.

Este carácter lo poseía el precursor de la nacionalidad oriental; esta gran vida la constituyen todos los actos de Artigas, que, como eslabones de una cadena, enlazan la suya al primer solevantamiento político de la hoy República del Uruguay.

Sucede aquí con Artigas lo que acontece en la Argentina con San Martín, en los Estados Unidos con Wáshington, en Méjico con Juárez, en Venezuela con Bolívar: todos sus conciudadanos los veneran, y aunque hayan incurrido en errores, de los cuales nadie está exento, saben olvi-

darlos, para no ver en esas prominentes figuras otra cosa que su lado bueno, el mucho patriotismo que los movió hacia la ejecución de los más grandes propósitos, su abnegado desinterés personal y el constante anhelo de lograr ese sacrosanto principio que á tantos pueblos ha redimido: la libertad y la independencia.

No nos causa extrañeza, pues, ver la imagen del jefe de los orientales por doquiera que dirijamos la mirada: en las oficinas del Estado lo mismo que en el bufete del hombre de letras; en la lujosa mansión del potentado y en la sencilla habitación del ciudadano modesto; lo mismo en la capital que en los departamentos; tanto en la escuela pública, donde el preceptor inculca á sus discípulos las ideas del prócer uruguayo, como adornando las paredes del humilde rancho del paisano de nuestra campaña, que se complace en relatar á su prole las hazañas del héroe.

Á fuerza de ver tan á menudo la fisonomía de Artigas, ésta queda grabada en la imaginación de todos, y ante el retrato del anciano nos descubrimos como impulsados por un vago sentimiento de respeto y veneración.

Este culto á las imágenes de los prohombres de una nacionalidad no puede calificarse de feti-

chismo, desde que el origen de éste dimana de la más grosera superstición; sino muy al contrario, de amor entrañable hacia quienes sacrificaron tranquilidad, hacienda y vida en beneficio de una idea, de una doctrina ó de un principio. Es la manifestación de la gratitud de todo un pueblo para con aquellos que dieron las más altas pruebas de civismo; es el respeto que viene sucediéndose de generación en generación; significa que los pueblos no siempre son ingratos para los que les han dado patria y libertad, paz é independencia, bienestar y riqueza.

Por otra parte, este culto trae aparejado un mundo de recuerdos relativos á sucesos memorables y fechas imperecederas, á los cuales suele estar ligada la mayoría de los ciudadanos ó sus antepasados; sobre todo si se trata de sucesos no muy remotos y de países que recién nacen á la vida de la libertad.

Algunos dicen que el General Artigas no merece los pomposos títulos con que se le adorna, al paso que otros no vacilan en compararlo á los héroes más renombrados del mundo; pero nadie negará que quien contribuyó á fundar la nacionalidad oriental, y sacrificaba su persona y sosiego con tan santos propósitos, y no flaqueaba

ni aun en los momentos más dolorosos para el patrio suelo, y llegó á ser el árbitro de sus destinos, y fué aclamado por el pueblo como su ídolo predilecto, sin que hiciesen mella en sus propósitos, ni intrigas, ni promesas, ni amenazas, ese hombre es acreedor por lo menos á que su memoria sea respetada, pero nunca escarnecida. Se cree que Artigas nació en Montevideo el 19 de Junio de 1764, siendo sus padres don Martín José Artigas y doña Francisca Armas, ambos naturales de Montevideo y descendientes de los primeros pobladores de esta ciudad. Don José Gervasio Artigas, que era el primogénito de aquel matrimonio, contrajo nupcias en 1805 con su prima hermana doña Rafaela Villagrán; de este enlace no hubo más sucesión que su hijo José María, fallecido en 1847, es decir, tres años antes que el autor de sus días.

La adolescencia la pasó dedicado á faenas rurales, y de tal modo se connaturalizó con ellas, que muy pronto quedó convertido en un campero hábil, diestro, resuelto y valiente como pocos. Estas cualidades y otras muchas no menos sobresalientes, lo llevaron á formar parte, en clase de teniente, del regimiento de Blandengues, creado en 1797.

Sus prendas personales y el conocimiento práctico que tenía del territorio, lo hicieron temible á los bandoleros que se habían enseñoreado de la campaña, á los contrabandistas portugueses que burlaban la acción de la autoridad, y á los numerosos grupos de indios que cometían todo género de actos vituperables.

Su presencia en las comarcas ganaderas era una garantía de seguridad para sus habitantes, que más de una vez estimularon su celo de guardián del orden público con honrosas dádivas, á que sólo se hace acreedor el que llega á captarse las simpatías de los beneficiados.

Esta fama que fué adquiriendo, hizo resonar su nombre lo suficiente para que se le mirase con una mezcla de temor y respeto, aun por las mismas autoridades, sin que se le escapase á Artigas la impresión que causaban su carácter y proceceres. Esto de una parte, y de otra la conciencia que tenía de su valer y significación, lo decidieron, poco después de haber estallado la revolución de Mayo, á ofrecer sus servicios á la Junta de Buenos Aires, la que conociendo cuán pujante era su brazo y cuánta influencia ejercía entre el paisanaje, no vaciló en aceptarlos, otorgándole el grado de teniente coronel, suministrándole re-

cursos pecuniarios y autorizándolo para ponerse al frente de las milicias que lograse reunir.

El 7 de Abril de 1811, Artigas, procedente de la vecina orilla, desembarcó en el territorio oriental. Conocido este movimiento insurgente, la campaña se pronunció á su favor, y el caudillo popular fué aclamado como jefe de los orientales.

Después de la acción de San José, primer combate entre españoles y orientales y primer triunfo de éstos, siguióse la célebre batalla de las Piedras, en la que, aun cuando los realistas pelearon con denuedo, Artigas los derrotó completamente. Este hecho de armas, que fué de resultados decisivos, asentó su reputación, produciendo en la campaña una predisposición más acentuada y favorable hacia el grande ideal de la independencia y vigorizando el patriotismo de los que habían esgrimido las armas para libertar á su país.

Entonces principia el asedio de Montevideo, que poco después es levantado por orden del gobierno de Buenos Aires; suceso imprevisto que decidió á Artigas á retirarse á Entre Ríos acompañado de unas diez ó doce mil personas entre ejército y familias. Este rasgo de todo un pue-

blo, que prefiere abandonar su tierra antes que presenciar cómo la humilla la planta del invasor (pues los portugueses se habían hecho sentir hasta las orillas del Río Negro), es conocido en la historia bajo la denominación de « el éxodo del pueblo oriental ».

Vuelto al patrio suelo en 1812, después de haberlo evacuado los portugueses, se renueva el sitio bajo la dirección de Rondeau, secundándolo Artigas con las fuerzas de su mando; pero como los diputados orientales á la Asamblea Constituyente reunida en Buenos Aires, fueron por dos veces rechazados, se dió por ofendido, considerando ese acto como un desconocimiento de la autonomía de la Provincia Oriental, y en su consecuencia se retiró por segunda vez del sitio con sus tropas y partidarios.

Esta actitud de Artigas, algo violenta, pero disculpable, dada la provocación que la produjo, dió por resultado un decreto de proscripción contra él, y que se pusiese á precio su cabeza; enconándose todavía más los ánimos con la declaración del Directorio, que incorporaba la Provincia á las demás del Río de la Plata.

« Las ideas de federación del General Artigas habían cundido en las Provincias de Entre

Ríos, Corrientes, Santa Fe y Córdoba, colocándose éstas bajo el protectorado del popular caudillo. Á pesar de los trabajos de las autoridades de Buenos Aires, su prestigio y poder se habían aumentado, y no era posible prescindir de él para conseguir una paz duradera. Varias tentativas se hicieron en el sentido de procurar un avenimiento entre el General Artigas y el Directorio de Buenos Aires, pero todas ellas fracasaron.»

El vencedor de las Piedras tenía su campamento en la Purificación [1], cuando supo que los portugueses proyectaban invadir otra vez el territorio oriental; y á la simple noticia de ello, el pueblo se puso en pie para repeler con la fuerza una agresión tan injustificada. Artigas adoptó todas aquellas medidas que creyó del caso, y pronto

(1) La *Purificación* era un pueblo creado sobre el Uruguay, en el Hervidero, á donde se remitían desde el tiempo de Otorgués los *godos* que caían en desagrado. El nombre de *Purificación* fué inventado por el padre Monterroso, consejero de Artigas, hombre de ideas exaltadas y sanguinarias. En el centro de la plaza se enarbolaba la *tricolor* todos los días festivos. Había oratorio y era costumbre concurrir la tropa á misa en los mismos días. Los confinados allí eran obligados á labrar la tierra, y el producto de sus siembras se remitía á Montevideo, donde se expendían, destinando su importe á la provisión de ropa y artículos de alimentación de los mismos. Á poca distancia existía una altura dominante, que el dicho popular llamó la *mesa de Artigas*, célebre en la guerra con los portugueses en que vamos á entrar, por ser el punto elegido de preferencia por Artigas para plantar su tienda, abarcando con la vista aquella parte del Uruguay donde tantas veces se cruzaron las armas de los combatientes, defendiendo unos el suelo originario y otros la conquista extranjera. (*Rasgos Biográficos*, por don Isidoro De-María; tomo I, pág. 33.)

hubo numerosos y formidables encuentros, de la mayoría de los cuales, infaustamente, no salieron bien libradas las tropas patriotas.

Llevado de su buen deseo de adquirir recursos de todo género con que hacer frente á las huestes invasoras, el Cabildo de Montevideo los solicita de Buenos Aires, quien se aviene á prestarlos á condición de que la Banda Oriental jure obediencia al Congreso de la vecina orilla y enarbole el pabellón de las Provincias Unidas; propuesta que es aceptada por los delegados del Uruguay, pero á la cual no quiso asentir Artigas, estampando entonces en un documento público estas sentidas frases: « *El jefe de los orientales ha manifestado en todos tiempos que ama demasiado á su patria para venderla al vil precio de la necesidad.* »

Aunque los portugueses marchaban de victoria en victoria, no dejaban de comprender lo mucho que valía y significaba el caudillo, y esto los decidió á intentar concluir su laboriosa campaña por medio de un sometimiento pacífico de Artigas, á quien ofrecieron, si disolvía sus fuerzas, el grado de Coronel con el goce del sueldo correspondiente, debiendo retirarse al Brasil ú otro cualquier punto del reino de Portugal; á lo

que contestó con una negativa tan arrogante como decisiva: *Cuando no tenga soldados, pelearé con perros cimarrones.*

Reducido últimamente á la impotencia, tanto por el poderío de los invasores como por las tramas que se urdieron en contra de él, Artigas se trasladó al otro lado del Uruguay para robustecer la lucha que Santa Fe y Entre Ríos sostenían con el Directorio, y si triunfaba allí volver con nuevos bríos y reforzado su ejército, á desalojar de sus puestos á los portugueses.

Síguese á estos acontecimientos un período de verdadera anarquía: combates sangrientos, defecciones vergonzosas, pactos infamantes, contrariedades de toda clase, y el poder é influencia del famoso agitador va decayendo rápidamente hasta perderse en el horizonte de su cielo político y militar.

« Al fin, perseguido por la fatalidad del destino, amargado por la ingratitud y entristecido por la suerte de su patria, uncida al yugo de la dominación extranjera, se resolvió á buscar un asilo en el Paraguay antes que someterse á sus implacables enemigos. Prefiere el ostracismo voluntario.

« Una noche, rodeado de sus más constantes

compañeros, les revela su última resolución, dejando á todos en libertad para seguir su suerte ó tomar otro partido. Ansina, su bueno y leal Ansina, que vamos á ver acompañarle hasta el fin de su vida, es el primero que responde con noble resolución: — « Mi General, yo lo seguiré aunque sea hasta el fin del mundo. »

Llegado á la Candelaria, posesión paraguaya, mandó pedir hospitalidad al dictador Francia, quien no se la negó, estableciéndose en el Paraguay, donde vivió treinta años á expensas del gobierno de este país, hasta que falleció el 23 de Septiembre de 1850.

Éste fué el fin del precursor de la nacionalidad oriental; del que agrupó y acaudilló las masas campesinas del Uruguay contra los poseedores españoles primero, las ambiciones argentinas después y la conquista portuguesa inmediatamente; del que supo retemplar el sentimiento indómito de todo un pueblo; del que desafió las iras de tres naciones poderosas, y que, peleando, « casi siempre infortunado, pero siempre heroico, » dejó sembrada la semilla de la independencia, que germinó rápidamente al vivísimo calor patriótico de los homéricos Treinta y Tres.


DÁMASO ANTONIO LARRAÑAGA



DÁMASO ANTONIO LARRAÑAGA

DÁMASO ANTONIO LARRAÑAGA.

(SABIO NATURALISTA Y SACERDOTE.)

1771-1841.

Entre las nobles figuras que se destacan en el cuadro de las notabilidades uruguayas, aparece la del doctor don Dámaso Antonio Larrañaga.

Hijo de una distinguida familia, este ilustre varón vió la luz primera por el año 1771, en la ciudad de Montevideo.

Desde joven manifestó vocación por la carrera eclesiástica, y por más que sus padres lo habían destinado á la de medicina, ordenóse de presbítero en Río Janeiro, después de haber cursado sus estudios en Buenos Aires y en Córdoba.

Acompañó en carácter de Capellán á los voluntarios que á las órdenes de Liniers marcharon en 1806 á la reconquista de Buenos Aires, y el año siguiente asistió también á la memorable acción en la que el pundonoroso é infortunado Maciel, *Padre de los pobres,* murió víctima de su arrojo.

Á principios de 1814 se trasladó á la capital vecina, donde fué nombrado bibliotecario público, volviendo al seno de su patria en virtud de haber recaído en él la dignidad de cura-rector de la Matriz, cargo que desempeñó hasta que, constituída la República y habiendo abogado él por la separación de su iglesia de la diócesis de Buenos Aires, el Sumo Pontífice lo elevó á la categoría de Vicario Apostólico.

Tuvo también participación en los asuntos políticos de su época, si bien no en todos ellos su austeridad cívica rayó á la altura de su fama de sacerdote dignísimo; pero, á menudo, los individuos, como los pueblos, tienen que someterse al imperio brutal de la fuerza y aceptar los hechos consumados admitiéndolos como buenos.

Sus ideas fueron bastante avanzadas, tanto en filosofía como en política, pues á él le cupo la gloria de presentar á la sanción de la legislatura un proyecto de ley aboliendo la pena de muerte en la República, y de trabajar con perseverante fe en pro del establecimiento de varias instituciones encaminadas á elevar el nivel intelectual y moral del pueblo.

Justifican nuestra afirmación los deseos vehementes que manifestó al General Artigas á fin

de que se realizara cuanto antes la apertura de la biblioteca pública ideada por el bondadoso Pérez Castellanos, ofreciéndose Larrañaga á enriquecerla con obras de su propiedad, á organizarla con su competencia y á plantearla definitivamente con su cooperación desinteresada, como así se hizo, inaugurándose bajo su idónea dirección.

El discurso de apertura que sus labios pronunciaron con tal motivo, es un documento en que campean las adelantadas ideas de este ilustre pensador, los sentimientos que albergaba y los propósitos que tenía respecto de la institución á él confiada.

Esta oración inaugural es su profesión de fe, no pronunciada por hacer gala de erudición, sino para desarrollar en el ánimo de sus oyentes el gusto por la lectura y el amor al estudio.

Sin embargo, todo aquel caudal de libros acumulados á fuerza de dinero, tiempo y cuidados, casi exclusivamente por Pérez Castellanos y Larrañaga, «aquellas preciosas joyas científicas y literarias rodaron dos años después por tierra á impulso de los sacudimientos políticos, para desaparecer entre sus escombros.»

La fundación de la *Sociedad Lancasteriana* y de la escuela pública gratuita que de ella de-

pendía, fueron también creación del padre Larrañaga, secundado por las personas de mejor posición social de Montevideo, quienes aspiraban, no sólo á que se introdujeran en la educación del pueblo los mejores y más modernos sistemas y métodos de enseñanza conocidos hasta entonces, sino á que no vagasen por calles y plazas los numerosos muchachos que las poblaban, ya debido á la incuria de sus padres, bien por holgazanería mal reprimida de parte de sus familias. La idea de Larrañaga y de sus colaboradores era doblemente meritoria, puesto que desarrollando las facultades mentales del niño, lo instruían, y formando hábitos de orden y disciplina, lo moralizaban, arrancándolo de los desastrosos efectos del vicio, que se suele arraigar en los chicuelos ociosos y mal entretenidos, que todavía hoy tanto abundan desgraciadamente.

Se comprende sin gran dificultad que un hombre á quien de tal modo preocupaban el problema de la educación y el porvenir de la niñez, estuviese también dotado de sentimientos caritativos, y esto queda comprobado con las gestiones que hizo á fin de fundar instituciones de carácter piadoso, que tan reclamadas eran por la sociedad embrionaria de Montevideo. De ahí

surgió la idea de establecer la inclusa ó casa apropiada para recoger y criar á los niños expósitos, de la cual fué Larrañaga una de sus principales columnas. Desde entonces tuvieron las infelices criaturas un asilo cuyo torno se señalaba exteriormente con esta sencilla, pero significativa inscripción, puesta por Larrañaga:

Mi padre y mi madre
Me arrojan de sí;
La piedad divina
Me recibe aquí.

La fundación de un establecimiento de este género evitaba á la sociedad el doloroso espectáculo de criaturas recién nacidas arrojadas á las puertas de los templos, expuestas en los umbrales de las casas particulares, ó expresamente escondidas en los huecos de la ciudad, en donde solían sucumbir víctimas de las inclemencias del tiempo, faltas de alimentación ó privadas de todo cuidado, cuando los sentimientos caritativos de las personas que las percibían, llegaban demasiado tarde para arrancarlas á las garras de la muerte La creación de la *lotería de la caridad,* expresamente instituída para el sostenimiento del Asilo de expósitos, completó la obra de su fundador.

Como Pérez Castellanos y otros inteligentes

sacerdotes con que ha contado y cuenta la República, Larrañaga se dedicó á estudios científicos, los cuales le valieron que fuera reputado como un verdadero sabio, pues no sólo se inclinó á la astronomía, la geología, la agricultura y la historia natural, sino que, merced á su dedicación, llegó á encontrar los primeros vestigios del enorme *tatú, armadillo fósil* ó *megaterio,* determinando su estructura.

Redactó también unos apuntes de botánica, descubrió multitud de plantas indígenas y formó un herbario de gran valor científico, para lo cual tuvo que hacer frecuentes viajes á la campaña, de donde volvía trayendo numerosos ejemplares de aves, insectos, muestras de minerales y gran acopio de plantas medicinales y de aplicación á la industria.

Á causa del uso excesivo del microscopio contrajo una grave dolencia, que concluyó por hacerle perder totalmente la vista, siendo impotentes los recursos de la ciencia para evitarle desgracia tan grande. El 16 de Febrero de 1848 falleció en su quinta del Miguelete, á la edad de 77 años, dejando huella profunda de sus virtudes y de su talento, que todos admiran y muy pocos igualan.

José Rondeau.



JOSÉ RONDEAU.

José Rondeau.

(GUERRERO DE LA INDEPENDENCIA AMERICANA.)

1773-1844.

Don José Rondeau nació en la ciudad de Buenos Aires el 4 de Marzo de 1773, y falleció en Montevideo, á la edad de 71 años, el día 18 de Noviembre de 1844. Hijo de una familia de arraigadas creencias religiosas, sus padres lo dedicaron á la carrera eclesiástica, la que abandonó antes de profesar, para seguir la de las armas, hacia la cual sentía irresistible vocación.

Contemporáneo de Artigas, sirvió como éste en el cuerpo de *Blandengues de la frontera,* del cual era valeroso oficial en la época de la dominación española, distinguiéndose en todos los encuentros que tuvo con los indios charrúas, quienes, con sus continuos *malones,* eran el terror de los pacíficos moradores de la entonces semi desierta campaña uruguaya.

Al efectuarse la injustificable invasión inglesa,

Rondeau, á la sazón capitán, tomó parte en aquella lucha desigual, hasta que rendida la plaza de Montevideo á las fuerzas británicas, cayó prisionero y remitido, como otros muchos, á Inglaterra, en donde fué víctima del mal trato y crueles sufrimientos á que los ingleses sometieron á los preclaros defensores de la ciudad de San Felipe y Santiago; hasta que humillada en Buenos Aires la soberbia de la Gran Bretaña, fué puesto en libertad, conjuntamente con sus demás compañeros, y enviados á España, desde donde, más tarde, volvieron al Río de la Plata.

Cuando estalló en la capital del Virreinato la revolución de Mayo, Rondeau, que servía á los españoles en la Banda Oriental, desertó de sus filas, y partiendo para Buenos Aires, presentóse á los próceres de la revolución, quienes le otorgaron el grado de coronel, confiándole el mando del ejército argentino que se estaba organizando en el departamento de Soriano, con objeto de prestar su concurso á los orientales, que, acaudillados por Artigas, se disponían á luchar por la emancipación de la patria.

Después de la batalla de las Piedras, librada por el *Protector de los pueblos libres* el día 18 de Mayo de 1811, contra una división realista

de 1,200 hombres y 5 piezas de artillería al mando del Capitán de fragata don José Posadas, Rondeau concurrió al primer sitio de Montevideo, hasta que fué suspendido éste á consecuencia de un arreglo celebrado entre el gobierno de Buenos Aires y el Virrey Elío. Pero este armisticio no podía ser duradero, de modo que á últimos de 1812 se inició el segundo sitio de la plaza, siendo Rondeau el jefe superior de las fuerzas sitiadoras, compuestas de argentinos y orientales, si bien estos últimos no concurrieron con Artigas sino después de la batalla del Cerrito, librada únicamente por el primero contra las fuerzas sitiadas.

« Gobernaba entonces en Montevideo el Mariscal don Gaspar de Vigodet, por haberse retirado Elío á España, aboliendo antes el Virreinato del Río de la Plata.

« Antes de amanecer el día 31 de Diciembre de 1812, los españoles, en número de 3,000, bajo el mando en jefe del Gobernador, salieron sigilosamente del recinto amurallado, y, divididos en tres columnas, emprendieron el ataque del campo patriota.

« La columna de caballería realista que mandaba Chain, sorprendió durmiendo á la van-

guardia patriota, que estaba á las órdenes de Balta Vargas; y, á pesar de la desesperada resistencia que hizo, la derrotó completamente, tomando prisioneros al jefe y á algunos oficiales y soldados.

«Entretanto, otra fuerte división española á las órdenes del bravo Brigadier Muesas, había llegado á la cumbre del Cerrito, cuartel general de los patriotas; logró sorprender al batallón número 6 de infantería de línea, que mandaba el coronel don Miguel Soler, y, derrotándolo completamente, lo puso en precipitada fuga.

«Ya creían los realistas completamente ganada la batalla, y ya se celebraba la victoria en Montevideo con grandes repiques de campanas.

«Pero entonces Rondeau, corriendo detrás del batallón que huía, consiguió reavivar su valor, y reorganizándolo de nuevo, lo llevó otra vez al combate en la cumbre del Cerrito. Los españoles, que no esperaban este nuevo ataque, fueron sorprendidos á su vez; y, como á los primeros tiros fuera herido de muerte el Brigadier Muesas, empezaron á ceder; al mismo tiempo que el escuadrón de Dragones Orientales, — que por estar acampado lejos no había acudido antes á la batalla, — los atacaba por el flanco, llevándolos á sa-

blazos hasta las mismas murallas de Montevideo, donde se refugiaron otra vez los realistas [1].»

La victoria del *Cerrito* es una gloria de Rondeau, pues si bien es cierto que contribuyó poderosamente á ella el heroico esfuerzo de los patriotas, no es menos verdad que el aguijón que movió á éstos fué la intrépida actitud del arrojado militar argentino, sin la cual la victoria hubiera sido de los españoles, y en ese caso tal vez habría peligrado la causa de la independencia del Río de la Plata.

Después de la batalla del *Cerrito*, Rondeau continuó estrechando el asedio, para lo cual mandó construir reductos y hostilizó de todos modos á los realistas durante diez y ocho meses, al extremo de hacerse inminente la rendición de Montevideo, cuando fué reemplazado en el mando del ejército sitiador por el General don Carlos de Alvear. Rondeau, militar pundonoroso, acató respetuosamente la orden del gobierno de Buenos Aires, sin manifestar resentimiento por tan irritante injusticia, que le arrebataba un nuevo y brillante laurel de gloria inmarcesible. Treinta días después, dice el señor De-María, capitulaba Vigodet, y Alvear tomaba posesión de la plaza

(1) E. M. Antuña: *La historia de la independencia explicada á los niños.*

el 20 de Junio y recogía los laureles de su antecesor.

Posteriormente continuó su carrera militar sirviendo en el ejército de los Andes, luchando por la causa de la independencia sudamericana y coadyuvando con su pericia militar á la estabilidad de los nuevos Estados que se formaban en esta parte del Nuevo Continente. Por desgracia, no siempre la suerte de las armas lo favoreció, pues el ejército de su mando sufrió el desastre de Sipe-Sipe, batalla librada por Rondeau contra los españoles con éxito desastroso para el digno general argentino; pero si bien este revés hizo decaer momentáneamente el espíritu de las huestes americanas, contribuyó á que cesaran las disensiones estériles que existían entre algunos próceres de la revolución de Mayo, decidiéndolos á deponer sus resentimientos personales y unirse ante la preponderancia del enemigo común.

No sólo nuestro biografiado figuró en primera fila entre los guerreros rioplatenses, sino que también actuó en su política, ocupando elevados puestos en la República Argentina, en donde fué Jefe Político, Gobernador Intendente, Ministro y Director Supremo de las Provincias Unidas.

Reconocida por brasileños y argentinos la independencia definitiva de la República Oriental, la Asamblea Nacional comprendió que necesitaba colocar al frente del gobierno á un hombre exento de las ambiciones y rivalidades que caracterizaban entonces á Lavalleja y á Rivera; así que, impulsada por un alto sentimiento patriótico, nombró Gobernador provisional y Capitán General de la Provincia al General don José Rondeau, juzgando que bastaba que Rondeau hubiera nacido en el territorio de las Provincias Unidas, para ocupar tan encumbrado puesto. Además, mediaban en favor de su elección las circunstancias de que el héroe del *Cerrito* fuese bien conocido como adalid de la independencia americana, decidido partidario de la libertad del territorio uruguayo y leal amigo de sus hijos.

Á pesar de que el gobierno del General Rondeau debía de ser breve por su calidad de provisorio, y difícil por lo delicado, lleva un sello de grandeza que debemos recordar siempre, no olvidándonos de que, acompañado de estadistas de la talla de don Eugenio Garzón, don Juan Francisco Giró y don Francisco J. Muñoz, echó los cimientos de la organización administrativa y financiera de la naciente República, decretó el

rescate de los esclavos, mandó fundar escuelas primarias en todos los departamentos, creó la comisión de agricultura é industria y la junta de higiene pública, y abrió el registro de estadística general, sin contar otras muchas disposiciones de carácter secundario, pero que en conjunto nos permiten formarnos una idea favorable del espíritu progresista y reformador del primer magistrado de la Provincia.

Dificultades surgidas entre Rondeau y una fracción de la Asamblea Legislativa, obligaron al primero á renunciar el delicado cargo que ejercía y á retirarse á Buenos Aires, dejando incompleta, aunque nunca por su culpa, la obra fecunda de organizar el país, cuyo cielo político quedó sembrado de nubes en los albores de su independencia.

No concluyen aquí los importantes servicios del General Rondeau, pues continuó prestándolos en diferentes ocasiones, ya á su patria nativa, ya á la República Oriental, de la que fué Ministro de la Guerra en 1839 y miembro del Consejo de Estado en 1842. « Ocupando esos distinguidos destinos públicos, gozó siempre del respeto y consideración á que era acreedor el veterano de la independencia por sus dilatados y

esclarecidos servicios, por su honradez acrisolada, por su bellísimo carácter y por el conjunto de virtudes cívicas y privadas que le adornaban, y mereciendo la estimación general aun de los desafectos políticos que pudo tener en medio de las divisiones intestinas [1].»

El doloroso y largo período de la guerra grande lo encontró ya anciano, achacoso é impotente para luchar, lamentándose de que su avanzada edad y su postración física le impidiesen desalojar del escenario de su inolvidable victoria (el Cerrito) á los secuaces del tirano argentino.

Mucho antes de que dicho período terminara, el General Rondeau, pobre, sumamente pobre, pero respetado y querido por todos, exhalaba su postrer suspiro rodeado de su dignísima familia y de sus numerosos amigos, asegurando por la fe de su honrada palabra, que moría con el consuelo de no haber hecho mal á nadie, ni como militar, ni como magistrado, ni como ciudadano, y de haber servido á la patria con todo su corazón y todas sus fuerzas; y ésta era la verdad.

Del General Rondeau ha dicho el General Mitre: «Hombre de recto juicio, aunque sin las

(1) Isidoro De-María: *Hombres notables.*

luces de la inspiración, de porte grave y carácter algo apático, de alma serena, es reconocido por todos como un patriota abnegado y virtuoso y un soldado de buena escuela.»

Á su fallecimiento, el Gobierno decretó honores fúnebres correspondientes á su elevada jerarquía militar; la Municipalidad de Montevideo ha perpetuado su nombre poniéndoselo á una de sus principales avenidas, y los restos mortales de Rondeau descansan en el panteón nacional, habiéndose negado siempre los gobiernos del Uruguay á entregarlos á la República Argentina, á pesar de haber ésta solicitado su entrega.

Así como la historia consagra una brillante página, la posteridad recuerda sus méritos y, en prenda de gratitud, conserva sus despojos con respeto y pronuncia su nombre con cariño.



Joaquín Suárez.



JOAQUÍN SUÁREZ.

Joaquín Suárez.

(MODELO DE VIRTUD Y PATRIOTISMO.)

1781-1868.

Dicen los historiadores que la honradez acrisolada de don Bernardo Suárez, su discreto desprendimiento, su genio benévolo y carácter simpático, hacían que su hogar doméstico fuese lo más apropiado para el feliz desarrollo de las dotes del joven don Joaquín; «y de él salió éste para entrar en la batalla de la vida, con el cuerpo sano, el espíritu recto y generoso, con la voluntad firme y decidida para servir á las ideas morales y á los propósitos virtuosos que le eran innatos y que había podido amar y venerar en la casa paterna.»

Convulsionada la campaña oriental por el movimiento patriótico de 1811, Suárez fué de los primeros en tomar las armas á fin de secundar las ideas y propósitos del General Artigas,

á quien acompañó en los memorables encuentros de San José y las Piedras, para pasar inmediatamente á la Comandancia militar de Canelones, desempeñándola hasta que, producida la contienda entre argentinos y orientales, Suárez se retiró por no querer tomar parte en una guerra que conceptuaba civil. Ésta es la primera etapa de su vida política.

Más tarde (1816) tuvo lugar la invasión portuguesa, á la que combatió Suárez, no omitiendo sacrificio de ningún género, con objeto de que el Cabildo, del cual era miembro, enviase á las tropas fieles á la causa de la libertad, todos los elementos bélicos que fuesen necesarios al triunfo de Artigas y los suyos. Pero, la expatriación de éste y la inevitable dominación extranjera, alejaron á Suárez, manteniéndose retirado y mudo, cual si protestase con su silencio y retraimiento contra la intervención de un poder extraño en asuntos que sólo los orientales debían ventilar.

Cuando Lavalleja paseaba triunfante por los campos de la República la enseña de los Treinta y Tres, Suárez cooperó con su dinero é influencia al éxito de tan patriótica empresa, lo que le valió el ser elegido Representante por la Florida, y luego Gobernador de la Provincia; siendo uno

de sus actos previos declarar que, consecuente con sus principios, el gobierno adoptaba el sistema de la publicidad; sistema inherente á toda democracia honesta, pero del cual se olvidan con harta frecuencia los gobernantes, como si el pueblo no tuviese derecho á conocer hasta en sus más recónditos pormenores el manejo de la administración pública.

En esta misma época se dictaron medidas eficaces para hacer real y verdadera la seguridad individual, comprometida por los abusos de ciertos jefes militares, que arrastraban á los cuarteles á individuos que se hallaban sometidos al fallo de la justicia ordinaria; se organizó ésta en todos sus grados, desde los Juzgados de Paz hasta el Tribunal Superior; se creó la Contaduría; se dictó la ley de libertad de imprenta; se fundó una Dirección General de Escuelas, y, finalmente, se garantió la inviolabilidad parlamentaria; se formuló el primer presupuesto, y se llevaron á cabo, con aplauso siempre creciente, otras muchas reformas desconocidas hasta aquella fecha.

La independencia de Suárez y su entereza de carácter se demuestran en su actitud para con Lavalleja, quien, habiendo ultrapasado sus atri-

buciones, fué observado por el primero, lo que produjo un rompimiento entre el elemento militar y la autoridad legítimamente constituída, que dió por resultado que la Junta fuese disuelta y que Suárez, ante la fuerza material, se volviese serenamente á la vida privada.

En el breve período de este gobierno tuvo el honor de poner su firma en las leyes que crearon la escarapela y el pabellón de la nueva República.

Constituído el país, diéronle un asiento en la primera legislatura nacional, y fué Ministro de Gobierno y de la Guerra; pero, dice Lamas, incapaz de subordinar los intereses públicos á las exigencias y á los cálculos egoístas de los amigos políticos, dimitió el cargo, retirándose nuevamente á su hogar, lo que lo alejó de la lucha ardiente y personal que produjo en 1832 la primera perturbación de nuestro orden constitucional.

En 1842, la invasión de las huestes rosistas lo halló en la Presidencia; pero desmoralizado el país, diezmado el ejército, desconceptuado su jefe principal, el Estado sin recursos, la propiedad privada en ruinas, los arsenales desprovistos, ¿cómo oponerse á la resistencia? No obstante,

Suárez, patrióticamente secundado por don Santiago Vázquez, Melchor Pacheco, Francisco F. Muñoz y otros, emprendió la ardua tarea de prepararse para la defensa.

Principióse por separar del mando á varios jefes militares tenidos por sospechosos; se enajenaron las rentas de la aduana á fin de atender con su producto á las necesidades de la guerra; se aumentó el ejército con negros recientemente salidos de la esclavitud, y con policías indisciplinadas é ineptas; se arrancaron los viejos cañones de fierro de la época colonial, que servían de postes en las calles de la ciudad, de los que muchos resultaron utilizables, y apenas si con todo esto logróse reunir 4,000 hombres para oponerse á los 14,000 de Rosas, que ya campaban por el territorio nacional.

Como puede comprenderse, el sacrificio de Suárez era admirable, puesto que, anciano ya, exponía sus cuantiosos bienes, su tranquilidad y su vida, en una aventura que podría imponerle los mayores peligros y las más tremendas responsabilidades; pero la actitud de aquel venerable prócer de la defensa retempló los ánimos, hizo dadivoso al tacaño, resuelto al pusilánime y pa-

triota al egoísta, adquiriendo todos altísimo temple cívico.

Este cuadro de abnegación lo dibuja admirablemente don Andrés Lamas, en esta forma: « Cada uno de los nuestros, nacionales ó extranjeros, sabía por qué tenía las armas en la mano, por qué peleaba, por qué daba ó recibía la muerte. El oriental, por la independencia y la libertad de su patria; el argentino, por la libertad de la suya; el negro, por su título y derecho de hombre que acababa de serle devuelto; el europeo, por el derecho humano y social, por el derecho de entrar y salir en esta tierra americana, de navegar y comerciar por estas aguas, de ejercer libremente sus industrias lícitas, de adquirir bienes con su trabajo, y de conservar y trasmitir lo que adquiriese. »

Á este supremo esfuerzo se asociaron las legiones italiana y francesa, la primera al mando de Garibaldi, la segunda bajo la dirección del arrojado coronel Thiebaut. En cuanto á los españoles, como carecían de autoridad consular, eran considerados como orientales, y unos peleaban con Oribe y los más rodearon al Gobierno de la Defensa; y fué tal el entusiasmo de franceses é italianos, que cuando por los ministros

de sus respectivos países se les invitó á deponer las armas, contestaron éstos que morirían antes que abandonar la causa que habían abrazado. Respecto de los franceses, fueron amenazados de perder su nacionalidad si continuaban prestando su concurso al Gobierno, pero optaron por seguir combatiendo por la libertad.

Terminó por fin aquella epopeya, no sin sangre, desolación y ruinas, y al efectuarse la nueva elección, el Presidente de la Defensa entregó el mando á un ciudadano que se encontraba en las filas del partido contrario; hecho que prueba que « la resistencia de Montevideo puede y debe ser aceptada por todos los orientales como la expresión y el triunfo de la independencia nacional, pues nacional es su gloria, como nacionales fueron sus medios y sus resultados. »

Don Joaquín Suárez fué respetado aun por parte de sus propios enemigos políticos, porque su virtud como hombre era evidente, inmaculado su patriotismo como ciudadano, notorio su desprendimiento, y tan probada su bondad, que « la misma calumnia y la injuria que persiguen y acompañan á los hombres públicos, enmudecía en su presencia, perdiéndose bajo el polvo de sus pies. »

Juan Antonio Lavalleja.



JUAN ANTONIO LAVALLEJA.

JUAN ANTONIO LAVALLEJA.

(JEFE DE LOS TREINTA Y TRES PATRIOTAS.)

1786-1853.

Don Juan Antonio Lavalleja, el Jefe de los Treinta y Tres, el que vino á realizar grandes destinos históricos en la República Oriental del Uruguay, nació en Minas el año 1786, siendo hijo de uno de los primeros pobladores de esta villa, sin disputa la más pintoresca de todas las de la campaña.

Sus años juveniles los pasó secundando al autor de sus días en la dirección de los trabajos de campo, los que abandonó tan pronto como surgieron los primeros patriotas orientales que, acaudillados por Artigas, se lanzaron el año 11 á la revolución contra la madre patria, cifrando el éxito de la contienda más en la bondad de su causa, que en los mezquinos elementos de que disponían para hacerla triunfar.

Con ellos militó como oficial, distinguiéndose por su bizarría en la memorable batalla de las Piedras, cuyos resultados fueron decisivos; y terminada la dominación española, continuó fiel á la bandera del jefe de los orientales, cuando las desavenencias entre éstos y los argentinos mancharon el territorio americano con fratricida sangre.

Invadido el país por los portugueses, el año 1816, Lavalleja fué uno de los bravos que más hostilizaron al enemigo, siendo siempre su sombra durante aquella contienda en que hubo prolongados asedios, persecuciones tenaces y cruentos combates.

Como suele suceder, no siempre la suerte de las armas favoreció la causa americana; pero la fe y decisión de Lavalleja no se debilitaron nunca, ni por los peligros, ni por los reveses. Sin tener para nada en cuenta cuál podría ser el resultado de la guerra, ni recapacitar en el número de los enemigos, luchó continuamente con tanta valentía y entusiasmo, que de él podríamos decir con el poeta, *que antes se cansó su espada que su brazo.*

Tan temerario como intrépido, se separa cierto día del grueso del ejército sin más acompañan-

tes que tres ó cuatro hombres, cuando cae sobre él un grupo de enemigos apoderándose de su persona, no sin antes hacer brillar su espada, con la que trata de abrirse paso, aunque inútilmente.

La fama de Lavalleja estaba ya en aquel entonces bastante divulgada, para que no tratasen sus contrarios de ponerlo á buen recaudo, de manera que lo remitieron á Río Janeiro, confinándolo á una especie de pontón que hacía las veces de cárcel.

Mediaron influencias á su favor, y un día el Príncipe lo hizo conducir á su presencia, insinuándole que, si gustaba, ínterin no se tranquilizase su país, podía retirarse á Norte-América, á donde se le pasaría el sueldo de Coronel; pero el patriota Lavalleja agradeció la oferta del Emperador, sin aceptarla, manifestándole que «prefería seguir la suerte de sus compañeros de infortunio;» actitud que agradó tanto al Regente, que desde entonces no sólo le dispensó todo género de consideraciones, sino que frecuentó su trato con bastante asiduidad, aunque reteniéndolo en su poder hasta que el territorio oriental, convertido en Provincia Cisplatina, se adhirió al Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarves.

Ya en su patria, trató de que ésta se sustra-

jera á la dominación portuguesa, promoviendo con ese objeto reuniones tendientes á sublevar la campaña; pero no pudo lograr lo que deseaba, pues descubiertos sus planes, lo persiguieron, sus bienes fueron embargados y tuvo que emigrar á la República Argentina y en ella trabajar humildemente para ganar lo necesario á su subsistencia.

¿Cómo nació en la mente de don Juan Antonio Lavalleja la idea de libertar á su patria de la dominación extranjera? Punto es éste digno de ser minuciosamente conocido, pues da la medida de su firmeza de propósitos y entereza de carácter. Séanos, pues, lícito traerlo á colación, dejando que lo relate el respetable y viejo cronista de las glorias orientales, don Isidoro De-María:

«El triunfo de Ayacucho acababa de poner el sello á la independencia americana. Todos los pueblos de nuestra habla del continente eran libres. Sólo la Provincia Oriental estaba sujeta á una dominación extranjera. En medio del subido entusiasmo con que se celebraba en Buenos Aires la victoria de Ayacucho, se reunieron un día unos cuantos patriotas orientales á festejarla con Lavalleja en el saladero de Barracas. Éste vuelve la vista á su patria y deplora su esclavitud. Cruza

por su imaginación la idea de libertarla, y manifiesta con varonil acento su disposición de abordar la empresa si encuentra quien lo apoye. Sus compañeros y amigos presentes acogen la idea con entusiasmo, y desde aquel momento contraen el compromiso reservado de poner manos á la obra santa de la redención de la patria. Siete hombres abnegados lo contraen y conciertan los medios de reunirse secretamente é iniciar á algunas personas más de su íntima confianza en el pensamiento, para trabajar en el sentido de realizarlo.»

Nuevas reuniones, repetidos acuerdos, asidua correspondencia, prolijas investigaciones y escasos recursos dan remate á la obra preliminar, que muchos considerarían descabellada por lo irrealizable; y el 19 de Abril de 1825, Lavalleja y treinta y dos patriotas más desembarcan en la hermosa playa de la Agraciada, desplegando al viento aquella bandera celeste, blanca y roja, bajo cuyos pliegues corrieron presurosos á cobijarse cuantos con heroísmo espartano optaban por la libertad ó por la muerte.

Multitud de no interrumpidos triunfos esperaban á Lavalleja desde los primeros encuentros con las gentes que se conservaron fieles al go-

bierno de Montevideo, pues como el Jefe de los Treinta y Tres procediese con actividad en la organización de su columna, ésta se convirtió en un ejército compuesto de varias divisiones, que tenían en jaque á las fuerzas enemigas en diversos puntos del territorio simultáneamente.

Por fin, la suerte de la patria se decidió de un modo definitivo en los memorables campos del Sarandí, en que los libertadores con 2,500 hombres y los usurpadores con 3,000 se lanzaron á la pelea, aquéllos al grito supremo de *carabina á la espalda y sable en mano*, dado por Lavalleja, quien en tan heroica acción cubrióse de gloria, escribió con indelebles caracteres la página más brillante de la historia militar de la República y consolidó á perpetuidad la independencia del territorio oriental.

Á esta victoria se sucedieron otras muchas, que dieron á comprender al Brasil que había llegado la hora de cesar en el dominio de la Provincia Cisplatina, y ajustóse un tratado por el que argentinos y brasileros reconocían la soberanía de la nación.

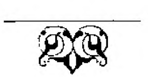
Cierto que una serie de lamentables equivocaciones indujeron más tarde á Lavalleja á disolver la sala de Representantes y derrocar el go-

bierno legalmente constituído, empañando con estos actos la purísima gloria de su nombre y haciendo sentir á la patria las agudas congojas de la anarquía en los albores de su vida constitucional; pero no es menos verdad que, cuando en 1853 fué llamado para formar parte del triunvirato, hizo cuanto estuvo en sus manos para borrar la desagradable impresión que su anterior actitud había dejado en el ánimo de la generalidad de sus conciudadanos, armonizando sus esfuerzos con sus demás compañeros de tareas, á fin de garantir la libertad, arraigar la paz y restablecer el orden constitucional; reacción saludable que demuestra la pureza de sus sentimientos; reacción patriótica que llevó al ánimo de todos el convencimiento íntimo de la integridad de sus propósitos; porque cuando después de tantas luchas estériles y de tantas esperanzas defraudadas, sus más encarnizados rivales le tendieron la mano en prenda de unión y amistad, prueba inequívoca es de que si no siempre su actitud fué correcta, débese tal vez á la abundancia de malos consejeros y no á ambiciones bastardas, que jamás albergó su pecho generoso.

La personalidad del General Lavalleja ha sido bastante controvertida, y sus actos como ciuda-

dano han dado margen á numerosas polémicas; pero á medida que transcurren los años, el juicio imparcial de la historia viene abriéndose paso á través de las densas nieblas con que el criterio de la pasión partidista suele envolver las figuras más resaltantes de la sociedad.

De cualquier modo que sea, los errores que pudo cometer este valiente y decidido campeón de las libertades públicas desaparecen completamente ante su temeraria acción, de arriesgarse á desafiar las iras de un coloso y conquistar para la patria oriental un puesto en el concierto universal de las naciones.



Fructuoso Rivera.



FRUCTUOSO RIVERA

Fructuoso Rivera.

(PRIMER PRESIDENTE CONSTITUCIONAL.)

1788-1854.

No corresponde á la índole de estos perfiles biográficos, estudiar la personalidad del General Rivera en sus diversos caracteres de patriota, caudillo, gobernante y jefe de partido, pues de hacerlo así, las páginas de la presente obrita serían escasas para relatar sus vicisitudes y peripecias, sus triunfos no aminorados por alguno que otro contratiempo, y sus méritos, que no fueron suficientes á empañar ciertos errores, de los que no están exentos aquellos héroes de la humanidad que cuentan con una larga existencia militar y política. Tomaremos, pues, de su vida todo lo que nos sirva para formarnos un juicio aproximado de sus ideas y sentimientos, prescindiendo de las opiniones exaltadas de sus

enemigos y de los extravíos apasionados de sus parciales. Este justo medio nos llevará al conocimiento de la verdad.

Está fuera de duda que las tres figuras más resaltantes de la época de la independencia son Artigas, Lavalleja y Rivera, y nadie ha negado á este último la espontaneidad de su actitud, cuando en 1811 formó al lado del primero, siguiéndolo en todas sus campañas, en las que hizo rápidos progresos.

Nuestro héroe no fué un militar de escuela, porque desde niño su carácter era contrario lo mismo á la sujeción del cuerpo que á la del espíritu; de modo que los triunfos que obtuvo los debió á otras cualidades personales que poseía, tales como astucia insuperable, bravura denodada y serenidad á toda prueba. Si hubiese conocido el arte de la guerra con la perfección con que se conoce actualmente, tal vez no habría tenido lugar el desastre de India Muerta.

Constituye un timbre de gloria para Rivera su resuelta actitud contra los usurpadores del territorio nacional, asumida con ejemplar perseverancia durante cuatro largos años. En este lapso de tiempo casi puede decirse que él únicamente mantuvo la lucha, pues descorazonados

los demás jefes, fueron separándose paulatinamente hasta dejarlo solo.

Durante este período, el ejército de Rivera no excedió de dos mil hombres, con los cuales efectuaba marchas vertiginosas, contramarchas inesperadas y numerosas evoluciones que desconcertaban á los contrarios. Tan pronto se le veía frente á los muros de Montevideo como en los montes del Queguay, ya batiendo al enemigo en Guayabos, bien efectuando aquel famoso movimiento estratégico del Rabón, en que con 600 hombres se batió en retirada, durante doce leguas, contra un ejército de dos mil soldados mejor disciplinados y más aguerridos que el puñado de valientes que tenía bajo su mando. Esto demuestra que era más guerrillero que militar, y que, como Napoleón I, conocía la importancia de los ejércitos reducidos para guerras de recursos como la que sostenían los orientales.

Llegó el año 25, y con él la pasada de los Treinta y Tres, acaudillados por el intrépido Lavalleja; movimiento al que se adhirió Rivera, no persiguiendo á los revolucionarios, como se le había ordenado, sino apartándose de ellos; pues, en vez de dirigirse á las costas del Uruguay, encaminóse estudiadamente hasta el corazón de

la campaña, dando así tiempo á los patriotas para que se organizaran y sus fuerzas fuesen en aumento.

Á los diez días del desembarque de los Treinta y Tres, Rivera, ya general en aquella fecha, era su prisionero, «pero prisionero que se recibió en brazos de sus compañeros, apenas se cambiaron las primeras palabras,» ofreciéndose incondicionalmente á Lavalleja para secundarlo en sus patrióticos propósitos y compartir con él los riesgos que entrañaba aquella aventura y las glorias ó sinsabores que pudiese reportarles.

Los hechos vinieron á justificar en breve la buena fe con que procedía el General don Fructuoso Rivera, patentizándola en el famoso combate del Rincón de las Gallinas, donde, rodeado casi por todas partes de las aguas de los ríos Uruguay y Negro, y cerrado el paso por 800 enemigos, apeló á una de esas decisiones rápidas y audaces que eran tan peculiares en el valiente guerrillero oriental, para salvarse y salvar á su gente, que en total no excedía de 250 hombres.

Espera al enemigo en la misma garganta del Rincón, y en cuanto aquél se aproxima, prorrumpe en el grito de *á la carga!*, cayendo sobre los brasileros con tanta impetuosidad, que la ca-

ballería se dispersó; los muertos y heridos fueron muchos, muchos también los prisioneros, y espléndido el botín que se obtuvo de este triunfo, uno de los más gloriosos que registra la historia de la República y del cual se vanaglorian con razón los orientales.

Éste y otros desastres sufridos por las tropas del Imperio, decidieron á los brasileros á poner á precio las cabezas de Rivera y de Lavalleja, ofreciendo por la del primero dos mil pesos y mil quinientos por la del segundo.

No había terminado aún la completa independencia del territorio uruguayo, cuando surgieron graves desavenencias entre Lavalleja y Rivera, que obligaron á éste á emigrar á Santa Fe, donde se encontraba cuando se libró orden de prenderlo y perseguirlo como traidor á la patria; estigma infamante al que respondió invadiendo con sesenta hombres el territorio de Misiones, apoderándose de él en menos de veinte días y haciendo tremolar victoriosa la bandera republicana. Quien así procede, no es humanamente posible que sea traidor.

« La toma de Misiones, — dice el biógrafo de Rivera, — fué un gran suceso para la República, y una señaladísima victoria. Inspiración y obra

del General Rivera, como la empresa legendaria de los Treinta y Tres lo había sido del General Lavalleja, era una gloria exclusiva suya, una gran gloria con que vengaba la injusticia de sus detractores venciendo en Misiones, y cuya importancia revela una anécdota del tiempo.

« Se leían en el consejo del Emperador los despachos del Presidente de la Cisplatina, en que anunciando las discordias de los principales jefes orientales, y exagerando sus consecuencias, predecía la disolución de las fuerzas republicanas y el próximo triunfo de la causa imperial. Las esperanzas renacieron. Pero, algunas horas después, se leyeron otros despachos en que se daba cuenta de la ocupación de los pueblos de Misiones por el General Rivera, y el Emperador dijo á sus consejeros: — « Con otra nueva discordia de los jefes orientales, se vienen hasta Puerto Alegre. Es preciso hacer la paz. »

Con hazaña tan increíble, que recuerda las no menos portentosas de Roger de Flor en Grecia, se conquistó Rivera una reputación de primer caudillo, cesó el sufrimiento moral á que veíase condenado, y sus sacrificios y fatigas obtuvieron merecida compensación; pues conquistada la independencia nacional y organizado el país, éste

lo elevó á la primera Presidencia constitucional.

Hizo en ella un gobierno liberal, tolerante é ilustrado, y al amparo de las nuevas instituciones, la libertad y el orden recobraron su imperio, el comercio aumentó prodigiosamente y la emigración europea empezó á afluir al nuevo Estado, cuyo esplendor habría sido más rápido si el General Rivera se hubiese preocupado de la parte rentística de igual manera que atendió las demás ramas de la administración pública.

Próximo á terminar el período legal de su Presidencia, divulgóse el rumor de que aspiraba á perpetuarse en ella; pero nada justificó sospecha tan infundada, pues llegado que fué el día de declinar el mando, cumplió religiosamente con el precepto constitucional, dando así una lección de severo civismo y un ejemplo de sumisión á las leyes, que por desgracia no imitaron todos los magistrados que le sucedieron.

Poco tiempo después, sin embargo, Rivera se lanzaba á la revolución contra el poder legal de don Manuel Oribe, y abierto el camino de la resistencia á mano armada, el país vió con dolor cómo sus hijos sucumbían en medio de luchas intestinas, en que alternativamente la victoria era

para los revolucionarios y para las tropas del gobierno.

Tan largo como fatal para los intereses y el porvenir político de la República fué este luctuoso período, en que representan papeles tan significativos Rivera y Oribe; y hasta la independencia de la nacionalidad habría peligrado, á no convencerse este último de que su permanencia en el mando era un obstáculo poderoso para la tranquilidad que tanto necesitaba el Estado Oriental, lo que lo decidió á renunciar.

Aceptada la dimisión de Oribe, y renacida la paz, el General don Fructuoso Rivera hizo su entrada triunfal en Montevideo, donde fué recibido con gran entusiasmo por las autoridades y el pueblo, asumiendo inmediatamente el poder público, que convirtió en poder discrecional, pues suspendió las prerrogativas constitucionales; si bien este estado anómalo apenas duró un mes, en virtud de llamar á comicios en la época establecida por las leyes.

Reelegido Presidente, se produjo como corolario la invasión de las tropas de Rosas, compuestas de más de cinco mil hombres, al mando de Echagüe; ejército que fué derrotado en los históricos campos de Cagancha por las armas de

la República, admirablemente dirigidas por el General Rivera, quien una vez más demostró en ese lance su valor y serenidad.

Desde esta fecha en adelante el brillo del caudillo oriental empieza á apagarse rápidamente. Pasa á Entre Ríos en persecución de las fuerzas subordinadas á Rosas, y allí la suerte le es adversa en la célebre acción del Arroyo Grande. Vuelve al patrio suelo, sostiene luchas desiguales, y es vencido en la batalla de India Muerta teniendo que trasladarse á Río Janeiro, donde las autoridades lo detienen. Deportado al Paraguay, viene á Montevideo de paso para la Asunción, pero con el propósito deliberado de obtener que se anule la orden de destierro, lo que no consigue; si bien la fuerza de los acontecimientos le abre de nuevo las puertas de la tierra natal y otra vez se le confía el mando en jefe del ejército.

Este triunfo es, sin embargo, efímero, por cuanto la opinión pública empezaba á mostrarse hostil á Rivera, y éste tal vez demasiado exigente: de aquí mutuas resistencias, embozadas desconfianzas, cargos recíprocos y resentimientos de todo género, que dieron por resultado su destitución del mando y nuevo extrañamiento al

Brasil, en donde experimentó no escasas privaciones en la fortaleza de Santa Cruz, que le servía de cárcel.

Por fin, el año 1852, después de la caída de Rosas y de la elección presidencial, se le levantó el destierro, y encontrándose en Yaguarón el año siguiente, se produjeron los sucesos que lo habrían llevado una vez más á las alturas del poder, si la muerte no lo hubiese sorprendido en el Departamento de Cerro-Largo. «Venía en marcha, cuando un ataque de pulmonía lo postró en la costa del arroyo de los Conventos. Allí le rodearon en triste lecho, con profundo desconsuelo, algunos de sus antiguos y fieles compañeros de trabajos, prodigándole sus cuidados; pero todo fué en vano: la luz de aquella existencia tan trabajada por los sufrimientos físicos y morales se extinguía por instantes, hasta que en la mañana del 13 de Enero de 1854 expiró en brazos de sus amigos, entregando su espíritu al Creador.»

Las peripecias de la vida de Rivera, su indómito valor, patentizado en cien combates, las proezas que su serenidad realizó en Cagancha, la atrevida toma de las Misiones, parecerían fábulas si no fuesen hechos que tienen su justificada comprobación.

SANTIAGO VÁZQUEZ.



SANTIAGO VÁZQUEZ.

SANTIAGO VÁZQUEZ.

(POLÍTICO, DIPLOMÁTICO Y PUBLICISTA.)

1788-1847.

La impresión que produce el conocimiento de la vida de este notable personaje es una mezcla de admiración y de extrañeza, pues no se comprende que con la deficiente enseñanza que recibió de sus mentores llegase á desempeñar un papel tan importante y significativo en el escenario político de la República.

Y no fué solamente en esta esfera donde brilló por sus grandes cualidades, sino que, como orador, diplomático y publicista, rayó tan alto, que nadie le igualó en sus tiempos.

Cierto que la naturaleza lo había dotado de una inteligencia privilegiada, que conservó potente y diáfana hasta los últimos momentos de su vida, y que el talento que poseía permitíale dominar los acontecimientos, vislumbrar su re-

sultado definitivo y juzgar con criterio muy superior las acciones humanas; mas cierto es también que estas facultades necesitaban haber sido desarrolladas con método desde la infancia, y que don Santiago Vázquez sólo las cultivó con la meditación y las robusteció con la experiencia.

Así, pues, si como político influyó tanto en los destinos de su patria; si como periodista lo fué consumado; si como diplomático los documentos oficiales por él redactados llamaban la atención de las cancillerías extranjeras; si como tribuno conmovía y convencía, reuniendo, por lo tanto, las dos cualidades esencialísimas para llegar á ser verdadero orador, á él solo lo debía, pues los estudios sobre retórica, filosofía y teología hechos en Buenos Aires eran demasiado elementales para formar una cabeza tan aventajada como la de nuestro biografiado.

Á estas dotes intelectuales reunía otras, que sirven para dárnoslo á conocer de una manera más concluyente. Carácter íntegro, su temperamento inflexible, sus energías inquebrantables y su bien templado espíritu lo hicieron querido y necesario en todas las épocas de su procelosa vida política. Además, las patrióticas ideas que lo distinguieron desde niño, permitíanle desdeñar

las críticas de que pudiera ser objeto, de modo que su mayor fuerza estribaba en la tranquilidad de su conciencia y el respeto de sí mismo.

Que el patriotismo se anidó en el pecho de don Santiago Vázquez siendo éste muy joven aún, lo justifica el presentarse al General Artigas cuando la plaza de Montevideo sufrió el primer sitio en el año 1811, si bien al poco tiempo los sucesos lo llevaron á Buenos Aires, donde gracias á sus aptitudes y á sus numerosas y selectas relaciones, desempeñó diferentes cargos, de los que obtuvo más honor merecido que provecho no buscado.

Sobrevino después cierta época, en que habría sido inútil abordar con éxito empresa política de ningún género; pero aun de esos paréntesis históricos que suelen encontrarse en la vida de los pueblos, sacó partido Vázquez, formando parte de la sociedad secreta denominada «Caballeros Orientales», creada con el fin de mantener vivo el fuego del patriotismo y esperar días menos aciagos para la causa de la independencia del territorio.

Con posterioridad á este período de tiempo, hizo sus primeras armas como publicista defensor de la causa liberal, de la que no se abrazó con la ciega fe del sectario, sino convencido de

que la semilla de una propaganda razonada y persistente como la que él hizo, tendría que dar en tiempo nada lejano el fruto que ambicionaban los émulos de Artigas.

Sus esperanzas se convirtieron en hechos con la independencia del Uruguay, y, elegido diputado, tomó parte activísima en la sanción de la Carta Fundamental. Á la discusión de esta ley aportó el poderoso contingente de su delicado tino y de su inmenso talento, y tanto en este congreso como en otros de los que formó parte, demostró que la cultura de la palabra no está reñida con la exposición de los principios más democráticos. Las Cámaras saludaban en él al orador de gran talla, al jurisperito discreto y al ciudadano de carácter recto. En cuanto al pueblo, con esa intuición de que está dotado, lo consideró desde luego como uno de los hombres públicos más importantes y de más brillante porvenir.

Así lo demostró cuando en 1831 fué llamado por el General Rivera para confiarle las carteras de Gobierno y Relaciones Exteriores, en el desempeño de las cuales se reveló como estadista. Tal vez acibararon su existencia los desencantos y disgustos experimentados durante su carrera de hombre de gobierno, pues lo fué en momentos

en que chocaban las más encontradas pasiones y en que el lenguaje procaz de la prensa destronó la cultura y la moderación de la palabra hablada; época de injuria y diatriba, de calumnia é insulto, de la que desgraciadamente no pudieron sustraerse los partidarios de uno ni otro bando: ¡tanto ciega la pasión política!

Á pesar de ello, tuvo suficiente sangre fría para sobreponerse á este cúmulo de miserias humanas, y, celoso de su misión, prefirió continuar siendo el blanco de las iras de los enemigos del gabinete, á apelar á los infinitos medios de que pudiera haberse valido, dentro de la legalidad, para castigar severamente á sus contrarios ó sellar los labios de los más audaces. El desenfreno del periodismo fué tan alarmante, que el Cuerpo Legislativo vióse obligado á recomendar á los escritores la cordura, que había desaparecido de la prensa, y el cumplimiento de la moral, pues sus preceptos eran materia muerta para la generalidad.

Otro rasgo de delicadeza de don Santiago Vázquez lo encontramos en la emigración al Brasil, arrastrado por su lealtad al General Rivera, de quien posteriormente fué secretario, desempeñando multitud de comisiones y cargos que sería demasiado prolijo enumerar.

Cuando Rosas sujetaba por medio de la muerte y el terror á las provincias argentinas y pretendía tiranizar también á la República Oriental, don Santiago Vázquez, comprendiendo cuán próximo y eminente era el peligro que corría la independencia de su patria, proyectó infinidad de medidas salvadoras á fin de contener la invasión del déspota, tales como formar un ejército de reserva, libertar á los esclavos, prepararse de un modo serio para la defensa y dirigir un manifiesto enérgico en este sentido; todo lo que fué aceptado en la reunión de notables celebrada con tal motivo.

Triunfante Rosas, invadido el territorio uruguayo por el ejército de vanguardia, quedaba sólo Montevideo como el último baluarte de las libertades del Río de la Plata.

« El tino, — dice De-María, — la habilidad con que en esa época azarosa condujo las relaciones exteriores, su palabra elocuente, la fuerza de su lógica y la energía de su carácter dominaron más de un conflicto diplomático, allanaron serias dificultades, salvaron la situación de graves complicaciones, y prepararon la intervención anglo-francesa, que vino á robustecer la defensa de Montevideo.

« Mereció por su saber el juicio más honroso de los representantes de las potencias interventoras, que en sus relaciones tuvieron ocasión de valorarlo. Era, sin ningún género de duda, un político profundo, un consumado diplomático, un pensador eminente, que, como decía el Barón Deffaudís, reclamaba otro teatro menos estrecho que el nuestro, para poder desplegar las alas de su vasto y robusto genio. »

El penoso trabajo que sobre él gravitaba, las luchas que tuvo que sostener multitud de veces en el seno del gabinete, las angustias que experimentó su corazón por salvar la situación, lo postraron en el lecho del dolor, de donde pudo levantarse con *una especie de sombra de vida,* para volver de nuevo á sus habituales tareas, aunque no con las energías de otros tiempos, con la decisión y buena voluntad de siempre; porque, según su propia frase, quería que *el último aliento de su vida respirase patria.*

Varias veces intentó dimitir las carteras que el Gobierno había confiado á su patriotismo, inteligencia y laboriosidad, pero nunca le fué aceptada la renuncia, y tuvo que resignarse á continuar colaborando por la salvación de la República, instado por infinidad de personas altamente colocadas en la sociedad.

En 1846 descendió por fin de las alturas del poder con el desaliento y la amargura en el alma, no sobreviviendo mucho tiempo á su quebranto, pues falleció el 6 de Abril del año siguiente, después de larga y penosa enfermedad.



Francisco Acuña de Figueroa.



FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA.

Francisco Acuña de Figueroa.

(POETA FESTIVO.)

1790-1862.

Don Francisco Acuña de Figueroa fué hijo de uno de aquellos nobles españoles que la Metrópoli enviaba á sus colonias para desempeñar las misiones más delicadas y de mayor confianza.

Don Joaquín, que así se llamaba el padre del Quevedo americano, ocupó un rango social elevadísimo en la época de la dominación española, siendo jefe de la Real Hacienda, y durante el gobierno patrio ministro del mismo ramo, lo que demuestra la mucha consideración que á unos y otros inspiraba.

Con medios sobrados para poder educarse esmeradamente, y dotado de una inteligencia privilegiada, supo aprovechar los estudios que hizo en uno de los mejores colegios de Buenos Aires, de donde volvió muy joven, pero con su vocación

11

ya hecha, y bastante arraigadas sus aficiones literarias, que cultivó durante el resto de su larga vida, deslizada apaciblemente entre la política y las letras.

En efecto, Figueroa desempeñó varios cargos en la Administración pública, pues no siempre estuvo al frente de la Biblioteca Nacional, sino que también fué Tesorero General del Estado, miembro de la Asamblea de Notables y del Consejo de Estado durante el sitio, fundador del Instituto Histórico-Geográfico, Vocal del de Instrucción Pública, Censor de Teatros, Profesor de varios idiomas, etc., etc.; cosechando en estos puestos aplausos y lauros, y captándose las simpatías de todos.

En cuanto á sus condiciones de poeta, dejamos la palabra al celebrado crítico Torres Caicedo, quien juzga á Figueroa en esta forma: « Fecundo y simpático poeta, que supo aliar admirablemente la inspiración y el arte, y cultivar con buen éxito todos los ramos de la poesía, mostrándose ya serio, ya jocoso, preludiando la guitarra del cancionero, el arpa de la elegía, haciendo resonar la trompa épica y vibrar las cuerdas del salterio del salmista. Lírico, muchas veces, satírico á menudo, siempre pulido y correcto,

Figueroa es uno de los buenos modelos de la literatura latino-americana, y sus obras no sólo desafían la crítica de los jueces más inflexibles y competentes, sino que pueden ponerse en parangón con las obras más acabadas de los literatos de la Península, aun de los que pertenecieron al siglo de oro de la literatura española.»

Escribió multitud de epigramas de sátira acerada, siendo palmaria demostración de lo que decimos, una letrilla de este género, titulada *La curiosa inocente,* en que el estilo refleja la espontaneidad y carácter del autor, así como la originalidad de su talento.

Su versificación es siempre acabada, los pensamientos elevados en las poesías serias, y muéstrase chistoso y juguetón en lo jocoso, que fué su fuerte. Entre estas travesuras del ingenio de Figueroa, citaremos las que resaltan en sus composiciones denominadas *La exaltación del bagre* y *La apología del choclo.*

Los epigramas brotaban de su pluma con tal soltura y unidad de estilo y tono, que hay quien la coloca al lado de la de Bretón por su malicia y la de Quevedo por su crudeza, aunque lo que más abunda en todas las composiciones ligeras del vate oriental, es lo ridículo y lo có-

mico, fundado en aquello que hiere nuestros sentidos por lo chocante, y en lo que llama nuestra atención por el contraste que ofrece. Poseía, además, una pasmosa facilidad para improvisar.

También se muestra verdadero poeta en el género serio: basta leer *La madre africana* para convencerse de que sabía interpretar con arte y talento los sentimientos más tiernos de la mujer. Además, tradujo salmos é himnos bíblicos, en los que si la inspiración escasea, abundan, en cambio, la armonía y la corrección.

Como poeta descriptivo, tiene varias composiciones pintando el amargo trance por que pasó Montevideo el año 1857, en que el tifus y la fiebre amarilla diezmaban la ciudad. Este cuadro lo traza Figueroa con gran maestría en sus dos fases: la de la caridad cristiana, que consuela y sirve á la humanidad doliente, y la del egoísmo, que por salvarse con sus tesoros, no titubea en abandonar á su propia familia: contraste que así pone de relieve la abnegación y el sacrificio, como la miseria de alma de ciertos espíritus raquíticos.

« En la poesía heroica, — dice De-María, — cantó todo lo grande y sublime, con inspiración patriótica. El *Himno Nacional*, ese canto heroico y entusiasta que no puede oirse sin emoción

patriótica, que inflama y conmueve el espíritu, es uno de los vivísimos destellos de su genio, que basta para inmortalizar la memoria del bardo entre los orientales.

« Su corazón palpitaba de gozo y entusiasmo al oir sus estrofas en las festividades cívicas, asomando una lágrima á sus ojos cuando llegaba á su oído aquella voz inspirada que dice: — « ¡ Orientales, la patria ó la tumba ! . . . — ¡ Libertad, libertad, Orientales ! —Este grito á la patria salvó. »

« Sí. La memoria de nuestro primer vate es inmortal, imperecedera. Siempre que suene el Himno Nacional, —creación sublime de su genio, —y el pueblo se coloque de pie, con la cabeza descubierta, para escucharlo, cruzará por la imaginación el recuerdo del vate insigne, y su figura se dibujará al momento en la mente de los que lo conocieron, como nosotros, con su sonrisa apacible, con su frente noble y veneranda, sellada por el genio. »

No es posible que un vate que poseía tan bellas y numerosas cualidades, concentrase él solo las múltiples y variadas dotes que sólo podemos encontrar en una pléyade de poetas que cultivan géneros distintos; de aquí que, si bien fecundo, Figueroa no fuera arrebatador; en él había senti-

miento, pero no pasión; era correcto, pero no fascinaba; circunstancia que algunos críticos atribuyen á que la lectura de los sesudos clásicos griegos y latinos aprisionó demasiado su potente imaginación. De cualquier modo, su nombre es popular y muchas de sus poesías pasarán á la posteridad.

Por último, la historia y la tradición nos lo presentan como un ciudadano pacífico y honrado, cuya muerte lloraron con igual dolor todos sus compatriotas y cuantos, sin serlo, lo trataron y conocieron.

Hay quien alega que sus contemporáneos no supieron hacerle justicia, y que debido á este indiferentismo donó á la Biblioteca Nacional veintidós voluminosos cuadernos, correspondientes á otras tantas obras.

Nació el 20 de Septiembre de 1790 y falleció el 6 de Octubre de 1862, á la avanzada edad de 72 años.



Luis Eduardo Pérez.



LUIS EDUARDO PÉREZ.

Luis Eduardo Pérez.

(DISTINGUIDO HOMBRE PÚBLICO.)

¿-1841.

Al trazar el perfil biográfico de don Luis Eduardo Pérez, podemos decir, con un escritor moderno, que pocas flores como ésta dan de sí los áridos y agostados campos de la política; por grandísima rareza se ven de vez en cuando resumidas en un solo individuo todas las virtudes que hacen del hombre de Estado un verdadero patriarca: don Luis Eduardo Pérez fué una de esas excepciones.

Nacido en Montevideo, hijo de una familia respetable, recibió la mejor educación que en aquellos tiempos podía adquirirse en el país, y que hizo de él un hombre culto, de claro sentido práctico, de bastante penetración, y, más que nada, franco de carácter, expansivo en sus tratos é irreprochable en sus costumbres.

Esa clarovidencia de las cosas de que estaba dotado don Luis Eduardo Pérez, le hizo emprender un viaje á Europa con el objeto de completar sus estudios, observando la marcha de los gobiernos del Viejo Mundo, la organización de sus instituciones, el desenvolvimiento de la política y la actitud de las masas populares. En este sentido no fué, pues, un utopista que se dejara deslumbrar por falaces y engañadoras teorías, ni un visionario que soñase con la realización de proyectos imposibles, sino una cabeza que, aleccionada con lo que vió, supo deducir saludables lecciones en provecho de su país natal.

Vuelto á éste con tanta riqueza de conocimientos prácticos, sus compatriotas tuvieron ocasión de aquilatar su buen sentido con su culto fervoroso á la libertad, la patria y las instituciones, pues fué de los primeros en engrosar las filas de los patriotas que lucharon por resistir la invasión portuguesa que concluyó por someter á la infortunada Provincia.

Hondo fué entonces el abatimiento moral que se apoderó del espíritu público, y de él participaron en mayor escala aquellos que, como Pérez, por su cultura, instrucción y principios, no dejaban de comprender el peligro inminente que corría

esta región americana si llegaba á echar raíces de predominio el invasor. Estos temores preocuparon en alto grado á sus prohombres, tanto más cuanto que el atolondramiento del golpe recibido y la impotencia en que se encontraban, impedíanles ver cuál era el medio salvador.

« El año 21, bajo la dominación portuguesa, se convocó un congreso extraordinario en que debía resolverse si la Provincia Oriental había de incorporarse al reino de Portugal, y sobre qué bases; ó si, por el contrario, le sería más ventajoso constituirse independiente ó unirse á cualquier otro gobierno, evacuando el territorio las tropas portuguesas. Don Luis Eduardo Pérez tuvo asiento en él como diputado por el Departamento de San José. Bajo la presión de las bayonetas se declaró lo primero, pero los sucesos posteriores evidenciaron que no era ése el sentimiento de su alma, sino un voto arrancado al patriotismo por la fuerza de los acontecimientos.»

Así es, en efecto, porque dos años después, siendo miembro del Cabildo y comprendiendo que las circunstancias eran propicias para trabajar en el sentido de emanciparse, no titubeó en ponerse al frente de la reacción patriótica que se produjo, consagrando á este noble propó-

sito todas sus fuerzas, aunque esterilizaron su abnegación acontecimientos que encajan más en el cuadro de la historia que en este diminuto marco biográfico.

Realizado el pasaje de los Treinta y Tres,—homérica epopeya digna de corazones valientes y de caracteres decididos como los de Lavalleja y demás compañeros,—Pérez, entonces entregado á ocupaciones de intereses en su estancia del Departamento de San José, fué de los primeros en asociarse á causa tan noble y patriótica, llevándolo más tarde los sufragios de sus conciudadanos á la primera legislatura reunida en la Florida, de la que fué Vicepresidente, y en la cual le cupo, por consiguiente, la honra de firmar el acta de la declaración de la Independencia, que lleva la fecha de 25 de Agosto de 1825.

Declarados írritos, nulos, disueltos y de ningún valor para siempre todos los actos de incorporación, reconocimientos, aclamaciones y juramentos arrancados á la Provincia Oriental por la violencia de la fuerza unida á la perfidia de los intrusos poderes de Portugal y el Brasil, que la habían tiranizado, hollado y usurpado sus inalienables derechos y sujetádola al yugo de un absoluto despotismo desde 1817 á 1825; ele-

vado el país á la categoría de nación libre, con la plenitud de todos los derechos, libertades y prerrogativas inherentes á los demás pueblos de la tierra, con amplio poder para darse las formas de gobierno que considerase más adecuadas á sus aspiraciones, tranquilidad y progreso, quedó instalada la Asamblea Constituyente, á la cual también perteneció don Luis Eduardo Pérez: que bien merecía esta muestra de distinción el ciudadano abnegado y probo que siempre fué paladín incansable de todas las buenas causas, con menoscabo de sus intereses y peligro de su vida.

Más tarde fué Senador y Vicepresidente de la República en ejercicio del Poder Ejecutivo; y esta elevada dignidad desempeñaba cuando le sorprendió la revolución de 1832, época en la cual el imperio de la espada se sobrepuso al predominio de las leyes.

Después de protestar contra los hechos que habían tenido lugar, se retiró á su estancia, envuelto en el manto del olvido; pero allí permaneció poco tiempo, pues en breve el país reaccionó, volviendo Pérez á la vida política activa y á ocupar puestos análogos á los que anteriormente había ejercido.

En todos prestó buenos y numerosos servicios; de todos descendió acompañado de la gratitud de sus conciudadanos, y en todos también supo posponer los intereses personales á los de la nación, las desordenadas pasiones individuales al bien de la comunidad.

Ardua fué su tarea, pero la desempeñó con inteligencia y probidad; muchas veces estuvo á prueba su patriotismo, pero demostró poseerlo con actos de abnegación. Reconociéndolo así, y cuando se hallaba en el ocaso de la vida, la Asamblea General le acordó un premio de 10,000 pesos, como justa recompensa á sus dilatados servicios.

El 30 de Agosto de 1841 falleció don Luis Eduardo Pérez, decretándole el gobierno grandes honores. Pocos como él habrá que más y con mayor eficacia hayan intervenido en los destinos de su patria.



Lucas José Obes.



LUCAS JOSÉ OBES.

LUCAS JOSÉ OBES.

(ORADOR, POLÍTICO, HOMBRE PROGRESISTA Y ESTADISTA NOTABLE.)

¿-1838.

El doctor don Lucas José Obes no nació en territorio oriental, sino argentino; pero desde muy joven simpatizó tanto con Montevideo y sus habitantes, que hizo de esta ciudad la de sus afecciones y predilección, hasta el punto de que, con el transcurso del tiempo, llegó á hacer tanto bien á este país, que hacia dondequiera que dirijamos la vista, nos encontramos con muestras materiales de su espíritu esencialmente progresista.

Y si la crónica de la capital de la República registra multitud de veces el nombre del doctor Obes para ensalzarlo por sus fecundas iniciativas, la historia política de la nacionalidad oriental posee páginas honrosas para el aventajado jurisconsulto, eminente estadista y decidido patriota,

que más de una vez puso á prueba su civismo por la causa de la democracia, su envidiable sentido práctico como hombre de gobierno, y su competencia y honradez como funcionario público.

Cuando la idea de la emancipación empezó á germinar en la mente de los americanos y el sentimiento de la libertad henchía sus corazones de halagüeñas esperanzas, Obes servía con abnegación á tan patriótica idea, lo que le valió ser encarcelado en tiempo del gobernador Elío, quien, sin forma de proceso, lo desterró á la Habana; procedimiento expeditivo con que la tiranía intenta ahogar en todas las épocas la libertad del pensamiento, ó satisfacer personales venganzas que más reconocen su origen en un mal reprimido despecho, que en la necesidad de restablecer el orden público.

Mudaron las cosas y los hombres, y las afecciones de familia y el desinterés patriótico hicieron que el doctor Obes volviese á Montevideo y fijase aquí su residencia; pero más de una vez tuvo que sufrir las genialidades de Otorgués, aunque jamás se sometió á su despotismo, pues no era el carácter de Obes de aquellos que fácilmente se amoldan á pretensiones injustificadas, sino que pertenecía al número de los que presentan esa

resistencia pasiva, pero constante y pertinaz, mil veces más difícil de subyugar que aquella otra decidida y bullanguera, que no siempre es la que más conviene al triunfo de una idea.

Vino después la dominación portuguesa, á la que se resignó Obes, no sin protesta, como así lo da á comprender en la exposición que dirigió al Congreso Argentino, con estas sentidas frases: « Pálido espectador de los que habían concebido el propósito de entregar el país á una potencia extranjera para sofocar el germen de federación predicado por Artigas, me sometí como otros á un destino terrible, pero inevitable. »

Nombrado Regente del Real Consulado, institución que entre sus variadas facultades tenía la de propender al progreso material del país, promovió la navegación del Río de la Plata y el establecimiento de un faro en la Isla de Flores, como así se efectuó. Sus ideas acerca de la imperiosa necesidad de fomentar empresas útiles, tan imprescindibles al organismo social como la administración de justicia, el mantenimiento de la fuerza armada y la estabilidad del orden, resaltan en una vista fiscal debida á la férrea lógica del doctor Obes, quien se expresaba en estos términos: « Ni los colosos, ni las estatuas, ni

las batallas, ni las conquistas, ni el bronce, ni los mármoles empleados en profusión, son tan duraderos ni tan elocuentes como estas empresas en que un gobierno, animado por sentimientos de filantropía, derrama sus caudales en alivio del comercio, de la navegación, de la industria y, por consiguiente, de todo lo que con ellas tiene una relación inmediata. »

Consecuente con estas ideas promovió la apertura de los puertos de Maldonado y Colonia; la construcción de caminos que facilitasen las comunicaciones de aquellos pueblos con Montevideo; la fundación de un colegio y venta de terrenos públicos para su renta; una orden para que se reformasen todos los abusos introducidos en la administración de justicia y rentas del Estado; otra para ensanchar el área de Montevideo; y otra, en fin, para que el síndico propusiese todas las reformas que creyese más conformes á la opinión y al deseo de los pueblos.

Además, durante su permanencia en Río Janeiro, á donde lo había llevado una delicada misión oficial, fomentó la inmigración, no sólo como medio de poblar los semi desiertos campos de la República, sino también con objeto de aumentar la producción, y, con generoso desprendimiento,

él mismo convirtió su propia quinta en asilo gratuito de inmigrantes, á los que mantenía hasta que hallaban ocupación.

No paran aquí los dilatados y valiosos servicios prestados á su patria adoptiva por el doctor Lucas José Obes, pues desempeñando las funciones de Fiscal, había propendido á suspender la enajenación de tierras que se quería llevar á cabo á favor de los militares que servían; reglamentó la poda de los montes, aconsejó la organización de las policías rurales, atacó el monopolio y, con un valor inusitado y una entereza de carácter de la que desgraciadamente ofrece escasos ejemplos la historia nacional, denunció los desórdenes del tesoro, pregonó la corrupción de los tribunales, clamó en voz muy alta contra la aparente indolencia del gobierno que dejaba impunes los crímenes, y no hubo desmán que él callara, ni dejó desacierto sin censura, ni falta sin correctivo.

Con este viril estoicismo y afrontando las iras del extranjero invasor, combatió el período de la dominación brasilera, de modo que el voto de los electores lo condujo rodeado del aura popular á la Asamblea Legislativa del Imperio en representación de la Provincia Oriental, por cuyos intereses abogaba con paternal solicitud, cuando

se produjo la cruzada de los Treinta y Tres.

Como es natural, Obes se apresuró á correr en pos de aquellos que habían echado sobre sus hombros la inmensa responsabilidad de luchar por la redención de la patria; pero las autoridades brasileras secuestraron sus intereses é incautáronse de sus propiedades, mientras que el gobierno de Buenos Aires lo retenía en su poder, en donde bien á su pesar tuvo que permanecer hasta el año de 1828, como león enjaulado que se ve impotente para la lucha.

Aumentado el catálogo de los pueblos libres con la República Oriental del Uruguay, llamóse al doctor Obes para el desempeño de varios elevados cargos, en los que fué tan inmenso el concurso prestado, como merecida la honra que obtuvo. Sus ideas avanzadas, su acrisolada honradez y sus altas vistas políticas lo llevaron de nuevo á la Fiscalía General del Estado, luego al Ministerio de Hacienda, más tarde al de Gobierno, y finalmente al de Relaciones Exteriores, desde el cual tan brillante figura hizo invitando á los gobiernos de Bolivia, Perú y Colombia para tratar en Montevideo el arreglo de límites con el Brasil.

Cuando en 1833 el déspota argentino don Juan

Manuel de Rosas se permitió dudar del sentimiento nacional de los orientales, interrogando al gobierno de aquende el Plata sobre cuál sería su actitud con referencia á un plan que se decía intentaba la corte de España para restablecer una monarquía borbónica en América, el doctor Obes replicó por medio de una nota diplomática, rechazando con talento, cultura y energía, el agravio que se pretendía inferir á esta nacionalidad, y diciendo, entre otras cosas: que ningún código autorizaba al gobierno argentino á *ejercer su curiosidad á expensas de la dignidad de sus vecinos.*

Muchos é importantes fueron los servicios prestados por el doctor Obes fomentando la agricultura, la población y la ganadería. Decretó el valizamiento del río Uruguay, promovió la limpieza del puerto de Montevideo por medio de dragas, mandó construir balsas que facilitasen el pasaje de los ríos, dispuso que se hiciesen estudios topográficos para delinear caminos, prolongar los existentes y corregir los tortuosos; proyectó la construcción de algunos puentes sobre varios ríos de la República y aun se comenzó el del arroyo del Molino, con objeto de estimular la iniciativa privada á secundarlo en tan utilísima empresa.

La creación de la Villa del Cerro fué una de sus concepciones, y á él se debe también el ensanche de Montevideo, cuya valorización creciente dimana del interés que demostró el doctor Obes en favor del auge de esta hermosa ciudad. Roto el dique de sus murallas, quería que la población se desarrollase para dar ocupación á millares de brazos, enriquecer el suelo y multiplicar las rentas.

No descuidó este hombre eminente los progresos morales é intelectuales, pues amante de las luces, decretó el establecimiento de bibliotecas ambulantes en los departamentos del interior, graduó el sueldo de los preceptores de Instrucción Primaria, estableció en la capital la primera escuela de niñas de color, y autorizó á las Juntas para proveer de útiles á las personas que quisiesen hacerse cargo de la enseñanza por su cuenta, en todos aquellos puntos de la campaña donde se reuniesen 25 alumnos. En fin (y esto constituye para nosotros uno de sus timbres más honrosos), llegada la época de los exámenes, concurría indefectiblemente á estos actos, estimulando con su presencia tanto á los maestros como á los educandos, y aleccionando con el ejemplo de su conducta á los padres de familia.

Hemos dicho que el doctor Lucas José Obes

estaba dotado del mayor buen sentido, formado por la experiencia, guiado por la rectitud é inspirado por la bondad que produce la sabiduría práctica; observación que está perfectamente demostrada con las sensatas reflexiones que él hacía cuando se negaba á pedir la guerra contra el Brasil, actitud que le valió el apóstrofe de antipatriota. « Señores, — decía entonces, tratando de sincerarse, - un hombre que ha perdido su fortuna en servicio de la patria; un hombre á quien se ha expatriado y perseguido cruelmente, no puede ser sino un patriota, y yo lo soy tan bueno como el mejor de los que me oyen, y mejor que cualquiera de los que me acusan. Yo no he lucrado con la revolución, no me he aprovechado de sus sacudimientos para tomar lo ajeno, para vengarme de mis enemigos indefensos, ó para conseguir empleos. Se quiere á todo trance la guerra con el Brasil, y no tenemos ejército, ni tesoro, ni influencia. Lo que se puede hacer, lo sé tan bien como el más avisado de los que me escuchan y el más valiente de los que me censuran. »

Como estadista, ya hemos citado un ejemplo de su experiencia y diplomacia refiriendo la manera decorosa y enérgica por él empleada para sostener la dignidad y los derechos de la Repú-

blica; como político, sus discursos, sus notas y demás documentos oficiales y privados hállanse nutridos de saludable doctrina que acrecentaba su reputación y atestiguaba la claridad de su juicio: como ciudadano, se mantuvo siempre en la línea recta, lo que daba fuerza moral á sus ideas y proyectos, fuerza moral que era la fuente de todas sus energías; como pensador y literato, revestía sus producciones de formas cultas, sobrias, castizas y expresivas; pero su frase es más tersa y sus pensamientos más elevados cuando dilucida las graves cuestiones que solían hacer peligrar el decoro de la patria y la estabilidad de las instituciones.

La muerte lo sorprendió emigrado en el Brasil, y cuando llegó á esta capital la infausta noticia de su fallecimiento, algunos escritores quisieron pagar el debido tributo á su memoria, aunque en vano, pues los periódicos de la época cerraron sus columnas para toda manifestación de duelo hecha á dicho personaje. Era tanto entonces el encono de los partidos, que hasta se consideraba peligroso para el orden público hablar de los muertos.

Á pesar de este hecho, todos reconocen hoy que el doctor don Lucas José Obes fué firme de

corazón, rico de espíritu, honrado en sus actos, patriota en sus intenciones y puro en sus principios: de aquí que en el orden moral sea considerado como un carácter en medio de la sociedad embrionaria de entonces. Y no nos olvidemos de que « el carácter es una de las fuerzas motrices más poderosas que hay en el mundo. »



José María Reyes.



JOSÉ MARÍA REYES.

José María Reyes.

(GEÓGRAFO, INGENIERO Y TOPÓGRAFO.)

¿ - 1864.

Ningún hombre en la carrera de ingeniero civil y militar, geógrafo y topógrafo ha prestado á la República Oriental del Uruguay tan importantes y cuantiosos servicios como don José María Reyes, que alcanzó la elevada jerarquía de General de ingenieros á expensas de su indiscutible ilustración y sus notorios trabajos, tan olvidados por la posteridad, que ni siquiera una calle de Montevideo, que en gran parte debe su ensanche y mejoras materiales á la iniciativa y talento de Reyes, lleva el nombre de esta eminente personalidad científica. ¡Cuán ingrata, y por consiguiente injusta, suele ser á veces la humanidad!

Los trabajos científicos de este funcionario, de verdadera ilustración, arrancan del año 29, en que el General Rondeau lo comisionó para la formación del catastro, así como para que fuese

reuniendo datos á fin de llevar á cabo la construcción de la carta territorial de la República, encargándolo también de hacer un estudio especial del régimen de los ríos Yí y Santa Lucía, con objeto de construir en ellos grandes y poderosos puentes para el tránsito de carretas, tropas de ganado, etc.

Durante la primera Presidencia constitucional, el general Rivera creó el Departamento Topográfico, del que Reyes fué digno Presidente, realizando obras de inestimable valor que le valieron el respeto, consideración y agradecimiento de sus contemporáneos. Dichas obras fueron las siguientes, según dice el respetable historiador señor De-María, á quien seguimos en el presente perfil biográfico:

1.° Mensura, distribución y plano de los terrenos fuera del Portón llamado del Sur.

2.° Mensura y plano del parque de artillería.

3.° Plano y distribución de los terrenos sobre la costa de la bahía, desde el muelle viejo hasta la costa del Sur, siguiendo la línea del recinto.

4.° Plano del nuevo mercado y proyecto de las calles adyacentes á él.

5.° Mensura y plano de los terrenos adya-

centes al puerto, demostrando su situación con respecto á la nueva y antigua plaza de la ciudad.

6.º Subdivisión de los terrenos del muelle y proyecto de las pescaderías.

7.º Subdivisión de los terrenos de la plazoleta de la ciudadela.

8.º Reconocimiento de los caminos entre los terrenos de propios.

9.º Plano de la delineación de la nueva ciudad.

10.º Límites del departamento de Montevideo.

Además de estos trabajos civiles, llevó á cabo otros de carácter militar, como el informe relativo á la restauración de las fortalezas del Cerro de Montevideo, de Santa Teresa y de San Miguel, planos que levantó con tanta fidelidad como precisión.

También midió multitud de terrenos de propiedad pública, consiguiendo que el Estado los distribuyese gratis entre viejos y humildes servidores de la patria y familias necesitadas, contribuyendo de este modo á arraigar la población en el territorio y practicar la caridad.

Pero la obra maestra del General de ingenieros don José María Reyes, que evidencia su talento como geógrafo, su pericia como matemático y su habilidad como topógrafo, es el gran mapa

geográfico del territorio oriental, el primero que ha tenido el país, pues el de Gaboto sólo se refiere á las costas del Río de la Plata y sus principales afluentes, y el de Azara es un trabajo cartográfico de mayor extensión y, por consiguiente, de carácter más general.

El mapa del laborioso General es, hasta la época presente, la mejor carta geográfica del país, dados los elementos que sirvieron de base para su construcción, el tiempo que se empleó en su trazado y los procedimientos científicos de que se valió su autor para ejecutarlo. Y tan exacto es esto, que todos los mapas posteriores al de Reyes no son sino copias contrahechas ó reducciones confusas del mapa mural de Reyes.

Es indudable que adolece de defectos, pero téngase presente que él lo construyó tomándolo del terreno; que los recursos de que dispuso escasearon con frecuencia; que su labor duró más de diez años, debido precisamente á esta circunstancia, y que las ciencias matemáticas no disponían en aquella época de los medios de experimentación y comprobación con que cuentan en la actualidad. He aquí en lo que nos fundamos para enaltecer el meritorio trabajo del ilustre geógrafo, sin desconocer la rectitud de procederes de sus sucesores en este género de empresas.

También es frecuente leer críticas del mapa de Reyes, aunque todas ellas se reducen á errores de nombres, mala colocación de algún arroyo insignificante, ó falta de alguna cuchilla de tercer ó cuarto orden; pero el trazado general del país, sus límites nacionales, su orografía, su hidrografía y las situaciones astronómicas escasamente son susceptibles de reforma, como no lo son los lineamientos generales de la estructura del territorio oriental como aparecen en la carta topográfica del señor Reyes. Todos saben tildar la obra del paciente geógrafo, pero ni el más avisado de los que lo critican, ni el más resuelto de sus censores han abordado obra alguna tan provechosa, útil y necesaria para el país como el admirable mapa de Reyes.

Va éste acompañado de una descripción completa del territorio oriental, en que figuran curiosas cifras estadísticas relativas á su población é interesantes datos concernientes á su flora y minerales, así como alguna que otra noticia histórica, si bien esta obra adolece del defecto de estar escrita con un lenguaje demasiado ampuloso.

Nuestro biografiado presidió la Comisión de límites del año 1851, que trazó de acuerdo con la Comisión brasileña, la línea fronteriza con el

país vecino, desde la desembocadura del Cuareim en el Uruguay hasta la confluencia del Chuy en el Atlántico, como complemento de los últimos tratados con el Brasil en materia de límites internacionales.

Militó Reyes en el ejército oriental desde que Rondeau estuvo al frente de los destinos de este país como Gobernador Provisional del Estado, si bien había antes acompañado al General Alvear hasta la batalla de Ituzaingó.

No tomó nunca parte activa en la política del país, aunque intervino en las disidencias entre Rivera, de quien era amigo íntimo, y Lavalleja, el cual lo tenía en grande estima, consiguiendo reconciliarlos en más de una ocasión. El General don Manuel Oribe, durante su Presidencia constitucional, que fué la segunda, se sirvió de él para el desempeño de una delicada misión diplomática ante la corte de Río Janeiro, lo que demuestra el afecto y consideración que hacia el General Reyes sentían los prohombres de aquellas épocas: Alvear, Rondeau, Rivera, Lavalleja y Oribe.

Reyes había nacido en Buenos Aires; pero después de haber hecho toda la campaña contra el Brasil, pasó á prestar sus servicios militares y

científicos al Estado Oriental, en donde permaneció hasta 1864, año de su fallecimiento.

Además de sus conocimientos, poco generales en aquella época; de su carácter pundonoroso y caballeresco, y de su espíritu tolerante y benigno, reunía don José María Reyes bellísimas cualidades personales como hombre culto, de ameno trato y buena sociedad.



Eugenio Garzón.



EUGENIO GARZÓN.

Eugenio Garzón.

(MILITAR ILUSTRADO Y PUNDONOROSO.)

1796-1851.

Había sonado la hora de la independencia del continente sudamericano; la revolución acababa de invadirlo, y al grito de patria y libertad, las colonias españolas iban sacudiendo el dominio de la Metrópoli, á la manera que el hijo se emancipa de la tutela paterna cuando por su edad se considera con suficientes fuerzas para manejarse según su libre albedrío. Las posesiones que cual ricos florones embellecían la corona de España, lo hicieron así, y juzgándose con sobradas aptitudes para gobernarse por sí solas, rompieron todos los diques, vencieron todos los obstáculos, y pronto sobre los restos del antiguo régimen flameó la bandera de la democracia, símbolo del espíritu nuevo y encarnación de tantos principios que la humanidad viene conquistando á costa de la sangre de sus mártires.

Pues á esa lucha titánica asistió Eugenio Garzón cuando apenas contaba quince años, corriendo á alistarse como soldado en una de las fuerzas que el General Artigas ponía en movimiento contra la dominación española; y á pesar de su temprana edad, empezó á distinguirse en los dos sitios de Montevideo, en la rendición de la plaza y entre los vencedores del Cerrito, la cumbre del cual quedó empapada con sangre de españoles y americanos.

Al terminar las jornadas de la revolución de Mayo era teniente, y pertenecía á un cuerpo de infantería compuesto de orientales mandados por el Coronel don Manuel Vicente Pagola.

Peleó á las órdenes de Belgrano y Santa Cruz, aunque «en su corazón oriental bullía un sentimiento de entusiasmo por la causa del caudillo heroico que en aquellos momentos defendía el territorio de su patria contra la invasión británica;» pero como no fué lo bastante prudente para guardar silencio respecto de las ideas que sustentaba, no faltó quien lo acusara, así como á otros oficiales orientales, de conspirar en favor de Artigas, lo que les valió el ser presos y enjuiciados, resolviéndose que pasasen á la campaña del Perú, como así lo efectuaron.

Impotente para cooperar á la defensa del suelo natal, asistió á todos los combates que desde 1820 á 1825 aseguraron la independencia de aquella parte del continente sudamericano. « Organizador, pundonoroso y valiente, contribuyó á dejar bien sentada la reputación del soldado oriental en los territorios y pueblos que hoy forman las Repúblicas de Chile, Perú y Bolivia, habiendo antes militado con honor en los campos del Uruguay y en el interior de la República Argentina. »

Otros combates y otras tantas glorias esperaban al entonces Coronel Garzón. Los Treinta y Tres habían lanzado el grito de redención en los arenales de la Agraciada. El temple y el prestigio de sus armas se habían probado en Rincón y Sarandí. La República Argentina prohijaba la causa de aquella santa insurrección entrando en guerra con el Brasil. Conocedor de estos acontecimientos, el Coronel Garzón pidió su baja y vino á ofrecer sus servicios á la República Argentina, la que los aceptó dándole el mando de un cuerpo de línea.

Terminada la guerra con el Brasil; consagrada solemnemente la independencia oriental, abrióse por desgracia para la República la era de la guerra civil. Tomó parte en ella el Coronel Garzón;

pero consideramos fuera de lugar juzgar en este libro su actitud como militar y como ciudadano.

« De 1840 á 1851,—dice uno de sus biógrafos [1], —permaneció alejado del país al servicio del General Urquiza, gobernador de Entre Ríos, en donde todavía es muy respetado el nombre del General Garzón. Se le atribuye en gran parte la organización militar que aseguró á esa provincia una influencia prominente en los destinos de la nación argentina, y se reconoce que sus consejos fueron siempre en el sentido de la moderación y del orden, para suavizar los males sin cuento que producía la contienda. También se cree que contribuyó eficazmente á decidir al General Urquiza á sacudir el yugo de la dominación de Rosas.

« Son por demás conocidos estos acontecimientos: la República Oriental, Entre Ríos, Corrientes y el Brasil celebraron una alianza, cuyo primordial objeto era derrocar al tirano de Buenos Aires. El gobierno de la Defensa de Montevideo nombró á Garzón General en jefe del ejército, y mediante esta acertada resolución, la campaña del Estado Oriental fué un paseo triunfal, que

(1) *El Indiscreto*, núm. 64, correspondiente al día 20 de Agosto de 1885.

concluyó con el pacto fraternal del 8 de Octubre de 1851.

«Los sucesos daban al General Garzón en aquellos momentos una misión sublime: reparar las ruinas de la guerra y consolidar la concordia entre todos los orientales. La opinión lo designaba con fe y entusiasmo para ocupar la Presidencia de la República, pero la muerte lo llevó el 1.° de Diciembre de ese mismo año. Graves males se derivaron de este inesperado fallecimiento, porque privada entonces la patria del único hombre que por sus circunstancias extraordinarias podía servir de lazo de unión entre todos, se reabrió el abismo de la guerra civil, que duró veinte años más y que no ha cesado sino para dar lugar á otros males, que llenan de zozobra el presente y de incertidumbre el porvenir.»

En su larga vida militar, jamás se separó de la línea de conducta marcada por la inflexible ordenanza, de la que fué fiel observador; militar pundonoroso, no habría admitido un ascenso en su carrera á no ser ganado por rigurosa antigüedad ó por méritos contraídos en acción de guerra. Estaba dotado del talento de la estrategia, como se justificó en la batalla de Ituzaingó, ga-

nada porque el General en jefe, contra el torrente de la opinión del Estado Mayor, siguió los planes del bizarro militar oriental. En muchos combates su energía venció las dificultades y desventajas en que con frecuencia solían verse las tropas de su mando. Su reputación de militar organizador era tan grande, que le entregaban las huestes más desmoralizadas y él las transformaba en breve en cuerpos admirablemente disciplinados.

Además de ser cumplido caballero, de carácter franco y noble, de persuasiva palabra y cultas maneras, era bastante instruído; leal hasta en la confesión de sus propios errores, que él mismo reconocía, y tan honrado, que la muerte lo sorprendió en la mayor pobreza. De aquí que esta gran pérdida afectase vivamente á todos, y que los gobiernos de su patria y de Entre Ríos se apresurasen á tomar parte en el sentimiento general que ella produjo.



Teodoro Vilardebó.



TEODORO VILARDEBÓ.

Teodoro Vilardebó.

(célebre médico y filántropo.)

1805-1857.

Corta fué la vida del doctor don Teodoro Vilardebó; pero á pesar de su brevedad, no está exenta de actos meritorios que nos permiten colocarlo entre los filántropos de la República, además de ser, por su vasta erudición, claro talento y sentimientos cívicos, un verdadero sabio y un austero ciudadano.

Este inteligente facultativo, hijo de una familia distinguida, el jefe de la cual, aunque extranjero, había prestado muchos y buenos servicios á su patria adoptiva, siguió la carrera de medicina en la universidad de París, en la que dió pruebas de asiduidad y contracción en el estudio, así como demostró poseer dotes intelectuales nada comunes, que le conquistaron el respeto de sus condiscí-

14

pulos y el aprecio de sus maestros, hasta el punto de que fuese elegido para trasladarse al norte de Europa con objeto de estudiar, en compañía de otros higienistas y médicos, los caracteres del cólera morbo asiático, que á la sazón se había desarrollado en aquella parte del Viejo Mundo.

Vuelto á su país, adonde llegó antes que él la fama de su ilustración, se dedicó con fe inquebrantable y vocación decidida á su noble carrera, de la que hizo siempre un verdadero apostolado, como lo prueban sus actos de generosidad, su espíritu caritativo, y sobre todo la causa de su temprana muerte.

Establecido en Montevideo, ensanchó sus conocimientos mediante estudios prolijos, á los que aplicó sus grandes facultades, pues su deseo vehemente de saber no se satisfacía sino pasando largas horas en su gabinete de lectura, dedicado á profundizar los diversos problemas de la ciencia médica. Su talento y su modestia no le enajenaban simpatías, porque iban aparejados de virtud y desinterés; de tal modo, que sus colegas frecuentaban su trato como atraídos por el respeto que infundía.

En sus relaciones con sus clientes, que en breve fueron numerosos, era afable sin mojigate-

ría, cortés sin afeminamiento, sencillo sin jactancia y correcto sin presunción. Amoldaba su conducta á la índole del enfermo, y lo mismo descendía á las puerilidades del niño, que hacía valer su ascendiente sobre los adultos. Perspicaz y observador, le era fácil darse cuenta de la condición de sus enfermos, con quienes confraternizaba muy pronto. Esta norma de conducta le facilitaba, como es natural, el éxito de su noble y delicada misión y le granjeaba el cariño de todos.

Los humildes, los pobres, los menesterosos cifraban en él sus esperanzas cuando alguna enfermedad los postraba en el lecho, porque sabían que no llamarían en vano á las puertas del modesto sabio oriental, quien, de la pronta, asidua y cuidadosa asistencia médica, jamás hizo cuestión de cálculo, ni de lucro, sino acto de caridad: obligación impuesta más por sus sentimientos y su conciencia, que cumplida como deber profesional.

« Muchas veces, —dice De-María, — Vilardebó se encontró con infelices que yacían luchando con la muerte, sin otra ayuda para sostener esa lucha que el desamparo y la miseria espantosa. Entonces su nobilísimo corazón comprendía que para el enfermo desvalido, el médico no era su-

ficiente si el filántropo no lo acompañaba. Entonces desempeñaba caritativo ambas misiones. El facultativo recetaba y el filántropo dejaba su bolsa para que el enfermo tuviese la asistencia y los medicamentos necesarios.»

En cuanto á los ricos, los poderosos, apreciaban en mucho las opiniones del doctor Vilardebó, tenían gran respeto á su talento y no menos afecto á sus nobles procederes, para dejar de consultarlo y servirse de él cuando la salud se quebranta, el dolor postra y la esperanza se pierde.

Á todos atendía por igual, para todos estaba su ciencia dispuesta, sin que lo preocupasen la jerarquía social ó los mayores ó menores bienes de fortuna del paciente: que ésta habría sido para el Hipócrates uruguayo cuestión ofensiva á su dignidad de hombre, de filántropo y de médico.

Todavía llevó Vilardebó más lejos su amor á la ciencia, tomando nuevos derroteros que lo habilitasen para escribir la historia política y civil de su país, su territorio geográficamente considerado y el origen de las primitivas razas que lo habitaron; en efecto, volvióse á Europa para adquirir los conocimientos que él creía necesarios á fin de ventilar con ciencia y aprovechamiento

los diversos problemas que tienen relación con la historia, la geografía y la etnología.

« El doctor Vilardebó (decía poco después de su fallecimiento el ilustrado doctor don Juan María Gutiérrez) habría sido estimado en cualquiera parte del mundo por sus luces, por su noble carácter, por su constante devoción á las ciencias y al estudio; pero en esta parte de América, donde tan pocos de sus hijos se consagran por puro amor, por irresistible vocación, al cultivo de los conocimientos recónditos que tienen por base la observación y el cálculo, era una especie de excepción y un objeto de orgullo para los hombres de su propio origen. »

En cuanto á los servicios prestados á la República, fueron numerosos, ya en los puestos públicos que desempeñó como miembro de la Junta de Higiene y médico de Sanidad, bien escribiendo memorias sobre higiene pública y privada, promoviendo la reorganización de la biblioteca pública y fomentando la idea de fundar un museo de historia natural.

Vuelto de su segundo viaje al Viejo Mundo, no abandonó la medicina, pero repartió el tiempo de que disponía entre el ejercicio de ésta y el estudio de las nuevas ciencias á que se había de-

dicado, menos afanoso de gloria que aguijoneado por el deseo de hacer bien á su país. Su método de vida cambió algún tanto, sus horizontes fueron más vastos, sus miras más elevadas y la clase de investigaciones á que se dedicó más variada. Sus ocupaciones fueron el estudio de la historia patria y la naturaleza del territorio nacional.

A este género de trabajos se hallaba entregado cuando sobrevino la fiebre amarilla de 1857, que azotó horriblemente á la ciudad de Montevideo. Desde los primeros días del flagelo, Vilardebó ocupó su puesto de filántropo y médico, concurriendo afanoso á atender á los que caían víctimas del mal reinante; pero su concurso no alcanzó á la conclusión de la epidemia, porque antes que ésta llegase á su fin, aquel carácter entero, aquel hombre decidido que tanto se sacrificó por los suyos, caía también fulminado por el rayo de la muerte, que lo arrebató del seno de sus semejantes con hondo pesar de todos.

Era el doctor don Teodoro Vilardebó alto de estatura, de semblante simpático, benévolo en sus modales y correcto en la frase, á pesar de los varios idiomas que poseía, y estaba, cuando falleció, en la plenitud de su robustez y fuerza. Como hombre de ciencia, era el sabio más mo-

desto; como hombre de corazón y de civismo, ocupó un alto rango entre sus conciudadanos. Alejado de la escena política, más por educación y por carácter que por exigencias profesionales, lamentó siempre los extravíos de los partidos y lloró sinceramente las desgracias de su tierra. Para él no hubo colores ni banderías: todos eran hermanos. En el silencio de su hogar, como en el seno de sus amigos, su espíritu y su corazón estaban siempre fijos en los dolores de la patria y de la humanidad.

« El doctor Vilardebó es la encarnación de la ciencia médica llevada hasta el sacrificio de la vida en el ejercicio de su augusto sacerdocio [1]. »



(1) Discurso pronunciado por el doctor don Julio Herrera y Obes en el centenario de la fundación del Hospital de Caridad de Montevideo.

Jacinto Vera.



JACINTO VERA.

JACINTO VERA.

(PRIMER OBISPO DE MONTEVIDEO.)

1813 - 1881.

Los rasgos biográficos de este ilustre prelado no pueden ser muy extensos, por no estar su vida plagada de esos accidentes propios de ciertos seres que, por su carácter violento, sus ideas intransigentes y su espíritu autoritario, no suelen infundir el cariño y veneración que inspiró don Jacinto Vera aun á los que no profesaban su religión, á los escépticos y á los descreídos.

No comprendía su misión sin la templanza, censuraba la propaganda si no iba acompañada del ejemplo, lamentaba los extravíos de los suyos y respetaba los misteriosos arcanos de la conciencia, limitando siempre su acción á aquello que le competía como primer jefe de la Iglesia oriental.

Era oriundo de una familia española y nació

el 6 de Julio de 1813, estando sus padres en viaje para esta República.

Durante sus mocedades tomó parte activa en las luchas políticas por que atravesaba el Uruguay hacia el año 1832, hasta que convencido de que la vida del soldado no se avenía ni con su carácter ni con sus ideas, la abandonó, dedicándose al sacerdocio; estado éste al que se inclinaba más, por su modo de ser pacífico y su vocación decidida á los actos de caridad, mucho antes de que vistiese el traje talar.

Siendo cura párroco de la villa de Guadalupe, donde siempre lo recuerdan con entrañable afecto, obtuvo del Sumo Pontífice el honroso cargo de Vicario Apostólico del Uruguay y Obispo de Megara, asistiendo en tal carácter al Concilio Ecuménico celebrado en 1869, hasta que erigida en Obispado esta diócesis, ocupó Vera la silla episcopal en el año 1878.

Á tanta altura sólo llegó por su propio mérito, por sus virtudes, por su conducta ejemplar, por sus ideas tolerantes, por su espíritu de justicia, por su prédica moderada y en razón de las generales simpatías de que gozaba entre todo el clero.

Merecedor era de tal distinción y de tanto res-

peto, pues además de las envidiables prendas que ligeramente mencionamos, atesoraba otras no menos dignas. Nunca fué orgulloso ni petulante, ni altivo, ni el elevado cargo que desempeñaba lo hinchó de vanidad.

Cierto es que no brilló por las armas, ni por las letras, ni por la ciencia, ni deslumbró por las dotes del genio, pero en cambio fué el padre de todos los desgraciados. Nunca hizo derramar lágrimas, pero enjugó muchas. Los pobres no llamaron en vano á su puerta, pues sus bienes eran patrimonio de los menesterosos. Su bolsillo se vaciaba mensualmente en las manos de los necesitados, y á ellos iba la mitad por lo menos de la dotación que á él le había señalado el Cuerpo Legislativo.

Su caridad era tan proverbial, que varios curas de la diócesis pusieron en sus manos algunos beneficios obtenidos en el desempeño de sus cargos, y al ir á pedírselos, transcurrido cierto tiempo, don Jacinto les contestó: « Me dijisteis que eran vuestros ahorros, y para seguridad de mejor fruto para vosotros, los he depositado en manos de los pobres de vuestras parroquias. Jesucristo, que en su evangelio se llama el representante de los pobres, os devolverá vuestros benefi-

cios con el ciento por uno que tiene prometido.»

Á lo dicho agregaremos otras peculiaridades menos importantes, pero que sirven, sin embargo, para darnos idea de su carácter: era frugal en su alimentación, humilde en todos sus actos, sonriente en sus conversaciones, sencillo en el vestir y morigerado en sus costumbres.

En las epidemias que se desarrollaron en la República, acudió solícito á prestar su concurso pecuniario y personal, visitando con estoico valor á los enfermos, cualquiera que fuese su condición social, pues para Vera todos los hombres eran iguales, y todos los que sufrían acreedores á que él les dispensara igual suma de protección.

En las grandes calamidades de la guerra civil, que tantas veces ha enlutado á la familia oriental, era soldado valeroso que con ánimo decidido trabajaba por la paz, interponiendo su influencia ante los jefes de los bandos en lucha, viéndolos personalmente, proyectando pactos que diesen por resultado la deposición de las armas y el cese del derramamiento de sangre. Apóstol de la buena causa, procuraba que unos y otros trocasen el rayo de la guerra por la humilde rama de olivo, emblema de la confraternidad.

Posesionado de su delicada misión sacerdotal, hacía frecuentes excursiones al interior del país, y sobre todo á las regiones más apartadas de la frontera, obteniendo resultados sumamente lisonjeros para la religión y para la nacionalidad, mediante el aumento de los bautismos que llenaron tantas páginas de los libros parroquiales y tan crecido número de ciudadanos arrebataron al predominio brasileño. La moral social, por su parte, también salía bien librada de las *misiones* del ilustre prelado, quien tomaba á gran empeño legitimar el vínculo sagrado del matrimonio, que consideraba, con sobrada razón, como requisito indispensable para la estabilidad del hogar y piedra angular de la familia

« Las gentes del campo, — decía un periódico de la época, — criadas sin culpa propia en el fragor de los campamentos, perdidos en ellos los años aptos para la instrucción moral y el hábito del trabajo, endurecido el ánimo con el espectáculo diario de la venganza cruel y del derramamiento de sangre, se sentían conmovidas por la unción de su palabra en esas misiones constantes, una de las cuales aceleró el fin de su existencia; » pues se hallaba en Pan de Azúcar cumpliendo con su sagrado ministerio, cuando lo sorpren-

dió la muerte el día 6 de Mayo de 1881.

Con el fallecimiento de don Jacinto Vera, la Iglesia perdió á su digno jefe, los desgraciados á su incansable protector y la sociedad á uno de sus miembros más notables.

Veneremos su memoria imitando sus virtudes.



Eduardo Acevedo.



EDUARDO ACEVEDO.

Eduardo Acevedo.

(NOTABLE JURISCONSULTO Y CODIFICADOR.)

1823-1863.

La diversidad de aptitudes del doctor don Eduardo Acevedo nos permite presentarlo como político, legislador, periodista, escritor y abogado, pues á todas estas ramas aplicó sus facultades, armónicamente desarrolladas: su erudición, que era notoria; su talento, de todos admirado, y aquella profundidad de miras que tan respetado lo hizo de los hombres más eminentes del Río de la Plata. Pero en ninguna rayó á tan inconmensurable altura como en la de jurisconsulto, pues fué nuestro primer codificador, escribiendo el proyecto de Código Civil redactado durante el *sitio grande*. En este trabajo importante, — dice uno de sus biógrafos, — creaba ya, hace veinte años, el matrimonio civil y los registros hoy en vigencia, adelantándose en más de cinco lustros á nuestra actual legislación.

A tan notables cualidades de saber y competencia, reunía el doctor Acevedo otras galas no menos envidiables, como las de modesto, laborioso, honrado, culto y liberal. De aquí que su fama cundiese, que su reputación se acrecentase y que las simpatías hacia su personalidad fueran generales en ambas orillas del Plata.

Pocos datos poseemos acerca de los primeros años de su juventud, aunque podemos decir que fué fundador de una escuela de adultos para la raza de color, regenteándola durante mucho tiempo, ayudado de algunos amigos tan bien dispuestos como él; acto de abnegación que tenía por objeto combatir (de una manera tan delicada en la forma como provechosa en sus efectos) la preocupación imperante contra los humildes negros, para quienes empezaba á brillar á la sazón el sol de la libertad.

El solo ejercicio de la abogacía no llenaba la honrosa aspiración que le dominaba de trabajar por los intereses de la patria que tanto amó; de modo que, elegido en 1852 diputado por el Departamento de Montevideo, terció en todas las cuestiones que se debatieron en el sagrado recinto de las leyes, en donde su palabra elocuente, la lógica de su argumentación y el móvil que

lo impulsaba, creáronle una brillante aureola de respeto y consideración, no entre las masas populares, que muchas veces suelen obrar inconscientemente, sino en los círculos sociales, políticos, literarios y científicos más cultos de Montevideo.

No hay para qué decir cuánto influyó su talento en la sanción de numerosas leyes benéficas y liberales, pues para él la idea, el principio, estaban muy por encima del partidario, y primero rendía culto ante el altar de la patria, que se dejaba arrastrar por efímeros intereses de círculo ó bandería.

Como periodista hizo sus primeras armas en *La Constitución*, diario en que campeaba un lenguaje tan moderado y convincente, que por todos era leído con agrado: como cumple á todo escritor que aprecie su buen nombre y quiera sembrar con provecho en el campo fecundo de la propaganda.

Los sucesos que se desarrollaron en la República allá por el año de 1853, le obligaron á fijar su residencia en Buenos Aires, dedicándose al ejercicio de la abogacía, que agrandó su reputación hasta el punto de encomendarle el Gobierno la redacción del actual Código de Comercio ar-

gentino. Fué también, durante mucho tiempo, Presidente de la Academia de Jurisprudencia de aquella ciudad, y ocupó otros varios destinos no menos importantes. Casi la mayoría de los abogados que figuran en la vecina orilla han sido discípulos del doctor Acevedo.

Pero como no echaba en olvido su tierra natal, ni dejaba de sentir la vaga melancolía de la nostalgia, volvió al seno de los suyos algunos años después, dando cima al proyecto de Código Civil.

Elegido el señor don Bernardo Berro Presidente de la República, lo acompañó algún tiempo desempeñando la cartera de Relaciones Exteriores con la altura, esmero y honestidad que le eran proverbiales, pasando más tarde, en virtud de elección, á la presidencia del honorable Senado.

Por desgracia, no pudo continuar prestando al país el contingente de su preclara inteligencia, porque contrajo una enfermedad física que lo decidió á expatriarse de nuevo, buscando en otros climas recuperar la salud perdida en el suyo. Pero la dolencia que lo aquejaba avanzó á pasos tan agigantados, que concluyó con su vida estando en viaje, el 21 de Agosto de 1863. Sus restos mortales fueron enterrados en el Paraná,

para ser más tarde conducidos á Montevideo.

Á pesar de fallecer en tierra extraña, no faltaron sobre su tumba coronas de flores ni á su memoria frases de justicia, pues la prensa del Paraná decía con motivo de este triste acontecimiento: « Los hombres ilustres no tienen patria; la patria de la gloria es el universo: por eso nuestra sociedad ha ido á inclinarse ante la tumba del doctor Acevedo con dolor y con respeto. »

Una vez conocida pérdida tan irreparable, todas las sociedades é instituciones á que había pertenecido el primer codificador oriental, se asociaron al inmenso dolor de su respetable familia: unas haciendo acto de presencia y otras dirigiéndole sentidas notas de pésame, pero todas llevando á cabo las más honrosas manifestaciones de justicia hacia los despojos de aquel colosal talento, que dejaba huérfanas de su genio á la patria, la sociedad y la familia.





José Pedro Varela.



JOSÉ PEDRO VARELA.

José Pedro Varela.

(AUTOR DE LA REFORMA ESCOLAR.)

1845-1879.

José Pedro Varela nació en Montevideo el 19 de Marzo de 1845, siendo sus padres don Jacobo D. Varela, hermano del ilustre don Florencio, y doña Benita Berro, hermana de don Bernardo, que llegó á ser Presidente de la República.

Sus primeros estudios los hizo en el colegio de los Padres Escolapios, de donde se retiró á los quince años para seguir la carrera del comercio, cediendo á las exigencias de sus padres, pues él habría preferido emprender una profesión de carácter literario; pero ya que esto no podía ser, compartía su tiempo entre las tareas comerciales y la adquisición de idiomas: conocimiento éste que le fué de tantísimo provecho para leer en sus fuentes originarias infinidad de obras francesas, inglesas y alemanas.

Estos estudios y lecturas lo condujeron muy pronto á la arena del periodismo, donde hizo sus primeras armas escribiendo crónicas literarias, revistas, artículos, y finalmente composiciones poéticas, coleccionando más tarde estas últimas en un pequeño volumen.

En 1867 hizo un viaje á Europa y los Estados Unidos, de donde volvió lleno de entusiasmo por el pueblo americano, y resuelto á trabajar en provecho de la educación popular planteando en la República los sistemas y métodos que había visto establecidos en la tierra de Lincoln, Franklin y Horacio Mann.

Las ideas de Varela tuvieron buena acogida de parte de sus amigos, quedando inmediatamente instalada la *Sociedad de Amigos de la Educación Popular*, á la fundación de la cual cooperaron Elbio Fernández y Carlos María Ramírez; si bien el alma de la citada asociación fué siempre su iniciador, no sólo por sus conocimientos especiales en la enseñanza, sino por aquella perseverancia inquebrantable que tanto lo distinguía en todas las empresas que fuesen de su agrado.

Tratando de dar á conocer sus ideas acerca de los numerosos y diversos problemas relacionados

con la educación, publicó una obra completa, que bien puede hacer las veces de tratado teórico-práctico de Pedagogía y ser al mismo tiempo el libro de propaganda más importante que se haya publicado en la América Latina.

Simultáneamente Varela era político y periodista, fundando *La Paz,* diario el más avanzado en ideas de todos cuantos á la sazón se publicaban en la República. Basta echar una ojeada á los artículos originales ó traducidos que insertó en sus columnas, para aquilatar el talento de su redactor en jefe y saber cómo pensaba en política, religión, economía, sociología, etc., etc.

A consecuencia de su propaganda viril y perseverante contra el gobierno de aquella época (1869), la publicación fué suspendida y Varela desterrado á Buenos Aires, de donde volvió al año para continuar su misión de periodista, ennoblecida con el propósito de trabajar con ardor por la terminación de la guerra civil, en que por entonces estaba empeñada la República.

Finalizada ésta, su propaganda se limitó á combatir los partidos tradicionales, abogando por la formación de una nueva fracción política simbolizada por un cuerpo de doctrinas y no circunscrita á la defensa de personas, sino á la

propagación de principios. Las tendencias de Varela, sin embargo, no hicieron camino. *La Paz* cesó por falta de concurso, y el propagandista de las ideas de fraternidad vióse obligado á entregarse á las vulgares tareas de corredor y procurador, para sostenerse con la dignidad social á que estaba habituado desde la cuna.

Durante el *año terrible* (1875) se mantuvo en absoluta reclusión, y aprovechó aquellas circunstancias para escribir su ruidoso libro titulado *De la legislación escolar*, en el cual se exponen las causas genuinas de las crisis que actúan en el Uruguay: la económica, la política y la financiera.

« La primera, — decía, — se deriva de que se gasta mucho y se produce poco en la vida privada, por falta de inteligencia y de hábitos de trabajo; la segunda se origina en que las instituciones escritas no se adaptan al estado de sociabilidad, pues mientras las poblaciones rurales no conciben otra cosa que el absolutismo del caudillo, las poblaciones urbanas, dirigidas por el gremio de doctores, marchan por sendas extraviadas, debido á que la enseñanza de la Universidad inculca teorías ideales, que sólo sirven para divorciar las clases del pueblo y para dar á la

acción preponderante de los caudillos la forma culta de las aulas; y la tercera crisis, la financiera, procede de que el Estado no gradúa sus consumos por el monto de las rentas. El autor vislumbra en el porvenir graves peligros si no se hacen esfuerzos por modificar el estado presente. El mal tiene remedios complejos, uno de los cuales sería la instrucción del pueblo.»

No cabe duda que la publicación de esta obra, que contiene tantas verdades tan evidentes como amargas, lo llevaron en 1876 á la Dirección General de Instrucción Pública, en donde realizó multitud de trabajos educacionistas nuevos hasta entonces entre nosotros, y escribió infinidad de monografías sobre asuntos relativos al ramo que se le había confiado: todo lo cual le valió el primer puesto entre los autores pedagógicos del Río de la Plata.

La legislación propuesta por Varela modificó profundamente los caracteres de la escuela primaria é introdujo en la administración escolar, en su más vasta acepción, un mundo de ideas modernas que, precisamente por su novedad, levantaron grandes resistencias, no sólo entre el pueblo, cuyas costumbres vino á alterar, sino de parte de las autoridades municipales, quienes ma-

nejaban las escuelas públicas según su leal saber y entender, pero desprovistas de toda ciencia para dirigir á los maestros y encauzar la instrucción primaria.

Sin embargo, los vastos planes pedagógicos del infortunado Varela no pudieron realizarse en su totalidad, ya porque luchó con la falta de recursos, bien á causa de la oposición que al planteamiento de todas y cada una de sus ideas hacía una prensa implacable y mal aconsejada, ya porque la muerte cortó el hilo de su vida cuando más necesaria era su presencia.

Varela fué el propagador en esta región americana de todos los procedimientos nuevos para educar á la infancia; el primer legislador escolar que ha poseído la República; el que con su pluma promovía tempestades en el seno de la sociedad; el que con sus ideas arrancaba furiosas protestas á los enemigos de la libertad de conciencia; el que fustigó con verdades inmensas á aquellos que quisieron domeñar la razón, avasallar el pensamiento y doblegar la voluntad para manejar el pueblo según su capricho autoritario ó sus bastardas pasiones. Espíritu infatigable, trabajador constante, alma templada al calor del más puro patriotismo, inteligencia de grandes vuelos,

comprendió que sólo por la instrucción se redimiría el país de todos sus males, y trabajó en su obra, en la que cifraba grandes esperanzas; y trabajó como él sabía hacerlo: con actividad asombrosa, con celo infatigable y con talento indiscutible.

Tenía amigos que lo secundaban, pero todo pasaba por sus manos. Estaba en todo, en el conjunto y en el detalle; era oficinista y legislador; concebía un gran pensamiento y era á la vez copista en sus oficinas cuando la tarea agobiaba á sus empleados. Pero esto no era suficiente, según él, y trasladando su bufete á su propio domicilio, trabajaba noche y día; dormía poco y vivía mucho, sometiendo su imaginación clara y despejada como cielo sin nubes, á las más duras pruebas. Esta gimnasia del espíritu duró lo que la organización física de Varela; pero antes de sucumbir había derribado el vetusto edificio escolar, levantando otro completamente nuevo.

La reforma fué más que la planteación de una ley: fué el cambio radical de un sistema añejo por otro racional y moderno; fué la sustitución de un método por otro; era la naturaleza que reemplazaba á la mecánica. Mudó el sistema,

mudó los métodos, reformó los textos, abarató la enseñanza, duplicó el número de las escuelas públicas, enalteció la noble figura del maestro, y la transformación fué instantánea, profunda y racional. De lo antiguo, lo adocenado, lo trivial, no quedó ni un átomo. Parecía que un recio vendaval hubiese limpiado el campo de la educación de todas las impurezas que lo afeaban.

A José Pedro Varela, el amigo cariñoso de los niños, debe la República del Uruguay todos sus triunfos escolares, que la colocan en el ramo de instrucción pública al frente de las demás naciones sudamericanas, y que le permitirán, en plazo no lejano, igualarse á Suecia, Alemania, Estados Unidos, Inglaterra y Suiza.

«José Pedro Varela, —dice el doctor don Manuel Herrero y Espinosa, que es su más entusiasta biógrafo, —contrajo en el ejercicio de su ministerio una terrible enfermedad que le tuvo postrado varios meses en cama, hasta que concluyó con su vida el día 24 de Octubre de 1879, muriendo á la temprana edad de treinta y cuatro años, cuando era uno de los ciudadanos más útiles para el país, uno de los caracteres más honrados de su generación y una de las esperanzas más sólidas para el porvenir.

« Al caer la tarde, rodeado de su esposa, de sus hermanos y de dos ó tres de sus amigos más íntimos, se sentó en la cama, estrechó la mano de la compañera que debía abandonar, clavó la mirada en el porvenir y cayó luego sobre la almohada para dormir el sueño de la muerte, que, para él, era también el de la inmortalidad.

« El estrépito de su muerte repercutió íntimamente en el alma de la República; de todas partes se escucharon ayes y lamentos, y el genio de las grandes decepciones colgó un crespón de luto en la puerta de cada hogar oriental! »





Teófilo Daniel Gil.



TEÓFILO DANIEL GIL.

Teófilo Daniel Gil.

(ejemplo de carácter y patriotismo.)

1859-1886.

Esta colección de notabilidades uruguayas sería incompleta si dejásemos de hacer figurar en ella á alguno de los héroes de la juventud oriental contemporánea. Muchas personalidades han salido de su seno, las unas célebres por su precoz talento, las otras por su entereza de carácter, éstas por su sed de saber y todas por el más acrisolado patriotismo. De entre esa juventud que se fué demasiado pronto enlutando hogares y privando á la sociedad del concurso poderoso de su ilustración y de su civismo, elegimos el último que cayó á impulsos del huracán político que, en época no lejana, hasta hizo estremecer la nacionalidad oriental.

Teófilo Daniel Gil nació en la histórica ciudad de la Colonia el 22 de Julio de 1859, é hizo

sus primeros estudios en los mejores establecimientos de enseñanza de Montevideo, demostrando muy en breve á sus profesores que poseía cualidades que no suelen revelarse sino cuando se llega á las fronteras de la adolescencia. Estas cualidades eran: energía, caballerosidad, inteligencia y viril entusiasmo por todo lo que era grande, bello, justo, noble y generoso.

Siguiendo después su carrera en la Universidad, se apasionó por las cuestiones más complicadas de filosofía y religión, investigándolas por medio de la lectura de los libros sagrados y asistiendo á las conferencias de la escuela dominical.

Apenas contaba 15 años de edad cuando empezó á escribir *La Voz de la Juventud*, periódico semanal estudiantil, en que hacía sus primeros ensayos y preparaba sus fuerzas el que muy en breve iba á hombrearse con los publicistas de más talla de la prensa diaria.

No había obtenido todavía su título de abogado, cuando se puso al frente del estudio que uno de sus hermanos tenía en la pintoresca y culta ciudad de Mercedes; circunstancia que demuestra los vastos conocimientos de Teófilo D. Gil en la carrera que había emprendido, pues á no ser

así, no se le habría confiado su dirección, sobre todo si tenemos en cuenta el carácter austero de toda su familia. De los trabajos que á la sazón llevó á cabo, los hay dignos de llamar la atención por el talento y virilidad de que era pródigo cuando tenía que defender á tantos desheredados de la fortuna, que, sin crímenes ni delitos, ni aun faltas que purgar, solían ser arbitrariamente destinados á engrosar las filas de los batallones de línea.

Aparte de estas ingratas tareas, acarreó espontáneamente con otras no menos honrosas, contribuyendo á la formación de asociaciones instructivas, filantrópicas, moralizadoras y de recreo, que le dieron justa reputación y elevaron en grado superlativo la cultura de la capital del departamento de Soriano, donde pueden verse todavía en pie y florecientes, algunas de las instituciones á cuyo auge y prosperidad dedicó Teófilo Gil sus afanes y conocimientos.

Vuelto á Montevideo para terminar sus estudios, compartió su actividad con su deber fundando *El Espíritu Nuevo*, periódico que, so capa de difundir las ciencias y fomentar el gusto hacia las bellas letras, fustigó con suma habilidad las arbitrariedades que cometía el gobierno de

aquella época. Estos medios indirectos de que echaba mano el joven escritor, á fin de mantener vivo el fuego sagrado del patriotismo y la dignidad cívica de sus compatriotas, en momentos de prueba para el pueblo oriental, revelan su apego á las instituciones y su amor á la libertad.

No eran del dominio de la generalidad los pormenores que á vuela pluma venimos relacionando, pues sólo el círculo de los amigos y compañeros del doctor don Teófilo Gil conocía el alcance de sus tendencias, la santidad de sus propósitos y la firmeza de su carácter. De modo que fué una revelación para el pueblo su enérgica actitud y excelso talento desplegado desde las columnas de *La Razón*, cuando vino á reemplazar en ellas al doctor don Carlos María Ramírez.

Bien pronto se hizo popular, pues á través de sus escritos se veía que el pensamiento dominante del autor « era el de levantar más y más el espíritu público, preparándolo así para una reacción activa y vigorosa contra el régimen imperante. »

Convencido el doctor Gil de que la revolución era el único medio eficaz para salvar la República; persuadido de que no era transigiendo con el error que el país debía salvarse, se ocupó siem-

pre de aquélla con todo el entusiasmo de que era capaz, hasta que llegado el momento de dirimir con las armas la suerte de la nacionalidad, cual Byron, arrojó la pluma y esgrimió la espada, poniendo de este modo al servicio de la causa del pueblo el contingente de su sangre, como antes había puesto el de su talento.

Y no fué á la revolución en busca de popularidad, que su modestia rechazaba, ni impulsado por odio de partidario, ni para satisfacer ambición de ningún género: concurrió á ella porque lo conceptuaba un deber, y en holocausto al cumplimiento de éste sucumbió como un valiente el día 31 de Marzo de 1886, en los campos del Quebracho.

Gil era sumamente respetado de todos sus compañeros, pues aunque retirado y de carácter más bien concentrado que comunicativo, se hacía, sin embargo, querer, cuando con frase persuasiva y leal exponía sus ideas. Además, la doblez no tuvo nunca cabida en su pecho, que sólo estaba ocupado por sentimientos generosos hacia la humanidad y hacia la patria.

El cariño por ésta habría rayado en frenesí á ser su temperamento violento, pues Gil posponía todo en aras del honor nacional, del buen nom-

bre de la República y del crédito de sus instituciones. Como los principios que sustentaba fueron en él inmutables; como se manifestó consecuente con sus prédicas y lo rodeaba una superioridad moral que era el rasgo más saliente de su inflexible carácter, es lógico que inspirase simpatías á sus conciudadanos.

Considerando al doctor Gil desde el punto de vista de su erudición, dicen los que lo trataron con intimidad, que superaba á Berro, Lavandeira, Vidal y Vázquez, que, como él, también pertenecieron á la escuela catoniana.

« El doctor don Teófilo Gil, que bajo más benigno clima político habría desarrollado hermosas dotes de pensador, de crítico, de historiador y de literato; que tenía de la naturaleza el talento, y de la educación y las aspiraciones la perseverancia en el estudio, será un perpetuo modelo para la juventud en el trabajo intelectual que civiliza; será un sagrado objeto de culto para la religión del patriotismo que dignifica á los pueblos. »



Pascual Harriague.



PASCUAL HARRIAGUE.

Pascual Harriague.

(INICIADOR DEL CULTIVO DE LA VID EN EL URUGUAY.)

1819-1894.

En una aldea insignificante escondida entre las agrias breñas de la región vascongada de Francia, en esa región donde las grandes energías físicas están hermanadas con las buenas costumbres, allí nació don Pascual Harriague el día 17 de Abril de 1819.

De sus padres, que indudablemente serían de humilde cuna, heredó austeridad y amor al trabajo; y con estas cualidades por único capital llegó á Montevideo en 1838, sin más recomendaciones que su honradez acrisolada, ni otros recursos que su férrea voluntad.

Las comarcas platenses eran en aquellos momentos el escenario sangriento de la lucha que sostenían la barbarie contra la civilización, la fuerza contra el derecho, la legalidad nacional contra la ambición extraña, y sabido es que tales circunstancias son las menos adecuadas

para la realización de empresas industriales, puesto que suelen ahogarlas el desenfreno de la pasión política, las convulsiones intestinas y el azote del caudillo.

Comprendiéndolo así Harriague, se dedicó al comercio en calidad de dependiente, recorriendo sucesivamente Buenos Aires, Montevideo y la entonces reducida villa de Trinidad, desde la cual, buscando la satisfacción de sus anhelos personales, se trasladó en 1841 á la culta y progresista ciudad del Salto.

En este punto trabó relación con don Juan Claveríe, quien, agradablemente sorprendido por las excelentes prendas de carácter de Harriague, no sólo lo tomó á su servicio, sino que muy en breve lo asoció á sus negocios, aunque « esos progresos realizados por Harriague no eran símples favores otorgados por la generosidad de su compatriota, sino ascensos legítimamente alcanzados por su perseverancia indomable, su energía vascongada, su criterio y buen tino para el manejo de todo lo que á sus manos se confiaba, y particularmente por su honradez ejemplar.»

Harriague sugirió al señor Claveríe la idea de la fundación de un gran saladero, aprovechando las inmensas riquezas ganaderas que

éste poseía en sus dilatados campos; riquezas á la sazón estancadas por falta de consumo. Tal fué el origen del vasto establecimiento saladeril que el viajero puede contemplar actualmente en los alrededores de la ciudad salteña, «como una manifestación de progreso uruguayo y como una recompensa merecida al hombre que, en las cumbres espléndidas de la fortuna, trabajó con el mismo entusiasmo que cuando languidecía en la árida y desolada llanura de la pobreza.»

Á impulsos del genio de Harriague, de su habilidad para los negocios, de su hombría de bien y de su previsión, el saladero progresó tanto y tan rápidamente, que en 1860 encontróse con capitales excesivos para esta industria, lo que le obligó á meditar acerca de otro proyecto más vasto que el del saladero: la posibilidad de cultivar la vid con fines industriales.

«La viña, —decía Harriague, —puede llegar á hacer la riqueza del país;» á lo que contestaba la opinión pública que ni la tierra ni el clima eran favorables á este cultivo, y que aquella esperanza del porfiado vasco no conduciría á la prosperidad de un pueblo, sino al más cruel de los desengaños. Pero Harriague se afirmaba cada vez más en su opinión, repetía sus ensayos, aclimataba nuevas plantas y daba mayor extensión á su vi-

ñedo, que al principio apenas alcanzaba á ocupar una cuadra cuadrada de terreno.

Consecuente con sus ideas, después de pacientes y variados ensayos, ya en el año 1875 había logrado aclimatar más de treinta clases de las mejores vides europeas, quedando así definitivamente resuelto el arduo y discutido problema de la viticultura uruguaya, al extremo de que en 1883 las bodegas de Harriague almacenaban más de 300 bordalesas, y en 1885 el Gobierno, en vista del espléndido triunfo que por intermedio de este meritorio extranjero había alcanzado la causa de la perseverancia y el trabajo, le concedía una medalla de oro *por su personal constancia y patriotismo en la resolución del cultivo viti-vinícola* en la República, como así se hace constar en el documento con que el general Tajes acompañaba tan justo como honroso galardón.

«Hoy,—dice uno de sus biógrafos,—los viñedos de Harriague tienen una extensión de 200 hectáreas, dan ocupación durante todo el año á centenares de brazos, llegan á producir 5000 bordalesas de vino anuales, están dotados de vastas instalaciones apropiadas para la elaboración de diez mil bordalesas, y el producto que

en un principio repugnaba á un pueblo amigo de lo extranjero, se ha ido imponiendo, como tenía que suceder.

« Recién debe empezar á dar resultado la obra en que Harriague concentró su pensamiento durante treinta años, y en la que invirtió grandes caudales. »

He aquí cómo don Saturnino de Echevarría describe las importantes instalaciones de Harriague:

« En dos pinceladas voy á hacer una ligera descripción de estos establecimientos, á cuyo conjunto se designa con el nombre de *Saladero Harriague,* aunque mejor merecería los honores y el título de pueblo industrial, agrícola y fabril, por sus inmensas plantaciones, industria y elaboración de vinos y licores, por sus habitantes, viviendas, calles, paseos, escuela (costeada por el dueño del establecimiento), panadería, molino de vapor, pulpería, y hasta puerto con muelle, embarcaciones y embarcadero.

« ¡Qué vista tan magnífica y encantadora presenta el saladero!

« Levántase éste á tres kilómetros escasos del Salto, con aire y majestad, en una curva suave que forma allí la costa del Uruguay. Pre-

ceden y rodean al establecimiento industrial, jardines, bosques de naranjos, limoneros, duraznеros, perales, manzanos, granados, olivos, moreras (destinadas al cultivo del gusano de seda), higueras, almendros, castaños, nogales, eucaliptus, pinos, robles, paraísos y otra infinidad de árboles frutales y florestales, y un extensísimo viñedo que forma horizonte al Este, Norte y Sur; al Oeste el pintoresco Uruguay, sobre cuyas aguas se refleja el edificio como en un espejo de bruñida plata, y en las demás direcciones el frondoso y fértil plantío de un fondo de perenne verdor matizado de iris, que rueda por los pliegues y planos inclinados del terreno y da al saladero un aspecto de granja-quinta; enfrente, al otro lado del río, la ciudad entrerriana de Concordia; al Norte, el Salto; y para que nada falte á tan soberbio y seductor cuadro, allá arriba, como marco ó dosel que lo corona ó circunda todo, un cielo sin nubes, purísimo, espléndido, como el de los cuadros de Fortuny, y un sol radiante como el de Andalucía ó el de Nápoles en primavera.

«Después que se penetra en el interior del saladero, se ofrecen á la vista y á la imaginación atractivos de otro género. La decoración ha cambiado del todo. El contraste es brusco, pero nada

desagradable. De los placeres del campo se pasa de repente á los encantos del arte y á los frutos de la industria: bretes, varales cargados de mantas de carne, pilas de tasajo y corambre, cerros de sal, pirámides de huesos, tinas, básculas, herramientas, la playa en que se desuellan las reses, los galpones en los cuales se salan las carnes, se las pesa y enfarda, llenan todo el espacio que media entre varios edificios. Este saladero faena unas mil cabezas diarias, y sus carnes tienen gran aceptación en los mercados de Río Janeiro y la Habana.

« Pasados los galpones, en donde se salan las carnes, se encuentra un vastísimo edificio de dos cuerpos unidos, sólido, de construcción moderna, y que ofrece un golpe de vista precioso por estar situado en la parte más culminante del grandioso establecimiento. En él se exhiben los ricos y variados productos de la granja y se admiran infinidad de máquinas, aparatos y enseres necesarios para una perfecta elaboración de los vinos, no dejando tampoco nada que desear, al menos en el día, ni aun para el enólogo más exigente, las amplísimas bodegas que ocupan toda la extensión de su cuerpo-sótano con capacidad para una docena de miles de bordalesas.

«No hallo palabras capaces de expresar el tremendo efecto, la estupefacción que produce en el ánimo del visitante que por primera vez contempla de cerca aquellas interminables hileras de cubas, toneles y envases de todas formas y tamaños. Aquéllas, sí, que son barricadas y baterías formidables, mas no compuestas de cañones y ametralladoras cuyas bocas de fuego lanzan la metralla que siembra la muerte, y asuela y destruye cuanto toca y alcanza, sino de aquella otra *metralla* que restaura las fuerzas musculares y nerviosas del hombre y le comunican la vivacidad y la alegría celebradas por tantos y tantos poetas y no poetas antiguos y modernos.

«No lejos de este monumental templo erigido mediante el esfuerzo y la voluntad de un solo hombre, pero á la suficiente distancia para evitar cualquier siniestro, hállase el lindísimo edificio donde están instalados los alambiques, capaces para destilar algunos miles de litros diarios.»

Tal es la obra de Harriague, con justicia apellidado apóstol laborioso del trabajo y hábil comerciante, pero no el comerciante egoísta que sacrifica todos los sentimientos humanitarios en aras de una voracidad insaciable, sino aquel otro recto, desprendido y razonable que, á la vez de

trabajar en su propio provecho, hace partícipes de sus ganancias á quienes lo rodean y lo secundan en sus empresas.

Si el presente libro contuviese exclusivamente las biografías de los hombres que mediante sus iniciativas y su trabajo han contribuído profundamente al progreso de la República y al desarrollo de las grandes industrias nacionales, el nombre de Harriague figuraría á la par del de Medina, Reyles, Hugues, Haedo, Ordoñana y otros no menos dignos de especial mención.

Con razón más que sobrada, la Asociación Rural del Uruguay hace tiempo que abriga el proyecto de erigir en la ciudad del Salto una estatua al virtuoso industrial é infatigable trabajador Pascual Harriague. Más dignos de perpetuo recuerdo son los modestos héroes del trabajo que abren á la posteridad las fuentes de la producción y de la riqueza, que aquellos otros cuyas proezas están escritas con sangre de sus semejantes.

Describiendo la obra realmente colosal y provechosa de Harriague, el ilustrado doctor don Diego Martínez se expresa así:

« Como industrial ahí está su obra, con la que probó, como se prueba el movimiento movién-

dose, que este suelo por tantos años atormentado bajo los cascos de nuestros corceles de guerra, esperando los días de paz, no había renunciado á elaborarse los preciosos jugos que, como los de la vid, reparan nuestras fuerzas ó las debilitan y enervan, según que los usemos con la discreción de una medicina delicada, ó de ellos abusemos con la insensatez y el vértigo del suicida.

«Se engañaría, — agrega más adelante el mismo escritor, — quien no viese en la obra de Harriague otra cosa que el resultado de un golpe de audacia, inmerecido don otorgado ciegamente por la fortuna. No; si Harriague hubiese sido un simple adorador del vellocino de oro, un ambicioso vulgar de esos que se contentan con atesorar valiéndose de los medios más seguros, por más rutinarios y egoístas que ellos sean, no se le habría ocurrido, á buen seguro, el consagrar todas sus energías y gran parte de su capital al planteamiento de una industria nueva en el departamento, y, como tal, de dudosos y problemáticos beneficios. Las pingües y seguras ganancias que año tras año le reportaba su saladero, lo libraban de caer en tan peligrosa tentación. Pero los hombres de sus prendas morales, apenas han conseguido vencer una dificultad, instintivamente buscan otras nuevas que vencer.

«Su actividad, empleada con un objeto siempre levantado y moralizador; su constante dedicación al trabajo, sin ningún fin estrecho y mezquino; el perfecto acuerdo entre el bien propio particular y el bien ajeno común, entre lo mío y lo tuyo, ajustan toda su labor, resultando de allí esas riquezas que nadie mira con malos ojos, antes bien, bendicen y aplauden.»

Á las brillantes cualidades de hombre de trabajo y de negocios, reunía Harriague una modestia sin jactancia, propia de las almas sencillas, dispensando sus atenciones lo mismo al pobre que al rico, al poderoso que al humilde, con una sinceridad tan característica, que todos los que lo trataban se sentían arrastrados hacia él por un mismo sentimiento: el de la simpatía.

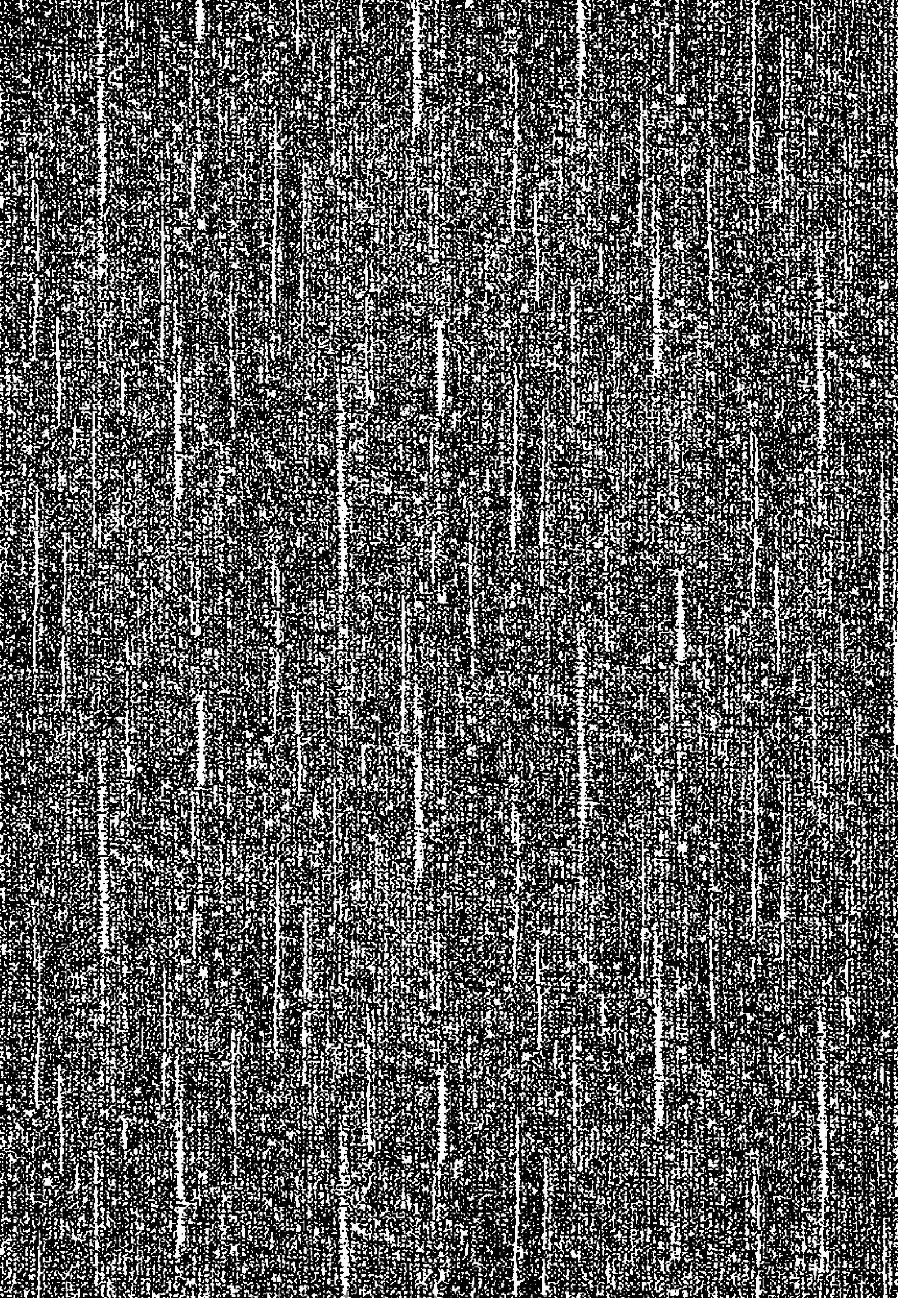
Tratando de encontrar remedio á sus dolencias, inherentes á su avanzada edad, que acibararon los últimos veinte años de su existencia, don Pascual Harriague se trasladó á París, en cuya populosa ciudad falleció en la noche del 13 de Enero de 1894, «no tan cargado de años y achaques como de merecimientos y buenas obras,» «después de haber reflejado honra y provecho sobre el país cuya hospitalidad ha pagado con tanta largueza.»

ÍNDICE

ÍNDICE.



Págs.




62